



Sophie Saint Rose

No soy

de

nadie

No soy de nadie
Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Fenella metió el vestido en el río y lo levantó para escurrirlo, cuando escuchó que varios caballos se acercaban a toda prisa. Se escondió tras un seto y esperó a que ver quiénes eran, colocándose la capucha de su capa para cubrir su cabello rojo. Al ver que el primer jinete cruzaba el río, sonrió radiante al ver a su hermano Lyall a la cabeza. El grupo que le seguía, formado por los mejores guerreros de la aldea, lucía sus colores. El kilt de su hermano en colores azules y verdes, tenía manchas de sangre en un costado. Preocupada salió de detrás del seto y silbó con fuerza. Lyall se volvió y acercó su caballo mirándola muy serio.

—¿No te había dicho que no salieras de la aldea, Fenella McGregor?

—No te enfades. Tenía que lavar mi vestido para el casamiento. — se acercó a él y extendió la mano. Su hermano la cogió y la colocó sin problemas ante él antes de iniciar el camino de nuevo hacia la aldea. Al darse cuenta que no le hablaba, volvió la cabeza mirándolo con sus preciosos ojos verdes— ¿Os habéis enfrentado de nuevo a los Wallace?

—Eso no son cosas de mujeres.

Fenella chasqueó la lengua—Son cosas de mujeres cuando matan a nuestros hombres. ¡Y no pongas ese tono conmigo, que te retuerzo las orejas!

Lyall se sonrojó y dijo en voz baja— Si mi hermana no me respeta, no me respetarán mis hombres. Ya te lo contaré después.

—Ah...— reprimió una sonrisa antes de mirar al frente y el mejor amigo de su hermano se puso a su altura— ¿Habéis matado a muchos, Tevin?

—Nos escapamos por los pelos. — gruñó de mal humor apartando una de sus trenzas castañas de la mejilla. —Malditos Wallace. Nos triplicaban en número.

Fenella abrió los ojos como platos—¿De verdad? Qué valientes sois. Y habéis vuelto todos. ¿Cómo eran? ¿Tienen los ojos rojos como dice Vika?

—¡No digas tonterías, hermana! ¿Por qué haces caso a esas historias para niños?

Se encogió de hombros dejando caer la capucha sobre los hombros, mostrando su precioso cabello— ¿Le visteis?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? ¡A ese horrible Iver Wallace! ¿Os ha atacado?

—No estaba allí. El muy cobarde no estaba con sus hombres— dijo su hermano con rabia. —Si hubiera estado protegiendo sus tierras como debía haber hecho, le hubiera atravesado con mi espada.

Ella miró a su alrededor— ¿Y qué habéis robado? —Los hombres se sonrojaron —¿Nada? ¡Ya verás cómo se va a enfadar padre!

—¡No pudimos ni entrar en sus tierras! —protestó Tevin apoyando a su amigo— Tiene espías por todo el bosque.

Fenella se mordió su grueso labio inferior, pensando que el Laird se iba a enfadar muchísimo porque acababan de quedar en ridículo. Padre no era precisamente magnánimo con sus hijos, como para dejar pasar algo así sin darle una lección a su heredero. Miró a su hermano, que enderezó la espalda antes de susurrar— No hagas nada.

—Pero...

—¡Fenella!

Suspiró apoyándose en su pecho desnudo—Tú lo harías por mí.

—Hay cosas que debo resolver solo. No te metas, hermana.

Sólo se llevaban un año y habían pasado juntos su infancia, al contrario que con sus hermanos menores, que eran hijos de la segunda esposa de su padre. De hecho, casi no tenían trato con sus

hermanos porque habían vivido en dos casas diferentes. En cuanto se casó con su segunda esposa, el Laird había hecho una casa mucho mejor para su nueva esposa, quedándose en la anterior los primeros hijos de su matrimonio con la madre del Laird. Lyall y ella habían vivido juntos y solos desde los doce años al fallecer su abuela, así que Fenella se había hecho cargo de la casa. Y sería así hasta el día siguiente, que su hermano se casaría con su amiga Tamsin. A partir de la boda, ella tendría que irse a vivir hasta que se casara a casa de su padre y de la horrible Jane. El problema es que a pesar de que tenía pretendientes a puñados, no le atraía ninguno.

Se enderezó en cuanto Tevin la miró sonriendo.

—Fenella...

—¡No!

Se puso rojo como un tomate— ¡Si no sabes lo que voy a decir!

—¡Sí que lo sé! ¡Me lo pides todos los días!

—¡Voy a hablar con tu padre!

—¡Como se te ocurra hablar con padre, te corto el cuello! —gritó furiosa haciendo reír a todos los de atrás.

—Deja a mi hermana en paz. Se casará cuando ella quiera. Mi madre se lo hizo prometer a padre en el lecho de muerte y sabes que será ella la que decida.

—¡Promesas absurdas! ¡Se va a quedar soltera!

—Qué desperdicio— dijo uno de los de atrás.

Fenella fulminó con la mirada a Tory—¡Eso es problema mío!

—¡Y nuestro! — dijeron todos a la vez sonrojándola.

Su hermano rió por lo bajo—Se te está poniendo la cosa difícil, hermanita.

Gruñó haciéndole reír a carcajadas, pero la risa se le borró cuando vieron las casas de la aldea en el claro. Detuvieron el caballo en el alto de la colina y Tevin susurró— Nos va a moler a palos.

—No lo hará. Hablaré con él. —dijo su hermano poco convencido de que eso diera resultado. Si algo tenía Uther McGregor es que tenía un carácter de mil demonios. Por eso todos sus hijos tenían el cabello rojo. Al menos eso decía la gente.

Preocupada por su hermano, saltó del caballo antes de que pudiera evitarlo y apartándose la capa, se rasgó el vestido por la manga. Se agachó y se manchó con tierra la cara.

—¿Qué diablos haces, mujer? ¿Has perdido el juicio? —preguntó su hermano asombrado.

—Diréis que los Wallace me atacaron en el río y que tuvisteis que rescatarme soltando a las ovejas que llevabais. —todos se miraron y suspiraron de alivio.

—¡No voy a mentir a padre!

—¿Quieres casarte mañana? — le señaló con el dedo— ¡Tamsin lleva esperando este día tres malditos años hasta que has convencido a padre de que era un buen casamiento! ¿Quieres arrastrarte hasta ella o prefieres ir caminando? ¡Porque sabes las malas pulgas que se gasta padre cuando algo no sale como quiere!

Lyall apretó los labios y Tevin asintió mirando a sus amigos— Diremos lo que dice Fenella. Es capaz de suspender la boda diciendo que no hay suficiente comida. Iremos a cazar y así no tendrá excusa.

Tory se acercó con el caballo —Yo tampoco tengo ganas de que me muela a golpes. Con lo guapo que soy, sería una desgracia.

Todos se echaron a reír y Lyall extendió la mano cogiendo el vestido mojado que ahora estaba sucio de nuevo.

—¿Y qué te vas a poner mañana? —preguntó su hermano sentándola de nuevo ante él.

—Ese vestido. Porque vas a volver al río después y me lo lavarás. Yo me tengo que hacer la doncella llorona para que padre no sospeche. —eso demostraba lo poco que la conocía su padre.

—¿Y cuándo vas a empezar a llorar? Porque estamos llegando.

—¡Déjame que me concentre! ¿Ahora te pones exigente?

—Fenella, tienes que llorar ahora. ¡Piensa en ...en ... en lo que te hará padre como no llores ahora!

Todos asintieron y Fenella gimió porque lloraba muy mal. Así que pensó en su madre y en lo buena que era. Lo bien que olía y lo mucho que la quería. Sus ojos no tardaron en enrojecerse y su

hermano suspiró de alivio. Varios de los suyos salieron a recibirles y al ver el estado de Fenella se preocuparon corriendo hacia ellos.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó la anciana Vika viendo la sangre en el kilt de Lyall.

—La han atacado en el río. La salvamos por poco de ser violada.

Varios jadearon mientras otros gritaban— ¡Malditos Wallace!

Fenella se sonrojó por la mentira, pero al fin y al cabo eran unos monstruos, así que un pecado más no se notaría. Su padre salió de la casa del Laird y entrecerró los ojos esperando que llegaran hasta ellos. Aún era fuerte, aunque su enorme barriga ya no le hacía tan buen guerrero como antes. Pero nadie en la aldea sería capaz de retarle por su mal carácter.

—¿Qué ha ocurrido?

Varios se acercaron a ayudar a Fenella a bajar del caballo y lloriqueando se acercó a su padre— ¡Me han atacado, padre! — su amiga Tamsin llegó al grupo corriendo y la miró con sus ojos azules como platos— ¡Estaba en el río lavando el vestido de la boda y me atacaron! —gritó con dramatismo—Eran muchos, padre. E intenté huir, pero uno de esos horribles Wallace montado a caballo, me siguió y me dio una patada en la espalda tirándome al suelo. — mostró el vestido roto —Se tiró sobre mí, padre. ¡Pero llegaron los hombres y luchando como valientes, les hicieron huir! Temiendo que volvieran, tuvimos que dejar las ovejas que habían robado, padre. Seguro que esos malditos se las han llevado ya— miró a su amiga que se tapó la boca con la mano intentando no reír mientras los demás jadeaban horrorizados.

—¡Esto es inaudito! ¡Nunca habían atacado a mujeres!

—Eso no es cierto. Recordar a Meribeth. ¡Fue secuestrada por un Wallace y le robó la inocencia antes de que la mataran!

—¿Qué vamos a hacer? ¡Ya entran en nuestras tierras para atacarnos! ¡No sólo nos roban, sino que quieren quitarnos a nuestras mujeres! — gritó Tevin indignado.

Fenella se volvió fulminándolo con la mirada y se sonrojó sintiéndose estúpido. Se volvió hacia su padre cayendo de rodillas

como si estuviera agotada por la lucha y le miró a los ojos— Lo siento, padre. Ha sido culpa mía.

—¡Sí! —gritó sorprendiéndolos a todos— ¡Ahora tendremos que salir de caza para la boda de mañana! — la abofeteó con tal fuerza que la tiró al suelo.

—¡Fenella! — Lyall se bajó del caballo a toda prisa y la recogió con cuidado— Padre, ¿qué has hecho? ¡Qué culpa tiene ella de haber sido atacada!

—¡Tenía que haber ido acompañada! — sorprendiéndola la cogió del cabello—¿Con quién ibas a encontrarte?

—¿Qué?

—¿Ibas a encontrarte con un hombre? ¿Quién es? ¡Te casarás de inmediato!

Entonces lo entendió. No la quería en su casa y estaba buscando una excusa para casarla con el primero que diera un paso al frente. Lyall se tensó enderezándose y miró a los hombres uno por uno para que supieran que si decían una palabra, morirían antes del anochecer. Nadie dijo una palabra y Fenella suplicó—Padre, te juro por la tumba de madre que jamás he estado con un hombre.

Su padre apretó los labios y la soltó con desprecio—¡Ensillar mi caballo! —gritó fuera de sí dándose la vuelta para entrar en la casa de nuevo.

Tamsin corrió hacia ella mientras su hermano se agachaba— ¿Estás bien?

Le ardía la mejilla, pero forzó una sonrisa antes de susurrar— Nos hemos librado.

—Llévala a casa, Tamsin— dijo Lyall muy tenso. — Que no la vea hasta mañana. — la besó en la frente y susurró—Gracias.

Le guiñó un ojo dejando que su amiga la cogiera del brazo y caminaron en silencio hasta la casita que estaba justo en el centro de la aldea. Su amiga cerró la puerta— ¿Qué ha pasado?

—Que no pudieron robar nada. — se quitó la capa y se pasó la mano por la mejilla—Menudo sopapo.

—¡Podía haberte pasado algo mucho peor! ¡Estaba furioso! — cogió el vestido de entre sus manos y puso los ojos en blanco— ¿Esto es lo que te vas a poner para mi boda?

Sonrió y la abrazó—Todavía no me puedo creer que te cases mañana. ¡Y con mi hermano! Creía que nunca llegaría este día.

—Ni yo. — su amiga se emocionó—Estoy tan contenta...— tosió y se sentó en una de las sillas.

—¿Estás enferma?

—¡No! ¿Cómo voy a ponerme enferma para mi boda? — preguntó como si fuera algo imposible— El hijo de Moira tiene fiebre y le he estado cuidando un rato. Seguro que me ha pegado su tos, pero me encuentro bien.

—Tómate una tisana de las de Nessie. ¿Quieres que vaya a pedirle unas hojas?

—Estoy bien. Cuéntame todo lo que ha pasado.

Ella relató lo que había ocurrido, pero cuando terminó de contarlo todo, su amiga tuvo un acceso de tos y le entregó un vaso de agua—Voy a ir a por unas hierbas. Quédate aquí. —Tocó su frente apartando un mechón rubio de su cara, pero no tenía fiebre.

—Estoy bien. —se levantó sonriendo radiante—Todavía tengo mucho que hacer para los preparativos, como la masa de los panes.

Todas las mujeres de la aldea estaban preparando la boda y Fenella lo había hecho durante todo el día hasta que fue a lavar al río, pero no podía consentir que su amiga hiciera esa tarea sola. — Espera, que te ayudo.

—Lava el vestido. Vete al arroyo— le guiñó el ojo —Sé que fuiste al río para bañarte.

—No pude hacerlo. Llegó Lyall y...

—Pues tendrás que hacerlo como todas. Encerrada en casa. No se te ocurra salir de aquí. No quiero que tu padre la tome contigo. — salió de la casa—Te veo mañana.

—¡Tómate la tisana!

Esa misma noche tumbada en su cama, sonrió pensando en lo felices que serían. Se amaban con locura y su hermano se merecía

una mujer que le quisiera como Tamsin. Se volvió cubriéndose con la piel. Aunque estaban en primavera todavía hacía mucho frío por las noches y se preguntaba dónde estaría su hermano, que aún no había llegado a casa. Sonrió porque seguro que estaban bebiendo el whisky que se había llevado para la boda.

Suspiró cerrando los ojos, ignorando el pensamiento que la asaltaba sobre que tendría que decidirse por alguno de los hombres del clan, porque su vida se iba a hacer muy difícil en casa de su padre con esa bruja.

A la mañana siguiente se levantó al alba y puso los ojos en blanco al ver a su hermano espatarrado en su cama, roncando fuertemente. Si le viera su novia, saldría espantada de la aldea para no volver jamás.

Cogió el vestido que se había secado ante el fuego que ahora estaba casi apagado y se lo puso. Recogió el cabello en unas trenzas, que aseguró con una tira de cuero en la coronilla. La corona de flores se la pondría antes de la boda porque aún tenían que preparar la comida y no quería que se le estropeará. Se puso el kilt con sus colores y salió de la casita sin hacer ruido para no molestar a su hermano.

Estaban cortando la carne en la enorme cocina de la casa del Laird, cuando miró a su alrededor y no vio a la madre de Tamsin, ni a su amiga— ¿Dónde está la novia?

Vika apretó los labios— Se ha levantado algo mareada y Nessie está dándole algo.

Dejó el cuchillo sobre la mesa dispuesta a salir de la cocina, cuando apareció Jane mirándola con cara de pocos amigos—¿A dónde te crees que vas?

—A ver a Tamsin. Me han dicho que está enferma.

—Ponte a trabajar. ¡Hay mucho que hacer y ya están atendiendo a la novia! Seguro que son los nervios.

Vika carraspeó y le hizo un gesto con la cabeza para que se pusiera a trabajar. Rechinando los dientes, volvió a la mesa para

coger el cuchillo— Maldita bruja.

—¡Shussss, te va a oír! Y ya te tiene bastante inquina para que tú alimentes el fuego. — la señaló con el cuchillo—Te aconsejo que busques un buen hombre y la pierdas de vista.

—¡Como si eso fuera tan fácil! — cortó con rabia el conejo que tenía en las manos.

Se pasó trabajando toda la mañana y estaba preparando las mesas del banquete cuando vio que una de las mujeres salía corriendo hacia una de las cabañas. Escuchó gritos y asustada dejó las jarras que tenía en la mano sobre la mesa antes de salir corriendo hacia allí, donde se estaban congregando varios hombres —¿Qué ocurre?

—El hijo de Moira. — dijo Tevin— Nessie le acaba de decir que no sobrevivirá a esta noche.

Se tapó la boca impresionada y entonces el miedo la traspasó buscando a Tamsin con la mirada. Salió corriendo hacia su casa y al no encontrar a su hermano, fue hasta la casita de los padres de su amiga que estaba tras la suya. Lyall estaba en la puerta y parecía preocupado—¿Qué ocurre?

—Tiene fiebre.

Palideció antes de entrar en la casa sin llamar y vio a su amiga sentada en la cama sonriendo—¿Qué pasa?

—Nada. Están exagerando. Sólo tengo un enfriamiento, que se me pasará con la tisana de Nessie.

Su madre sentada a su lado, forzó una sonrisa y dijo acariciando su espalda—Claro que sí. Hoy te casas y será una boda preciosa.

Tamsin asintió— Lyall está fuera.

—Lo sé.

—Dile que no se preocupe, ¿quieres? ¿Qué han sido esos gritos?

—Ya sabes. La gente ya lo está celebrando— se acercó a su amiga y vio que su frente estaba sudorosa y algo colorada.

—Estarán borrachos dentro de un rato y empezarán a darse golpes antes de que te des cuenta.

Empezaron a vestirla con el vestido color azafrán que llevaría en su boda, hecho por ella misma. Parecía estar bien, pero su madre y ella sabían que no era así. Se intentaba hacer la fuerte, porque nada la separaría de su futuro marido.

Le pusieron la corona de flores sobre sus rizos rubios y emocionadas la miraron —Estás muy hermosa.

—¿De verdad? — sonriendo dulcemente dijo —Llevo esperando este día tanto tiempo... quiero estar muy hermosa para él.

—La novia más hermosa que haya visto nunca. — se acercó y le dio un abrazo, notando como le había subido la temperatura— Espero que seas muy feliz. Te quiero.

—Gracias. Yo también te quiero. Ahora seremos hermanas de verdad.

—Vamos, hija. No hagas esperar a tu futuro marido.

—¡Mi corona!

Salió corriendo mientras se reían y vio a su hermano esperando con sus amigos en el arco de flores que había preparado para la ocasión. Le miró a los ojos mientras caminaba hacia su casa y Lyall se tensó, forzando una sonrisa cuando vio que la novia salía de casa vitoreada por los de la aldea.

Regresó corriendo con la corona en las manos y se colocó en el círculo que les rodeaba. Jane puso mala cara al verla llegar tarde, pero ni se dio cuenta viendo como su hermano cogía la mano de su novia mirándola con amor intentando disimular lo preocupado que estaba. Se volvieron hacia el Laird, que mirándolos a ambos dijo— Como Laird de los McGregor deseo vuestra unión y la consiento. — una copa de vino apareció ante ellos y Lyall la cogió pidiendo permiso a su padre con la mirada. Este asintió y su hermano sonriendo miró a su novia—Bebe de mi copa, esposa mía.

Tamsin cogió la copa por las dos asas y bebió mirándolo a los ojos antes de entregársela a él, que bebió lo que quedaba. Fenella sonrió emocionada viéndoles unir las manos. El Laird cogió una tira del tartán de su clan y les ató las manos unidas— Os deseo

fecundidad y prosperidad en vuestra unión. Que Dios os bendiga y los hados os protejan.

Levantó las manos —¡Felicitar a mi primogénito pues acaba de unir su vida a Tamsin McGregor!

Los presentes empezaron a gritar felicitándolos y un niño se acercó a Tamsin para entregarle una herradura como mandaba la tradición. Cuando lo iba a hacer, se le cayó al suelo y a toda prisa se agachó para recogerla y dársela invertida, lo que era un símbolo de mala suerte. Todos se quedaron en silencio, pero Fenella se acercó a toda prisa y arrebató la herradura de la mano a su amiga, que había palidecido.

La abrazó y le susurró al oído— No hagas caso. Nada te impedirá ser feliz. Te lo juro. —se apartó para mirarla a los ojos y sonrió— ¡Ahora a celebrar vuestra unión!

Todos vitorearon y Lyall sonrió orgulloso llevando a la novia hasta la mesa donde se sentaron al lado de su padre, que brindaba con una jarra de ale con los ancianos. La cerveza corría y Vika se acercó con una bandeja de cordero para ponerla ante los contrayentes.

—Es una pena que el sacerdote no llegue hasta el invierno, porque me hubiera gustado más una ceremonia un poco más católica. —comentó en cuanto llegó a su lado para coger otra bandeja.

—¡Si hablan en latín y no nos enteramos de nada! —dijo indignada— A mí me gustan las bodas tradicionales. Son nuestras y no llega un desconocido metomentodo para decirnos cómo tenemos que casarnos. Si algún día me caso, lo haré como ellos. Es muy bonita la ceremonia, aunque padre es de pocas palabras.

Vika hizo una mueca. —Eso si encuentras marido, porque eres más escogida...

Jadeó indignada cogiendo su bandeja y haciéndola reír. La anciana le dio una palmada en el trasero y Fenella la llevó hasta la mesa guiñándole un ojo a su amiga. Varios de los suyos se pusieron a tocar y Fenella gritó de alegría girándose y empezando a bailar mientras la gente le aplaudía al son de la música.

Cuando se sentó a comer, Tevin le puso en el plato un pedazo de conejo y ella entrecerró los ojos cogiendo el pedazo y poniéndolo en la bandeja de nuevo. Todos se echaron a reír y ella siseó— Prefiero cordero, gracias. No necesito que me alimentes.

Tevin se sonrojó y sus amigos se burlaron de él, pero ella les ignoró para mirar a su amiga, que estaba hablando con Jane con una agradable sonrisa en los labios. Vio que estaba cansada y eso significaba que las hierbas de Nessie no daban resultado. Pensando en ello, precisamente en ese momento la anciana se acercó a la novia y le preguntó algo al oído. Sabía que Tamsin estaba diciéndole que estaba bien, pero ella sabía que no. Y su hermano también lo sabía, porque la miró a través de la gente muy serio mientras masticaba.

La fiesta continuó y vieron que el marido de Moira salía de su casa llevándose las manos a la cabeza. Fenella se levantó y corriendo se acercó a él— ¿Cómo está?

—Se está muriendo— dijo angustiado— Nessie no puede hacer nada por mi Ross.

—Algo se podrá hacer...— se apretó las manos— Una curandera de otro clan o...

—No llegaría a tiempo, Fenella.

—¡Ross! ¡Ross! — el grito de Moira desde el interior de la casa le puso los pelos de punta y su marido entró a toda prisa dejando la puerta abierta. Fenella vio como Moira desgarrada de dolor abrazaba a su hijo muerto gritando su nombre. Se llevó la mano al pecho volviéndose para no ver su sufrimiento y vio que varios se habían levantado de la mesa para acercarse. Nessie llegaba corriendo.

Otro signo de mal fario. Que alguien falleciera durante tu casamiento. Los novios se miraron y Tamsin se echó a llorar. La celebración había terminado.

Apenas había amanecido cuando el clan se reunió a las afueras de la aldea para ver como Ross envuelto en un sudario blanco, era

enterrado en la tierra que le había visto nacer. Las lágrimas de Moira eran desgarradoras y Fenella empezó a asustarse de veras cuando vio que Tamsin no había asistido a la ceremonia. En cuanto terminaron, corrió hacia la casa de su hermano y llamó suavemente porque no quería despertarlos. Lyall salió con mala cara y cerró la puerta— ¿Cómo está?

—Mal. Le ha subido la fiebre y Nessie cree que tiene lo mismo que el niño.

—No digas eso. —se apretó las manos muy nerviosa—Seguro que se pondrá bien.

—Tengo un mal presentimiento, hermana.

—Eso lo dices por la herradura, pero ya verás que ...

—¡Fenella! ¡Está muy enferma!

Preocupada entró en la casa sin que pudiera impedirlo y se detuvo en seco al ver como su amiga sudaba profusamente. Su madre le ponía paños fríos en la cabeza y la miró sobre su hombro— No— negó con la cabeza dando un paso atrás— No.

Salió corriendo y su hermano la llamó, pero sólo quería encontrar a Nessie. Después de preguntar a varias personas, la encontró en otra casa donde el marido tosía y tenía fiebre. La anciana salió y se limpió el sudor de la frente. La trenza que tenía alrededor de la cabeza, dejaba salir las canas pues estaba casi desecha.

— ¿Qué ocurre? ¿Tamsin está peor? ¿Se va a morir? —Nessie la miró con sus ojos color miel y se le pusieron los pelos de punta— ¡No, no puede morir! ¡Dime qué debo hacer!

La cogió de la muñeca y tiró de ella alejándose de la aldea— ¡Mira niña, no sé lo que está ocurriendo! ¡Normalmente esos síntomas los curo con raíz de sauco, pero no funciona!

—¡Pero tiene que haber algo o alguien que sepa lo que ocurre! ¡Algo que les cure!

—Pues eso espero, porque ya han enfermado seis.

Se le cortó el aliento—¿Qué?

—¡Seis personas ya presentan fiebres, Fenella!

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—El niño Ross tardó cuatro días en morir. Fue el primero en enfermar.

—Tamsin empezó ayer, así que tengo tres días.

—¡Esto no es algo exacto! Depende del cuerpo y de la fuerza...

La cogió por los brazos—¿Quién puede saber lo que ocurre?

—¡No lo sé! ¡Nunca he salido de aquí y todo lo que sé me lo enseñó mi madre!

—Piensa Nessie, tiene que haber algo, una planta que les cure, una raíz...— los ojos de Nessie se abrieron como platos—¿Qué?

—La raíz roja. Mi madre decía que su abuela le había comentado que era infalible contra las fiebres.

—¿Dónde podemos encontrarla?

—¡Nunca la he visto! ¡Crece en un arbusto en las rocas de los acantilados!

A Tamsin se le cortó el aliento—¿Los acantilados de las tierras de los Wallace?

—Esos mismos. Y ni siquiera sé si es un cuento que contaba mi madre. ¡Puede ser mentira!

Enderezó la espalda con los ojos entrecerrados— ¿Cómo la reconoceré?

—Mi abuela decía que entre las rocas nacían unos arbustos con la hoja puntiaguda, que al arrancarlos mostraban unas raíces rojas como tu cabello. No hay nada igual por los alrededores. Si la encuentras, es lo que buscas.

—Tardaré un día en llegar y otro en volver, porque no puedo ir a caballo.

Nessie abrió los ojos como platos—¿Vas a ir tú?

—No pueden ir los hombres. Lllaman mucho la atención. Es más fácil que cruce la tierra de los Wallace una persona sola que varios hombres a caballo y sé que si digo algo a mi hermano, se empeñará en ir él mismo.

—Debes traer suficiente para tener para todos. Creo que esto se va a convertir en una plaga que arrase la aldea.

—¿Sólo necesitas las raíces? ¿No el tallo?

—Sólo las raíces. Lo demás no creo que me sirva de nada, aunque me gustaría tenerlo para experimentar.

—Te traeré una entera para que lo hagas, pero me centraré en las raíces, que sabemos que es lo que funciona, según tu abuela.

—¿Sabes que vas a arriesgar tu vida y puede que no haya nada de verdad en esa historia? Piénsalo bien, Fenella.

—Ya lo tengo pensado. — se volvió para ir a por un saco, su capa y algo de comer. Escogió un cuchillo grande y bien afilado, que se ató a la pantorrilla bajo el vestido después de quitarse el kilt que la identificaba como parte de los McGregor. El cuchillo le serviría para protegerse y para cortar las raíces.

Sin decir nada a nadie, se cubrió el cabello y salió de su casa para iniciar camino hacia el este. Nadie la vio abandonar la aldea preocupados como estaban por los enfermos de su pueblo y todavía no se había puesto el sol sobre ella cuando llegó al límite con las tierras de los Wallace.

Capítulo 2

El espeso bosque le ponía los pelos de punta, porque sabía que si la cogían atravesando esas tierras, su vida no valdría nada. Iba de un tronco a otro lo más recto posible porque no quería perderse, procurando no hacer ruido y escuchaba de vez en cuando por si alguien la seguía. Iba a pasar al siguiente tronco, cuando escuchó que se movían unas ramas en un árbol y escuchó que algo gruñía. Se detuvo en seco por si era un animal. Sacó la cabeza para apenas ver por el ojo derecho y vio un hombre subido a un árbol con la espalda apoyada en el tronco. Un vigía. Se mordió el labio inferior pensando en qué hacer. Le podía distraer tirando una piedra al otro lado, pero temía que alertara a los demás. Y seguro que había más porque ese hombre no estaría solo en medio del bosque por diversión.

Decidió que tenía que pasar a ese hombre sin que se diera cuenta y lo mejor era hacerlo por su espalda. Volvió lentamente al árbol de detrás y al siguiente para retroceder. Entonces empezó a avanzar de nuevo alejada varios metros por su espalda. Tardó más de una hora en hacerlo, pero cuando llegó a su altura tembló de miedo escondida tras el tronco de un árbol enorme porque si cometía un error, estaba muerta. Caminó lentamente hasta el árbol que estaba más o menos tras él y sonrió de alivio porque no había sido tan difícil. Le escuchó gruñir de nuevo y se detuvo. Entonces escuchó que algo caía sobre el suelo y al echar un vistazo, vio que estaba orinando desde la rama. Esperó varios minutos más y volvió a mirar. El problema de estar en esa posición, era que no le veía al

estar el vigía detrás del tronco de su árbol. Tomó aire antes de caminar lentamente al árbol de al lado y desde allí vio su pierna colgando de la rama. La balanceaba adelante y atrás, lo que indicaba que estaba relajado. Más tranquila pasó al siguiente árbol y cuando estuvo a buena distancia, echó a correr como alma que lleva el diablo.

Al llegar al límite del bosque debería atravesar los prados, pero no quiso arriesgarse a quedar expuesta, así que caminó todo lo oculta que pudo entre los árboles y arbustos. Al llegar la noche estaba agotada, pero no podía detenerse. Incluso comió mientras caminaba deteniéndose sólo para beber de algún riachuelo. No tenía tiempo para perderlo descansando. Subiendo una colina, escuchó un ruido metálico que la detuvo en seco y se escondió tras un arbusto asustada. Al oír que ese ruido estaba lejano, se arrastró a lo alto de la colina y gimió al ver que bajándola se encontraba la aldea de los Wallace. Había una gran construcción de piedra en el centro rodeada de varias hogueras. ¿Eso era un castillo? Nunca había visto ninguno, pero tenía dos torres con una edificación en medio. Le habían descrito que los castillos tenían torres, así que debía ser un castillo. No se imaginaba que los Wallace fueran tan ricos. Sólo los ricos tenían castillos y ese era grande.

Entre dos de las hogueras, dos hombres estaban luchando con espadas mientras varios les animaban rodeándolos. Uno de ellos era enorme. Tenía el cabello rubio hasta la mitad de la espalda y sus brazos eran gruesos como troncos. No llevaba camisa. Únicamente llevaba el kilt de los Wallace en colores rojo y verde, pero se notaba que era alguien a quien admiraban, porque era a quien animaban. Su contrincante trastrabilló hacia atrás y su bota chocó contra uno de los troncos de la hoguera, inclinándose hacia atrás. El rubio le agarró por el cabello de su coronilla, tirando de él fuera de la hoguera antes de golpearle con la espada plana en el trasero haciendo reír a los demás. Fenella sonrió al ver la indignación del hombre antes de darse cuenta que su kilt estaba ardiendo bajo su trasero. Empezó a dar saltos gritando mientras los demás se reían a

carcajadas, antes de quitarse el kilt quedándose como Dios lo trajo al mundo. Ella se sonrojó al ver su sexo a la vista de todos, pues nunca había visto a un hombre desnudo. El rubio sonriendo clavó la espada en el suelo, moviendo la cabeza de un lado al otro como si no pudiera creérselo. Fenella sintió que se le cortaba el aliento. Nunca había sentido algo así y deseó verle más de cerca. Suspiró decepcionada porque nunca podría hablar con él. Eran de clanes enemigos y no tendrían la oportunidad de conocerse. Vio como el rubio le daba una palmada en la espalda a su compañero y todos se metían en el castillo por la puerta que tenía en el centro. Intrigada miró la construcción y se preguntó cuánta gente viviría allí. Alrededor del castillo había casas de piedra con tejados de paja, pero no demasiadas. Al menos no tantas como en su aldea.

Entonces lo vio. Tras el castillo, a lo lejos vio el mar. La luz de la luna reflejaba en el agua y pensó que jamás había visto algo tan hermoso. Ya era mala suerte que los acantilados estuvieran tras el castillo.

—Maldita herradura.

Tuvo que bajar la colina escondida entre las rocas cubiertas de hierba y entonces supo que aquel sitio era inexpugnable. Era imposible que no vieran llegar a su enemigo, pues para que pasaran los caballos sólo se podía bajar por la colina ante el castillo. Un grupo de hombres escondidos como ella, no serían problema para sus enemigos.

Cuando llegó a los acantilados miró hacia el castillo. Sólo la luz de la luna la delataba y con su capa oscura era prácticamente una sombra. Se acercó todo lo que pudo y las aguas negras que chocaban contra las rocas le pusieron la piel de gallina. Tenía que salir de allí cuanto antes. El problema vino cuando arrancó un arbusto, porque la oscuridad prácticamente no la dejaba ver el color de las raíces. Le parecían todas marrones. Frustrada se alejó del castillo y buscó un sitio donde esconderse. Dormiría un rato para descansar y lo intentaría de nuevo en cuanto amaneciera. Encontró

dos rocas enormes que se unían dejando un espacio entre ellas. Era el sitio perfecto. Esperaba que no hubiera ningún animal dentro.

Se tumbó boca abajo con la cabeza mirando hacia la salida y el cuchillo en la mano por si la atacaban. Dudaba que saliera con vida en la tierra de los Wallace, pero a alguno se llevaría por delante si se acercaba lo suficiente.

Apoyó la mejilla sobre la palma de la mano y suspiró. Cerró los ojos esperando descansar un rato, cuando escuchó un movimiento. Abrió los ojos sin moverse y entonces le vio. El hombre rubio estaba ante ella mirando el mar con las manos en las caderas. La brisa movía su cabello y Fenella retuvo el aliento al ver que se sentaba en una roca dándole la espalda. El reflejo de la luna le mostró su perfil. Su nariz recta y su fuerte barbilla. No llevaba barba y eso le gustaba. Le vio coger una piedra y tirarla al mar moviendo los impresionantes músculos de su espalda. Era realmente hermoso. Se preguntó si tendría esposa. Frunció el ceño sin poder creer lo que había pensado y poniendo los ojos en blanco volvió a mirarle pensando que era una estúpida. ¿A ella qué más le daba si estaba casado o no? Se quedó varios minutos y Fenella se preguntó si no dormiría porque ya debían quedar unas cuatro horas para amanecer.

Le vio que apretaba los labios y susurraba— Malditos McGregor.

Fenella jadeó sin darse cuenta y él miró hacia atrás con el ceño fruncido levantándose de golpe. Miraba por encima de su cabeza, así que se mantuvo muy quieta casi sin respiración.

—¿Quien anda ahí? — alerta sacó un cuchillo de su bota que era dos veces el suyo. Estupendo.

—¡Anice, si eres tú vas a encontrarte con el trasero en carne viva por la mañana! ¡Vuelve a la cama, mujer! ¡No te quiero esta noche! — dio un paso hacia ella y miró hacia su derecha—¿Anice?

¿Quién rayos era Anice? ¿Su mujer? Pues vaya manera de recibirla. Se paseó de un lado a otro durante varios minutos. Ese hombre no era de los que se dan por vencidos. Cuando se alejó, suspiró de alivio y durante al menos una hora no movió un músculo. Al final se quedó dormida de puro agotamiento.

La luz del amanecer la despertó. Estaba sedienta y tenía ganas de aliviarse, pero lo primero era lo primero. Sacó la cabeza de entre las rocas y miró a su alrededor. Arrastrándose entre las enormes piedras, llegó a los acantilados y miró hacia abajo. Sonrió porque allí mismo tenía el arbusto del que le había hablado Nessie. Eran pequeños con hojas puntiagudas y cuando arrancó uno reprimió un gemido cuando vio que tenían espinas en el tallo. Abrió la mano y se arrancó sin emitir un sonido las espinas que dejaron en la palma de su mano tres agujeros bastante profundos. Se arrancó una tira de su vestido interior y rodeó bien la mano para intentar cubrirla de las heridas que le harían las espinas. No tenía nada de cuero para evitar herirse, así que tendría que soportar el dolor. Tomando aire, cogió la siguiente y comprobó que también tuviera las raíces rojas. Cortó los tallos y guardó las raíces en el saco que tenía preparado. Cuando arrancó la quinta planta ya tenía la tira paño de su mano llena de sangre, pero Nessie le había dicho que llevara bastante y no sabía exactamente cuánto era esa cantidad. No tenía pensado repetir el viaje. Estaba guardando la última planta, que era la que llevaría entera por si se podía replantar, cuando escuchó un ruido tras ella. Sin volverse cogió el cuchillo con la mano herida, aparentando que no había oído nada.

—¿Quién eres?

Cerró los ojos al escuchar la voz de ese hombre. Tomó aire y se levantó dándose la vuelta. Pareció sorprendido al mirarla, pero lo disimuló enseguida.

—Sólo he venido a ...

—¿Quién eres? — preguntó más tenso acercándose con el cuchillo en la mano—Llevas toda la noche escondida. ¿Eres una espía de los McGregor?

—¡No! ¡No estaba espiando! — asustada miró a su alrededor, pero sólo podía huir sin despeñarse por donde había venido. Un rizo pelirrojo salió de su capucha y el hombre rugió antes de acercarse y

cogerla por el cuello. Su capucha cayó y su pelo rojo quedó a la vista.

—¡Eres una McGregor!

—Sí— susurró asustada mirando sus ojos azules—Sólo quería ...

—¡Espíarnos! —colocó el cuchillo bajo su cuello y Fenella tuvo que estirarlo sintiendo el filo a punto de quitarle la vida—¿Ahora los muy cobardes envían a sus mujeres?

—No saben que estoy aquí— susurró aterrorizada por su tamaño y por su cara de furia. Era realmente temible — Por favor, sólo quiero irme.

Su captor sonrió con desprecio— Tú no te vas a ningún sitio, pelirroja. Vamos a comprobar lo importante que eres en el clan antes de que te regale a alguno de mis hombres.

Fenella pensó en Tamsin y en su hermano. En que si la retenían, no llegaría a tiempo para salvarla. La cara de sorpresa del hombre fue evidente cuando sintió su cuchillo entre sus piernas—Baja el cuchillo antes de que te haga mujer.

Un brillo en sus ojos azules le hizo levantar el cuchillo y él saltó hacia atrás de una manera tan ágil que la sorprendió. Fenella salió corriendo subiendo entre las rocas, pero él cogió uno de sus tobillos tirando de ella hacia abajo. Chilló de dolor al caer soltando el saco y el hombre la cogió del cabello levantándola de nuevo—Eres una hermosa presa— siseó pasando el cuchillo por la tira de cuero que sujetaba su capa y cortarlo en dos. Su capa cayó al suelo mostrando su vestido marrón y el cuchillo bajó por su escote—Va a ser interesante ver lo que hay debajo.

—¡Sucio Wallace! ¡Suéltame!

Él se echó a reír al ver que intentaba soltarse y golpeó su mano con la empuñadura de su arma para que Fenella soltara el cuchillo cuando intentó apuñalarle. Con la mano dolorida, no lo pudo soportar y su arma cayó al suelo. Asustada intentó arañar su cara.

—¿Sigues peleando? — divertido la soltó para jugar con ella y Fenella se tiró al suelo intentando coger su cuchillo, pero él lo piso con su bota riendo a carcajadas. Fenella cogió una roca con ambas

manos estrellándosela en el pie. Gritó sorprendido levantando el pie y Fenella sin pensar cogió el cuchillo clavándoselo en el otro. El rubio cayó al suelo gruñendo y siseó—Ahora sí que estás muerta, pelirroja.

Fenella echó a correr con el cuchillo en la mano y de la que subía por las rocas agarró el saco. El hombre intentó levantarse, pero suponía que al menos un pie lo tenía roto. —¡Te voy a matar! ¡Acuérdate de esto, zorra McGregor! ¡Te voy a encontrar y estás muerta! ¡Palabra de Iver Wallace!

Se detuvo en seco y se volvió asombrada. ¡Era Iver Wallace! Se miraron a los ojos durante varios segundos antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo y volverse.

— ¿Cómo te llamas? — le gritó furioso viendo como corría alejándose sin preocuparse ya si la veían o no.

—¡Fenella!

Al llegar a lo alto de la colina, vio como dos hombres corrían hacia el acantilado. Gimió porque empezarían a buscarla de inmediato y ahora era de día y su color de cabello la delataría al no tener su capa. Entonces vio varias ramas delgadas con hojas grandes y las trenzó en una corona metiendo su cabello dentro. Se agachó cerca de un arroyo y se cubrió la cara con barro para pasar desapercibida en el bosque. Cogió el saco y se puso a caminar más pendiente de si llegaban caballos que de los vigías.

Los caballos no tardaron en adelantarla y uno de ellos pasó a apenas dos metros de ella. Sonrió maliciosa por lo estúpidos que eran los Wallace. Afortunadamente no se encontró vigías a su paso y los caballos pasaron varias veces sin llegar a verla. Escondida entre arbustos o detrás de árboles, gracias a su vestido marrón era invisible. Cuando llegó al límite con sus tierras no se fió, porque eran capaces de seguirla hasta la aldea con tal de atraparla. Iver Wallace había dado su palabra de matarla, así que lo haría. De eso no le cabía ninguna duda. Traspasó sus tierras de noche para que nadie la viera y al llegar al río, se quitó la corona de hojas y se lavó para no alarmar a los suyos.

Cuando llegó a la aldea la mano le dolía horrores y tenía los pies llenos de ampollas, aparte de estar hambrienta y agotada.

Al escuchar a alguien llorar corrió hasta la casa de su hermano para encontrarse a la madre de Tamsin sentada ante ella llorando— ¿He llegado tarde? — preguntó asustada.

La mujer levantó la vista sorprendida— ¿Dónde has estado?

—¿No os lo ha dicho Nessie? ¿Cómo está Tamsin?

—¡Muy mal!

—¡Fenella! — Nessie se acercaba corriendo sorprendentemente rápido para su edad y detrás iban Tevin con su hermano.

Lyall la abrazó con fuerza—¿Lo has conseguido?

—¿Te lo ha dicho Nessie? — le abrazó el cuello aliviada de estar allí. Nessie cogió el saco y sonrió al ver su contenido antes de salir corriendo de nuevo.

—Gracias, hermana— susurró Lyall emocionado.

—Sois mi familia. Haría cualquier cosa por vosotros.

Se alejó de él y gimió al sentir las plantas de los pies de nuevo.

—Tevin, acompaña la a la casa del Laird. Tiene que descansar.

Su amigo asintió, pero ella protestó— Pero quiero quedarme.

—Fenella, estás agotada. Has hecho más de lo que nadie hubiera creído posible. Ahora vete a descansar.

—Padre...

—Padre piensa que estás con Tamsin.

Suspiró de alivio y besó a su hermano en la mejilla antes de ir hasta la casa del Laird. —Has sido muy valiente. — dijo su amigo con admiración—Cásate conmigo, Fenella. Haré todo lo posible para que seas feliz.

Le miró sorprendida— Yo no quiero ser feliz. Quiero amar a mi marido. — dejándolo con la boca abierta entró en la casa de su padre con cuidado para no despertar a nadie.

Varios hombres dormían en el salón. Fenella subió con cuidado al piso de arriba. La madera crujió, pero los ronquidos de su padre hicieron que pasara su habitación antes de llegar a las de las mujeres sin que la escuchara nadie. Un jergón en el suelo al lado de

la cama de su hermana Tira sería su espacio a partir de ese momento. Suspiró posando la cabeza en la almohada sin molestarse en quitarse las botas siquiera.

Ni supo cuánto tiempo durmió. Ni siquiera escuchó a sus hermanas levantarse. Fue Vika la que la empujó del hombro y se sobresaltó sentándose de golpe gritando—¡Tamsin!

Vika sonrió con cariño y dijo—Está mejor. Gracias a ti está algo mejor.

—¿De verdad? —preguntó adormilada.

—Come algo y vuelve a dormir. Cuando te despiertes, la verás.

Hambrienta se debatió entre la comida y seguir durmiendo, pero al final se decidió por la comida—Niña, ¿no te has quitado las botas?

Vika desató uno de los cordones de cuero antes de quitársela y jadeó al ver sus pies en carne viva— Tienes que curártelos.

Con la boca llena de estofado de conejo se encogió de hombros sin darle importancia porque ahora apenas los sentía. Vika tocó una de sus ampollas sin reventar y gimió de dolor— Le diré a Nessie que venga.

—Estoy bien. Déjala. Tiene cosas más importantes entre manos.

Vika vio su venda sucia en la mano y la cogió por la muñeca con cuchara y todo.

—¿Qué es eso? — le arrebató la cuchara y le quitó el vendaje a toda prisa para ver las heridas de su mano ensangrentada. La tenía llena de agujeros— ¡Válgame Dios! ¡Niña!

—Las plantas tenían espinas y tenía que arrancarlas.

Siguió comiendo mientras Vika salía de la habitación a toda prisa. Dejó el cuenco en el suelo cuando terminó y suspiró tapándose con la piel de nuevo. Estaba a punto de dormirse cuando la puerta se abrió otra vez y Nessie entró con Vika detrás. Apartó la piel que cubría sus pies y tomó aire.

— Y su mano...La palma de su mano...

Cogió su mano con delicadeza y le dio la vuelta—¿Te lo has hecho con la planta?

—Sí. —sus ojos se cerraron—Dejarme dormir un poco más.

—¡No! Tengo que mirar si se te ha quedado alguna espina dentro. ¡Podría matarte!

—¿Qué?

—Es muy potente. ¡Ni te imaginas cuanto! — le golpeó la cara y Fenella gimió sentándose de nuevo.

—Está bien. Acaba de una vez para que pueda dormir en paz.

Las ancianas se miraron sonriendo— ¿Qué tal el viaje? — preguntó Nessie arrodillándose a su lado y empezando a limpiarle la herida de la palma de la mano con un paño húmedo.

—He conocido a Iver Wallace.

Si hubiera dicho que conocía a mismísimo rey de Inglaterra no se hubieran sorprendido tanto.

La miraron como si le hubieran salido dos cabezas, así que añadió— Y a jurado matarme.

—¡Oh no! — Vika se llevó una mano al pecho—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Ayer. — confundida entrecerró los ojos —Creo que fue ayer al amanecer. Me encontré en el acantilado y creo que le he roto un pie.

—Estás muerta. —dijo Nessie asustada—¿Estás loca?

—¿Iba a dejar que me matara?

—No, claro que no— dijo Vika dándole la razón. —La niña hizo bien.

—Y le clavé mi cuchillo en el otro pie.

—¿No será una de esas mentirijillas tuyas?

—Es rubio y hermoso.

—¿Hermoso? — preguntó Nessie reprimiendo una sonrisa— ¿No tiene los ojos rojos?

—Los tiene azules y su cabello llega hasta la mitad de su fuerte espalda. Es...—suspiró antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo—muy grande— carraspeó haciendo reír a las mujeres. — Dijo que era hermosa.

—Porque lo eres. — dijo Vika divertida—Así que le has dejado cojo. Espera que se entere tu padre. Se sentirá orgulloso.

Ella esperaba no haberlo dejado cojo. Aunque no dejaría de ser masculino lo prefería ileso, pero por supuesto no dijo nada.

—Así que ha jurado matarte. ¿Eso no te preocupa? — quitó un pequeño resto de una espina—Esto ya está.

—¿Le quedarán cicatrices?

—Sí. Serán inevitables

Indiferente dejó que le echara un ungüento en la mano y se la vendó. Nessie suspiró al ver los pies de nuevo. —Niña, ha debido dolerte horrores.

—Sólo al final. Fue cuando me detuve un rato cuando me di cuenta.

—¿Y no te preocupa? —volvió a pregunta Vika interesada.

—¿Wallace? No. Tendría que entrar en la aldea para cogerme y ni él está tan loco.

—Yo estaría aterrorizada —dijo Vika.

—¿De veras? A mí ya no me aterroriza nada. — dijo Nessie divertida— Y sólo te llevo un año.

—Es un decir.

Al mirar a la niña vieron que ya se había quedado dormida— Habla con el Laird mientras le curo los pies. Cuéntale lo que ha pasado para que esté alerta.

—¿Crees que vendrá a por ella?

Nessie la miró a los ojos— ¿Wallace? Atravesaría el infierno para cumplir una promesa. —Vika salió de la habitación asustada y Nessie miró la preciosa cara de Fenella— Lo que no sé es si llegara a cumplirla.

Se despertó al escuchar un gruñido y se estiró bajo la piel sonriendo de oreja a oreja sin abrir los ojos antes de suspirar. Un gemido la hizo fruncir el ceño y abrió los ojos para ver sobre ella a Iver Wallace con un cuchillo. Le tapó la boca con fuerza cuando asustada intentó gritar y susurró en su oído—Pelirroja, ¿te acuerdas de mí? Emite un solo sonido y mato a tus hermanas.

Sus ojos se volvieron hacia la derecha donde su hermana Tira estaba sujeta por uno de sus hombres con un cuchillo bajo la barbilla mientras que con la otra mano le tapaba la boca. —Ellas no me interesan. Sólo una pelirroja de las que hay aquí me importa. Vienes conmigo o arraso este maldito sitio. Tú decides. Mis hombres los rodean a todos.

Fenella asintió asustada por los suyos porque si habían conseguido llegar hasta allí es que estaban preparados y era obvio que les cogerían por sorpresa.

Iver apartó la mano de su boca lentamente, pero ella no emitió un solo sonido.

— Levántate.

Se puso en pie a toda prisa haciendo una mueca de dolor al apoyar los pies en el suelo de madera. Tiró de ella hacia la puerta y Fenella se asustó al ver que se llevaban a las niñas. Iver con el cuchillo en su espalda siseó— Muévete, las dejaremos en el río.

Caminó hacia la escalera y empezó a descender. Su captor tenía una ligera cojera y se preguntó si sería invencible porque cualquier otro estaría tirado en una cama. Pero él estaba allí para cumplir su promesa. Estaba claro que no se detenía ante nada.

Los que dormían en el salón ni se enteraron y no se podía creer que pasara algo así, sorprendiéndolos tan desprevenidos. ¿Quién estaba de guardia? ¿Había alguien de guardia?

La sacaron al exterior y al sentir una piedra en la planta del pie perdió el paso provocando que el cuchillo se le clavara en la espalda.

Gimió y él la empujó con fuerza. —Muévete— susurró cogiéndola del cabello y tirando de su cabeza hacia atrás.

En lugar de ir hacia la aldea giraron hacia la izquierda alejándose de ellos hacia la colina. Pero qué estúpidos habían sido al no construir la casa del Laird en el centro de la aldea donde no podrían huir sin ser vistos. El capricho de Jane le iba a salir realmente caro a Fenella.

Estaba tan oscuro que apenas eran sombras subiendo la colina y al lado de los arboles estaban sus tres caballos esperando.

—Los McGregor son realmente estúpidos. Ni siquiera hay vigilancia cuando estamos en guerra— dijo uno de sus guerreros subiendo al caballo con la pequeña Liss que apenas tenía cuatro años y estaba aterrorizada.

—Dejarlas, por favor. Son muy pequeñas para regresar desde el río.

Iver tiró más de su cabello—¿Te he permitido hablar? Pues cierra la boca, zorra McGregor. Al menos hasta que te pida las explicaciones que quiero.

La cogió por la cintura tirándola sobre el caballo como si fuera un fardo y se sentó tras ella cogiendo las riendas antes de que recuperara el aliento.

—Leathan, a la retaguardia. Si se acercan tira a la niña, eso les entretendrá un rato.

El que llevaba a Liss, se colocó tras ellos y Fenella cerró los ojos angustiada por las niñas. Si le ocurría algo a Tira que apenas tenía ocho años, Liss estaba muerta porque se perdería en los bosques intentando regresar a casa o sería atacada por algún animal antes de que pudieran rescatarla. No era la primera vez que los lobos atacaban a niños indefensos.

Iniciaron el camino en absoluto silencio en una noche sin luna. Ella tenía frío pues solamente llevaba su vestido e iba descalza, pero las niñas se debían estar helando porque apenas las cubría un ligero camisón. Entonces empezó a llover con fuerza y Fenella maldijo su mala suerte. Rodearon la aldea para iniciar un galope atravesando los prados como si les persiguiera el diablo. Las costillas de Fenella se resistieron y tuvo que agarrarse en el muslo de Iver para no caer de la montura. Él la sujetó por la espalda del vestido, haciéndole daño en la herida. El caballo saltó un pequeño arroyo y al caer sobre el suelo Fenella revotó sobre su lomo gimiendo de dolor cuando cayó sobre sus pechos.

—¿Te ha dolido? Más te va a doler. Eso te lo aseguro.

Afortunadamente llegaron al río, pero él no detuvo el caballo— ¡Las niñas! —gritó asustada mirando a su alrededor— ¡Dijiste que no

te las llevarías!

—Y no me las llevaré. Al contrario que vosotros, yo no mato niños.

Aliviada se dio cuenta que sus hombres se acercaban a ellos a todo galope y que las niñas ya no estaban con ellos. Iver detuvo el caballo y cogiéndola por la cabellera empapada la tiró al suelo. Gritó del dolor y la sorpresa cayendo al suelo.

—¡Ahora que ya estamos en mis tierras y que los cobardes de los McGregor no vendrán hasta aquí, vas a contarme qué es lo que estabas haciendo en mis tierras!

Asustada miró a aquellos impresionantes guerreros sobre sus caballos y supo que si decía la verdad no creerían ni una palabra. El moreno que tenía una enorme cicatriz en el brazo acercó su caballo a ella y asustada retrocedió pataleando—Esta puta es la hermana del que hijo del Laird.

Iver sonrió malicioso— Lo sé. ¿A que es gracioso que Mitchell fuera herido hace unos días por tu hermano, Fenella?

—Es una pena que no lo haya matado. —dijo con odio.

Los tres se echaron a reír y Fenella se levantó de repente echando a correr.

—Corre como una gacela. Incluso con los pies heridos. — Leathan miró a su Laird— ¿Voy a por ella?

—Déjame divertirme un poco. —Iver azuzó su caballo y esquivando los árboles se acercó a toda velocidad a ella, que miró sobre su hombro girando a la izquierda de repente sin darse cuenta que estaba siendo rodeada. Cuando se encontró con el caballo de Mitchell, que intentó atraparla, se dejó caer pasando por debajo, resbalando gracias al barro. Leathan se echó a reír al ver la cara de frustración de su amigo.

—¡Cierra la boca! — gritó girando el caballo—¡Rodéala!

Entonces Fenella sabiendo que no podría huir, intentó subirse a un árbol, pero Iver la cogió por el tobillo tirando de ella con fuerza, cayendo al suelo sin aliento. Rodeada por los tres, apartó su cabello para mirar hacia arriba.

— Al parecer tus pies no están tan mal como aparentan, pelirroja. Leathan, una cuerda. — la miró a los ojos, que estaban llenos de miedo—Vamos a ver cuánto puedes correr.

Gimió por dentro y cuando Leathan se bajó del caballo gritó — ¡Malditos cobardes! ¡Sois muy hombres contra una mujer indefensa!

—El tajo que tengo en el pie demuestra que no eres indefensa en absoluto. — siseó Iver ofendido— ¿No querías estar en las tierras de los Wallace? No te preocupes, que antes de morir, vas a conocer una parte muy importante de ellas.

Leathan apretó los labios bajándose del caballo y apartó su melena castaña para coger una cuerda del jergón que llevaba colgado de la silla de montar. Se arrodilló a su lado y le cogió las muñecas con fuerza para atárselas.

Gimió por lo apretadas que estaban y le miró a los ojos— Puerco Wallace. Espero que te pudras en el infierno. — le escupió a la cara y Leathan le dio un bofetón que le volvió la cara. Fue como si le estallara la mejilla y reprimió las lágrimas que pugnaban por salir mientras los demás se reían.

Él tiró de la cuerda obligándola a levantarse y le dio la cuerda a su Laird, que tiró de ella con fuerza para acercarla a su caballo.

— Ahora vas a correr. ¿Estás preparada, pelirroja?

Levantó la barbilla orgullosa y le miró con los ojos cuajados de lágrimas— Por supuesto.

Él entrecerró los ojos antes de azuzar a su caballo, que inició un trote. El tirón en las muñecas se las despellejó como si el fuego se las abrasara, pero no movió un gesto mientras se ponía a correr para que no la tirara.

Los otros dos iban detrás e Iver volvió la cabeza —No lo hace mal, ¿verdad?

—Es que vas muy despacio—respondió Mitchell— Deberías apurar el paso o tardaremos una eternidad en llegar a casa, mi Laird. Nos vamos a perder el desayuno.

—Tienes razón. Vamos a correr un poco más.

Aceleró el paso y Fenella tuvo que correr más rápido, ignorando el dolor que la traspasaba cada vez que sus pies pisaban una rama o una piedra. Intentó mantener el paso y durante varias millas lo consiguió, pero sus pies empezaban a sangrar y se resbaló al pisar una zona con musgo mojado. El caballo la arrastró durante varios metros y su cara se raspó al no poder cubrirse.

Iver detuvo el caballo—¿Qué hacías en mis tierras? ¡Vas a morir igual, así que habla cuanto antes!

Tumbada en el suelo gimió de dolor arrodillándose y Mitchell la miró con admiración cuando vio las plantas de sus pies antes de levantarse de nuevo. Leathan tensó la espalda al ver lo mismo que él y apretó las riendas entre sus manos al oírla decir— ¿No teníais prisa por desayunar?

—¡Tú lo has querido! — dijo Iver con furia antes de azuzar su caballo de nuevo.

Correr fue una auténtica tortura. Agotada dejaba que la cuerda tirara de sus muñecas porque no tenía ni fuerzas para sujetarla para evitar que le hiciera daño.

Cayó por segunda vez apenas una milla después y el Laird furioso gritó al ver que se levantaba de nuevo—¿Qué venías a hacer a mis tierras? ¿Has envenenado el pozo? ¿Qué has hecho?

—Nada. No he hecho nada. — respondió sin fuerzas.

—Vas a decírmelo como que soy el Laird. Eso te lo juro.

Siguió tirando de ella, aunque no corría como antes. Estaba claro que lo que quería era alargar su tortura todo lo posible, así que casi lo hacía caminando.

—Mi Laird, le sangran los pies. — dijo Leathan.

—¿Te sangran los pies, pelirroja? Qué increíble coincidencia. Igual que los míos cuando huiste.

—Es una pena que no te hubiera empujado por el acantilado— dijo sin fuerzas.

—¿A eso venías? ¿A matarme?

—Eres ridículo.

Eso le enfureció aún más y la golpeó con fuerza con el dorso de la mano. Cayó al suelo sin sentido y Leathan preguntó—¿La has matado?

Los tres la miraron desde el caballo sin moverse. En ese momento una nube se despejó y rayo de luna atravesó las copas de los árboles iluminando su imagen. Tendida en el suelo rodeada por sus rizos pelirrojos, vieron como una gota de sangre salía de la comisura de su boca. Las heridas de sus muñecas habían manchado la sogá y sus pies desnudos eran visibles para todos.

—Esta mujer nos va a traer problemas, Iver. Máta-la y volvamos a casa. — dijo Mitchell preocupado.

—¡Cierra la boca! — se bajó del caballo y comprobó que estuviera viva. —Tiene aliento. —la sujetó por la cintura y la tiró sobre su caballo.

—No por mucho tiempo si continuas con esto. — dijo Leathan— Me apena que una mujer tan hermosa esté cubierta de morados.

—Lo dice el que la acaba de golpear.

—¡Me escupió!

—Y a mí casi me deja cojo. ¡Me traspasó el pie con un cuchillo!

—¿Habéis pensado que igual no miente? —Todos miraron a Mitchell— ¿Y si no ha hecho nada?

—¡Pues si no lo ha hecho, pretendía hacerlo y quiero saber cuáles eran sus planes!

Capítulo 3

Un estremecimiento la despertó y gimió por el dolor que le recorrió la espalda. Se asustó porque no sentía los brazos y abrió los ojos para ver que los tenía atados a una cadena a una viga al techo. Volvió a gemir al mover su cuello e intentó ponerse de pie, pero sus piernas no respondieron. Al mirar a su alrededor, se echó a llorar al ver que estaba encerrada en una habitación oscura y húmeda. Las enormes piedras le indicaron que estaba en el castillo de Wallace y se imaginó que era una especie de mazmorra donde se apresaba a los enemigos. Había escuchado que algunos clanes pedían rescates por sus enemigos, pero no es que su clan fuera muy rico. Además, Wallace decía que la mataría, así que no tenía esperanzas. El dolor de su cuerpo era insoportable y sólo deseaba que la muerte llegara cuanto antes.

No supo cuánto tiempo estuvo allí colgada, pero cuando escuchó pasos en la escalera miró hacia allí esperanzada, hasta que vio que Iver Wallace llegaba con una antorcha.

Abrió la verja que los separaba y sonrió con malicia al verla despierta— ¿Has recapacitado? ¿Qué estabas haciendo en mis tierras?

—Nada. ¡Mátame de una vez!

Él apretó los labios y dejó la antorcha en la pared antes de volverse— Me estás haciendo perder la paciencia. No voy a poner en riesgo mi clan por una zorra pelirroja y mucho más si es una McGregor. —se acercó y le levantó la barbilla mirándola a los ojos,

que se estaban llenando de lágrimas al entender que la tortura continuaría—Dime qué hacías en mis tierras.

—Buscaba unas hierbas para salvar a los míos. —respondió dándole la excusa que necesitaba para que la matara de una vez.

Como suponía no se creyó ni una palabra y una lágrima cayó por su rostro magullado.

—Eres muy hermosa. Aunque cuando acabe contigo, no te reconocerá ese hermano tuyo que intenta robarnos. — se acercó a su oído—La próxima vez no seré tan benévolo y les mataré a todos. Estoy harto de juegos. Debería ir a tu aldea y matarlos.

—¡No!

—¿Dime qué hacías en mis tierras? ¿Nos estabas espiando? ¿Ahora envían a mujeres para hacer el trabajo de un hombre?

—Necesitaba unas hierbas.

—¿En el acantilado? Preciosa, no soy estúpido. Mi sanadora nunca recoge nada en el acantilado. La he visto miles de veces.

Daba igual lo que dijera. No la creería, así que susurró—Mátame ya.

—No hasta que hables. — su mirada bajó hasta su escote y llevó su mano hasta allí rasgándole el vestido para mostrar sus cremosos pechos. Fenella cerró los ojos para no ver como la miraba y cuando su mano áspera acunó uno de sus pechos, se mordió el labio inferior con fuerza intentando no llorar. —Tienes la piel tan clara y suave. — dijo él con voz ronca— Quizás debería entregarte a mis hombres para que disfruten de ti. Dicen que las McGregor se abren de piernas como ninguna zorra del contorno. — Bajó su mano por la abertura del vestido y Fenella chilló inclinando su cabeza hacia atrás cuando llegó a su sexo. —Aunque por supuesto nunca has probado a un Wallace. Puede que te aficiones. —metió un dedo en ella haciéndola gemir de dolor— Puede que al final no te mate y te usemos como a la puta del clan. La que tenemos ya está muy vieja.

—¡Mátame ya!

Metió el dedo más profundamente y asustada le miró a los ojos. —Vaya, vaya. ¡Si eres doncella! Pelirroja, será un honor desvirgarte.

—¡No! —gritó cuando se apartó de ella y rompió su vestido en dos antes de cogerla por las piernas, abriéndoselas para colocarse entre ellas. —No, por favor.

—Dime, ¿qué hacías aquí?

—¡Recoger unas hierbas, lo juro!

Entró en ella con un fuerte empujón y Fenella abrió los ojos como platos antes de gritar con fuerza por la invasión a su cuerpo. Él la apretó, moviéndose en su interior sin dejar de mirarla a la cara. —Estás muy estrecha. Tan caliente y estrecha que es una tortura. —entró en ella de nuevo y Fenella gritó inclinando su cuello hacia atrás. Pero después de varios movimientos el dolor remitió poco a poco y suspiró de alivio mientras entraba en su ser una y otra vez con una fuerza salvaje, hasta que gruñó estremeciéndose.

Se apartó de ella soltando sus piernas, que cayeron sin resistencia balanceándola mientras sus pies eran arrastrados de un lado a otro. Un hilillo de sangre corrió por sus muslos e Iver apretó los labios observándola.

Con la cabeza hacia atrás Fenella susurró— Mátame por piedad.

Él la cogió por el cabello levantando su cabeza y gritó— ¡Yo decido cuando vives y cuando mueres! ¡Eres mía para hacer contigo lo que quiera!

Se volvió abandonándola allí de nuevo y Fenella rezó para que la matara cuanto antes mientras las lágrimas recorrían sus mejillas.

Pasaron unos minutos y volvió a escuchar sonidos en los escalones de piedra, pero no se movió. No tenía fuerzas para resistirse a cualquier cosa que le hicieran, así que para qué molestarse. El murmullo de dos voces femeninas le hizo levantar la cabeza para ver a dos mujeres. Una era rubia y debía tener su edad. La miraba con desconfianza mientras la otra que era morena y debía tener unos cuarenta y tantos años. Parecía disgustada e incómoda de estar allí. Las dos tenían los ojos azules y le recordaron los ojos de su captor.

—Ayúdame a soltarla. — dijo la mayor acercándose a la pared.

—No pienso tocarla. ¿Y si me muerde?

—¡No puede ni mantener la cabeza erguida! ¡Déjate de tonterías y no la dejes caer al suelo!

La joven se acercó a ella con temor y la sujetó por la cintura antes de que la mujer soltara la cadena sujeta a la pared. La cadena rodó por la viga y la chica temiendo que se le cayera encima, se apartó dejando que Fenella cayera a plomo al suelo. Fenella gritó desgarradoramente por el dolor que le traspasó la espalda y la chica se tapó la boca asustada.

—¿No te dije que la sujetaras? — gritó la mujer acercándose.

—Lo siento.

Se agacharon a su lado mientras sentía como sus brazos volvían a la vida y era un dolor insoportable.

—Madre, ¿qué hacemos?

—Vete a por una manta para cubrirla— dijo quitándole la cadena de las muñecas —Dios mío. Las tiene en carne viva.

—Y sus pies, madre.

—Vete a por la manta, tenemos que cubrirla. Y dile a Douglas que baje en unos minutos. Nosotras no podremos subirla por las escaleras.

—Sí, madre.

Cuando se quedaron solas, la mujer la cubrió con el vestido lo que pudo y ella susurró— Mátame.

—¿Qué dices? ¿Acaso quieres morir?

—Me va a matar. Lo ha jurado.

—¡Mientes! — se levantó ofendida— ¡Mi hijo no mata mujeres! ¡No sé lo que te propones, pero te aconsejo que cierres la boca! ¿Me has entendido?

—Sí— cerró los ojos dándole igual todo. Ya descubriría la verdad cuando viera su cadáver. Al parecer la tortura no se terminaría en ese momento. No quería ni pensar en lo que había pensado para ella. No se atrevía ni a moverse porque sentía los miembros como si le clavarán miles de agujones y los músculos de la espalda le latían.

Lo que menos le dolía y era irónico, eran precisamente los pies porque no estaba de pie.

—No sé qué has hecho para enfurecerlo de esta manera, pero te aconsejo que le sigas la corriente. Mi hijo no se caracteriza por tener buen humor precisamente y de eso tenéis la culpa los McGregor por robarle a su hermano y a su padre.

A Fenella se le cortó el aliento y levantó los párpados para mirarla a los ojos—¿Robarle?

—Les mató el Laird McGregor en una emboscada e Iver no os lo perdonará jamás.

—¿Mi padre les mató? ¿Cuándo?

La mujer jadeó llevándose la mano al pecho—¿Eres la hija del Laird? — miró su cabello y negó con la cabeza.

—No recuerdo esas muertes y nadie me lo ha contado nunca— intentó mover el brazo y gimió de dolor.

La mujer apretó los labios—Por supuesto porque fue un asesinato a sangre fría. Mataron a mi hijo mayor a sangre fría hace años. ¡Mataron a mi niño!

Su padre podía ser muchas cosas, pero jamás mataría a alguien sin motivo y mucho menos a un niño. —Mientes.

Su enemiga levantó la barbilla orgullosa —Te aseguro que si mi hijo te mata, no sufriré por ti.

—No lo esperaba. —cerró los ojos sintiéndose muy sola y la mujer no pudo evitar sentir pena por ella, pues se encontraba en medio de una guerra que ella no había iniciado. Pero bastante tenía con la pena de su corazón, como para sentir más por ella.

Se volvió al escuchar los pasos apresurados de su hija— Sima, ¿has avisado a Douglas?

—Estaba en el patio. Vendrá en un momento. — se agachó para cubrir con la manta a Fenella. — Madre, está temblando.

—Es por los dolores. En cuanto la subamos, le daremos un tónico. Se encontrará mejor.

Los pasos firmes en la escalera hicieron que volvieran la cabeza hacia allí, donde Douglas apareció mostrando su poderoso

corpachón. A pesar de tener ya casi cincuenta años, aún se conservaba bien. Se acercó lentamente y puso los brazos en jarras mirando a Fenella— ¿Esta es la presa del Laird? No parece gran cosa.

—Es la hija de Uther McGregor.

Douglas se pasó la mano por su barba castaña sin dejar de mirarla— Vaya.

—¿Nos traerá más problemas?

—Están debilitados. No creo que nos ataquen. Saben que somos mucho más fuertes. —Douglas se agachó—¿Tú eres la que le clavaste el cuchillo en el pie?

Fenella sonrió pensando que eso no era nada con lo que le había hecho él y Douglas levantó una ceja—¿Eso es que sí?

—Tenía que habérselo arrancado de cuajo.

Douglas se echó a reír a carcajadas mientras las mujeres jadeaban indignadas. El hombre la cogió en brazos y su pelo rojo cayó en una cascada.

Sima susurró a su madre— ¿Has visto que cabello, madre?

—El color del diablo. Lo ha heredado de su padre.

—Meribeth, ve delante con la antorcha. —dijo Douglas divertido.

Fenella separó los labios sorprendida—¿Meribeth?

Nadie le hizo caso mientras subían las escaleras en forma de caracol. Al llegar arriba varias personas les observaron dirigirse hacia la torre norte y desaparecer por las escaleras de nuevo.

Mitchell sentado en una de las sillas ante el fuego, observó a su Laird que gruñó mirando por donde habían desaparecido— ¿La subes a tus habitaciones?

—No quiero que muera ahí abajo. Todavía puedo sacar provecho de esto.

—¿Vas a pedir rescate por ella? Si no tienen riquezas.

Leathan bebió de su copa esperando la respuesta de su Laird y por la cara que puso, se dio cuenta que no le gustaba que le interrogaran sobre ese tema. Sabía que se sentía atraído por ella. Lo había notado desde el principio. Pero temía que esa mujer trajera

problemas mucho más graves para su clan, así que preguntó— ¿Es cierto? ¿Vas a pedir un rescate por ella?

—Uther querrá recuperarla simplemente por el hecho de que la tenemos nosotros.

—Casi cuarenta años de guerra son muchos años Iver. Creo que deberíamos plantearnos ...

—Eso lo dices tú que no has perdido a tu padre y a tu hermano— siseó con odio.

—Tu abuelo secuestró a tu madre de la aldea y se la entregó a tu padre.

—¡Uther la quería para él y se vengó más adelante! ¡Lo sabe todo el mundo!

—No sé qué decirte Iver. Uno de los vendedores ambulantes me dijo hace unos años que Uther estaba muy enamorado de su primera mujer. — añadió Mitchell

—¡Como de la segunda! ¡Ese hombre no es fiel a la memoria de nadie!

—Entonces no le será fiel a su hija. — Leathan se levantó para servirse más ale de la jarra.

—No estoy diciendo que pagará por su hija. Pagará por no quedar en ridículo ante su clan por quitársela debajo de sus narices.

—Sus amigos se miraron y sonrieron— Y cuando se la devuelva, no va a llegar intacta.

—¿La has desvirgado? — Mitchell se echó a reír—Estaría bien que tuviera un nieto Wallace.

—La mataría. —dijo Leathan.

—Juré que la mataría yo. —sus amigos sonrieron— Lo que pasa es que no sé cuándo lo haré. Pero si se me adelanta su padre... ¿Qué puedo hacer yo?

Las risas llegaron hasta el piso de arriba, donde Douglas cerraba la puerta después de ver sin poder evitarlo la sangre en las piernas de la muchacha. Suspiró porque parecía que había pasado por un calvario. Caminaba hacia las escaleras y escuchó un grito en el

interior de la habitación. Al parecer su calvario no había terminado. Sima salió corriendo y se volvió preguntando—¿Qué ocurre?

—Tiene una puñalada en la espalda. —corrió escaleras abajo y Douglas la siguió.

Los guerreros se levantaron al verla correr hacia la puerta—Sima, ¿a dónde vas? — preguntó Leathan tensándose—¿La mujer ha dado problemas?

—¡Problemas! ¡No sé ni cómo está viva! —gritó furiosa— ¡La habéis apuñalado!

Dejándolos con la boca abierta salió corriendo. Iver dejó su copa sobre la chimenea—¿Pero qué dice mi hermana? —miró a sus hombres—¿La habéis apuñalado?

Douglas vio como negaban con la cabeza. — Al parecer la tiene en la espalda.

Iver dio un paso hacia él—¿En la espalda?

—Tú la sacaste de la cama y...— dijo Leathan que cerró la boca cuando Iver le fulminó con la mirada antes de ir hacia las escaleras.

Cuando se abrió la puerta, Meribeth vio entrar a su hijo mientras limpiaba las heridas de Fenella en sus pies que estaban negros de suciedad y sangre. Tumbada boca abajo su cautiva estaba desmayada e Iver mirando la parte baja de su espalda, donde tenía la herida de cuchillo que él le había hecho, apretó los puños. Todavía estaba abierta y sangraba—¿Es grave?

Su madre le miró de reojo— ¿Grave? Grave es lo que le has hecho a esta mujer.

—Madre...

—¿Qué pasaría si alguien le hiciera a Sima lo que le has hecho tú a esta muchacha?

—Que estaría bajo tierra.

—Al parecer su hermano está muy unido a ella. ¡Vendrá a buscarla!

—Y se la entregaré cuando me pague lo que le pido— sonrió cruzándose de brazos y su madre le miró como si no le conociera.

—Ya lo entiendo. Te ha dejado en ridículo al clavarte el cuchillo en el pie y huir de tus hombres. Ha entrado y salido de tus tierras como ha querido y tu orgullo no lo soporta.

—¡Madre!

—¡Mírala Iver! ¡Mírala bien! Si no muere por las heridas será un milagro, ¿y cuál ha sido su delito? ¡Dímelo! — gritó al ver que no contestaba.

—Su delito ha sido mentirme. ¡Ha entrado en nuestras tierras por una razón! ¡O crees que estaba dando un paseo! ¡Y quiero saber la causa!

Su madre asintió— Y sin saber la causa la has castigado.

Iver palideció—¿Ahora te pones de parte de los McGregor?

Meribeth dio un paso atrás como si la hubiera golpeado—Creo que he demostrado que soy una Wallace. Ni a mi Laird le voy a consentir que me hable así y mucho menos a mi hijo. ¡Sal de esta habitación!

Iver apretó los puños yendo hacia la puerta. La abrió y miró a Fenella que tenía la cara vuelta hacia él y seguía sin recuperar el sentido.

—¿Has jurado matarla?

Sorprendido miró a su madre— ¿Te lo contado ella?

—Me pidió que la matara. —sus ojos se llenaron de lágrimas— ¿Lo has hecho? ¿Has jurado matarla?

—Estaba furioso.

—Lo has hecho— dijo decepcionada—Creía que me mentía para envenenar nuestra relación, pero veo con mis propios ojos que es cierto. ¿Y vas a cumplir tu promesa? Porque sino no me molesto en curarla.

Iver se volvió lentamente y dio un paso hacia su madre— ¡La curarás y ayudarás a cuidarla! ¡Te lo ordena tu Laird!

—¡No lo haré si no retiras que la matarás!

—¡Madre!

—¡Hablo en serio! ¡Retíralo!

—No pienso hacerlo y la curarás.

Fue hasta la puerta y salió de la habitación dando un portazo. Al llegar al piso inferior cogió su copa y se la bebió de golpe. Sus amigos se miraron y cuando llegaron corriendo Sima y Rose, le preguntaron a su Laird—¿Es grave?

—¡Fue culpa suya! Trastrabilló y se la clavó. Sabía que se había hecho daño, pero no me imaginaba que tanto.

—¿También fue culpa suya que la violaras? — preguntó Douglas fríamente haciéndole palidecer— Tú no eres el niño que yo crié.

—Cuidado, viejo. Puede que te quiera como a un padre, pero no sobrepases los límites.

—Eso ya lo has hecho tú por todos.

Salió del castillo dejándolos a los guerreros de piedra y Leathan carraspeó— Sobre lo del rescate...

—Enviaremos un mensaje dentro de unos días. Quiero la espada de Uther.

—¿Qué? —gritaron sus amigos a la vez.

—Quiero la espada del Laird de los McGregor.

—Pero es su símbolo. ¡No te la darán! — protestó Mitchell— ¿A qué estás jugando Iver?

—¡Quiero alargar esto un poco! ¡Ahora no puedo devolverla así!
— gritó frustrado.

Sus amigos entendieron—Quieres negociar para que pasen los días.

—Exacto. Ahora ir a practicar y a comprobar las guardias.

Sima bajó corriendo por las escaleras para entrar en la cocina y Leathan chasqueó la lengua cuando les fulminó con la mirada— Al parecer están de su parte.

Sorprendiéndolos Iver tiró la copa sobre la chimenea antes de salir de la casa. Mitchell le iba a seguir, pero Leathan le cortó el paso—Déjale que piense en esto un poco más. Ha ido a los acantilados y sabes que allí quiere estar solo.

Su amigo asintió y se les pusieron los pelos de punta cuando escucharon un grito desgarrador. —Le están aplicando el fuego sobre la herida— susurró Mitchell mirando hacia arriba.

—Me voy a tomar el aire.

Iver caminó furioso hacia el acantilado y a todos los que se encontró a su paso, se apartaron de él a toda prisa al ver su ceño fruncido y la furia en su mirada. Leathan iba a tener razón y esa pelirroja iba a crear problemas en el clan. De hecho, ya habían comenzado. La mirada de decepción de su madre le perseguía. Cuando llegó al acantilado, cogió una piedra del suelo y la tiró al mar fuera de sí. ¡Maldita fuera! ¡Ella le había apuñalado! Había entrado en sus tierras por una razón desconocida. ¡Estaba en su derecho de hacerle lo que quisiera! Miró hacia abajo y vio un matorral arrancado ante él. Se le cortó el aliento acercándose y vio otro a su lado. Volvió la vista a la izquierda y caminó hacia donde había encontrado a Fenella para descubrir varios más sin las raíces. Cerró los ojos apretando los puños. No podía ser. ¡No podía haber ido hasta allí arriesgando su vida por unas malditas plantas! Recordó el saco que llevaba con ella y como lo cogió al escapar. Otra persona lo hubiera dejado en su huida, pero debía ser demasiado importante como para dejarlo atrás. Miró hacia el castillo con los ojos entrecerrados. Aquello había tomado un giro inesperado y lo iba a solucionar.

Capítulo 4

Gimió en sueños al mover el pie sobre el colchón de lana y se puso boca abajo. Le dolía todo y la espalda le ardía. Las ganas de aliviarse hicieron que abriera los ojos para ver ante ella a Meribeth que dejaba una jarra sobre la mesilla que estaba al lado de la cama.

— Buenos días. — la mujer le sonrió, pero ella no respondió a esa sonrisa.

Meribeth incómoda añadió—¿Tienes hambre? Ayer no probaste bocado.

Sería porque nadie le había dado alimento— No, gracias. — dijo únicamente por orgullo.

—Debes comer algo. Te he traído leche con pan.

Intentó girarse, pero un tirón en la espalda la estremeció gritando de la sorpresa.

— No te muevas, ya te lo doy yo.

Cerrando los ojos con fuerza no le hizo caso y se sentó sobre la cama. Lo que no sabía era cómo iba a ponerse de pie para ir hacia el orinal. Miró a su alrededor ignorándola y Meribeth entendió lo que necesitaba y se agachó para sacar el orinal de debajo de la cama— Te ayudo.

Frustrada intentó levantarse y cayó de rodillas al suelo haciéndose daño en la espalda y en la palma de la mano. —¡Dios mío niña, es que lo tienes todo!

Se abrió la puerta y Meribeth protestó—Deberías llamar, Iver.

Sin responder se acercó cogiendo a Fenella de la cintura para levantarla. Desnuda como estaba, gimió de la vergüenza cuando sus

pezones rozaron la piel desnuda de su pecho.

—¿Qué ocurre?

—¡Ocurre que tienes que salir de la habitación! —gritó su madre furiosa— ¡Y llama antes de entrar!

Fenella no le miraba a la cara y la tumbó de costado como si no le supusiera ningún esfuerzo.

— ¡Iver, sal de la habitación! Ya la has humillado bastante. ¿No ves que esta desnuda?

—Ya lo he visto todo. Madre, deja de regañarme. ¡No tengo cinco años!

Fenella les miraba a ambos mientras se ponían a discutir.

— ¿No tienes cinco años? ¡Pues es una pena, porque si los tuvieras te daba unos azotes en el trasero que te dejarían sin sentarte una semana! ¡Sal de la habitación!

—¡Entonces es una suerte que no tenga cinco años!

—¡Iver Wallace! ¡Hablo muy en serio! ¡Quiere hacer pis!

Fenella se puso como un tomate y como no podía coger las mantas, se tapó la cara con las manos. Iver chasqueó con la lengua — Haberlo dicho antes, madre. Os dejaré solas.

Ocupada en su humillación, ni escuchó como se cerraba la puerta. Meribeth se agachó a su lado y le apartó las manos—Ya se ha ido.

La miró con odio y Meribeth chasqueó la lengua— Ya te vengarás cuando te cases con él.

Debía haber oído mal—¿Qué?

—Ha decidido que os casareis cuando te encuentres mejor. ¿A que es una buena noticia?

En aquella casa estaban todos mal de la cabeza y sus pensamientos se reflejaron en su cara sin poder evitarlo. Meribeth se sonrojó de indignación. —¡Es el Laird de los Wallace! ¡Es un honor!

—No te digo donde se puede meter ese honor. —Furiosa se levantó ignorando los dolores—¡Antes me caso con un cerdo!

Cuando se le doblaron las piernas, Meribeth la sujetó por el brazo y con su ayuda pudo orinar. Avergonzada porque no podía sentirse

más humillada, dejó que la ayudara a volver a la cama. La arropó como si fuera una niña y sonrió —Ahora come. — le puso el tazón con la cuchara de madera delante de la boca, pero ella entrecerró los ojos. Eso sí que no. Antes de casarse, se dejaba morir de hambre. Eso si no encontraba un cuchillo para clavárselo a su precioso Laird en el otro pie. Era una pena que no le hubiera cortado lo que tenía entre las piernas debajo del kilt cuando tuvo la oportunidad.

Meribeth entrecerró los ojos— Come. — acercó la cuchara a su boca y le mojó la barbilla de leche— ¡Fenella, abre la boca! —La puerta se abrió de nuevo y su horrible captor entró otra vez cruzándose de brazos al ver que no colaboraba. —Niña, abre la boca antes de que me enfade.

—Madre, déjanos solos.

—Pero si no come, no se recuperará.

—Comerá. Déjanos solos.

Su madre la miró maliciosa— Tú te lo has buscado.

Fenella sin importarle nada se le quedó mirando como si no fuera nadie. Su supuesto prometido se acercó a ella y miró el cuenco— Vas a comer Fenella, así que ahórranos los dramas y empieza de una vez.

Sin contestar esperó a que la golpeara y él al darse cuenta se tensó— No sé si quieres provocarme o matarte de hambre, pero no van a funcionar ninguna de las dos cosas. Como si te lo tengo que meter a la fuerza.

Fenella alargó la mano y con el meñique tiró el cuenco al suelo llenando sus botas de leche.

Él gruñó antes de mirarla de nuevo como si quisiera matarla y ella susurró—Mátame ya o lo haré yo.

Esas palabras le pusieron los pelos de punta a Iver que la cogió por la barbilla con fuerza— Ni se te ocurra volver a pensar algo así. ¡Yo decidiré lo que vas a hacer y ahora vas a comer!

—¿O si no qué? ¿Me vas a matar? ¿Me vas a violar? ¿Me vas a pegar? —Iver palideció soltando su barbilla— ¡Pues empieza de una

maldita vez!

El Laird de los Wallace la miró a los ojos y ella supo que había ganado—¿Quieres matarte de hambre?

—¡Sí!

Se volvió y caminó hasta la puerta gritando— ¡Traer más comida!

—¿No la has convencido, hijo?

—¡Leathan!

Se volvió hacia ella y la señaló con el dedo— Ya veremos si comes o no.

Fenella volvió la vista y el Laird esperó impaciente a que le llevaran de nuevo la comida. Su madre se presentó con Sima, que la miró de reojo llevando otro cuenco entre las manos. Leathan entró en la habitación detrás—¿Qué ocurre, mi Laird?

—Bloquea las ventanas.

—¿Qué?

—¡Hazlo! — cogió el cuenco de manos de su hermana y se sentó a su lado— Vas a hacerlo por las buenas o por las malas.

—Espero que te traspase un rayo y que yo lo vea.

Sima jadeó con los ojos como platos y su Laird siseó— Leathan, sujétala.

—Jefe...

—¡Sujétala!

Su amigo se sentó al otro lado y la cogió por los brazos. Fenella no se opuso en ningún momento. Simplemente cerró la boca. Él acercó la cuchara y gruñó—Tápale la nariz, madre.

Fenella abrió los ojos como platos cuando Meribeth alargó la mano y cerró sus fosas nasales. Decidió no respirar. Así sería más rápido. Vieron cómo se ponía roja y cerraba los ojos con fuerza.

—¡Fenella! — asustada Meribeth quitó la mano.

—¡Madre!

—¡Se estaba ahogando!

—Esto no tiene buena solución, Iver. — dijo su amigo preocupado—Si no quiere comer...

—Comerá. — le pasó el cuenco a su madre y sujetó la barbilla de Fenella, que abrió la boca para morderle la mano con fuerza.

Iver se levantó de un salto—¿Estás loca, mujer?

—¡Mátame de una vez!

—¡No te voy a matar!

—¿Cómo te va a matar si va a casarse contigo? — preguntó Sima sin entender nada.

Iver carraspeó al ver la mirada de incredulidad de su novia antes de mirarle con asco.

—Dejarnos solos.

—¡Buena la has hecho! — exclamó su madre— ¡Antes de jurar algo, deberías pensarlo un poco!

—¡Fuera!

—Voy a por unas tablas para bloquear la puerta— dijo Leathan divertido.

—¡Las ventanas!

—Eso.

Cerró la puerta reprimiendo la risa e Iver la miró poniendo los brazos en jarras—Supongo que estarás algo confundida porque ahora me voy a casar contigo— Fenella parpadeó sin abrir la boca— Pero es que he decidido que es mucho mejor para todos que seas mi esposa.

Levantó las cejas pensando que ese hombre realmente estaba mal de la cabeza si creía que se iba a casar con él por mucho que hubiera cambiado de opinión. ¡Si la acababa de deshorrar! ¡Eso por no hablar de lo mal que la había tratado!

Iver respiró hondo— Ahora vas a comer y en cuanto te recuperes ...

—No.

Esa simple palabra le sacó de sus casillas— ¿Cómo qué no?

—No.

Él dio un paso hacia la cama— ¿No estarás casada?

Eso la iluminó—Sí.

—¿Cómo que sí? — le gritó a la cara—¡Si eras virgen!

Se puso como un tomate de la vergüenza y él la señaló con el dedo— ¿Me has mentido?

—No eres muy inteligente, ¿verdad?

—¡Fenella! — se sentó a su lado y cogió de nuevo el cuenco— Abre la boca.

—No.

—Como no comas, vuelvo a tu clan y los mato a todos.

A Fenella se le cortó el aliento y de rabia sus ojos se llenaron de lágrimas— ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Abre la boca.

—Si no te importo. Ni me amas. ¿Para qué quieres casarte conmigo? ¿Qué te importa si muero? Ayer no te importaba.

Él miró sus ojos y dijo fríamente— Decías la verdad y no te creí. Eras doncella y ahora no. Así que nos casaremos.

Una lágrima cayó por su mejilla—¿Así que no me crees, me violas, me maltratas y encima tengo que casarme contigo?

Ahora el sorprendido fue él— ¡Soy el Laird de los Wallace!

—¡Además!

—Fenella, estás colmando mi paciencia.

—Pues márame.

—¡Abre la boca! — como no lo hizo gritó—¿Quieres que vuelva a por tus hermanas?

Abrió la boca lentamente y él le metió la cuchara hasta la campanilla de manera muy poco delicada. Casi se atraganta y le miró rencorosa—Ya te acostumbrarás.

Desvió la mirada tragando el pan mojado en leche. El sabor de la miel era delicioso, pero pensar que nunca podría volver a su aldea la entristeció muchísimo. No podría volver a ver a su hermano, ni a Tamsin. No podría volver a discutir con Tevin, ni le volvería a pedir matrimonio. Deprimida abrió la boca mecánicamente mientras él la alimentaba. Estaba preocupado, pero aparentó indiferencia en todo momento. Cuando terminó, ella se tumbó de costado dándole la espalda sin decir palabra.

Leathan entró en la habitación con varias tablas y vio el bol vacío que su amigo tenía en las manos— ¿Ha comido?

—Sí, ha comido. — dejó el cuenco sobre la mesa y se volvió— Que queden bien aseguradas. Y pon un vigilante en la puerta para que no escape.

—¿Temes que huya?

—Temo algo más que eso. — salió de la habitación y bajó las escaleras a toda prisa. Se encontró a su madre en la cocina preparando la comida. Le hizo un gesto para que saliera. No quería hablar de eso entre las mujeres. Bastante tenía ya con los rumores que corrían sobre Fenella en el clan.

—Que alguien se quede con ella. No la quiero sola en ningún momento.

—¿Temes que se quite la vida? — lo cogió por el antebrazo al ver que se alejaba sin contestar—Iver, si has cometido un error al tratar a la muchacha de esa manera, deberías devolverla a ...

—No.

—¿Por qué? No la amas y...

—Debo reparar el daño.

—Pero puede que estés haciendo un daño aún peor. Si la devolvieras podría ser feliz.

—Y si espera un hijo mío, su padre la matará. —Meribeth palideció— Lo sabes muy bien. Será feliz aquí. Sólo tiene que acostumbrarse.

—¿Acostumbrarse a un hombre que sólo la ha maltratado?

—Tú te casaste con padre.

—iPero él nunca me trató como tú has tratado a Fenella! iTu padre me amaba y por eso me casé con él! Piensa lo que haces, hijo. Tendrás a tu lado a una mujer infeliz. No le estás dando opción. iA mí no me obligaron a nada!

—iTe secuestraron para él y fuiste feliz! Fenella también lo será. De eso me encargaré yo.

—Es cabezota.

—Por eso la vigilarás. — la miró fijamente— No quiero que le ocurra nada. Nos casaremos en cuanto se reponga. Haz los preparativos.

Le vio alejarse a la puerta del castillo y Douglas se puso tras ella — Tu hijo no atiende a razones. No ha pensado en los sentimientos de su futura mujer ni una sola vez.

—No la ama y ella le odia. No se da cuenta que la ha ofendido más que nadie en este mundo. Ese matrimonio no tiene futuro. Cuando se dé cuenta que ella no es feliz, perderá la paciencia y serán infelices los dos.

—Pues recemos para que ella se enamore de Iver.

Le miró dudosa antes de ir hacia la escalera de la torre. Al llegar a la habitación apretó los labios al ver que a pesar de los golpes que estaba haciendo Leathan, Fenella tenía los ojos cerrados como si estuviera durmiendo. Sabía que eso era imposible, pero aun así no la molestó sentándose en una silla a su lado.

Leathan la miró de reojo golpeando el clavo en la ventana y preguntó— ¿Necesitas que salgamos a cazar, Meribeth?

—Sí, para la cena no hay suficiente carne para todos.

—Me encargaré en cuanto termine aquí.

—Muy bien.

—El cambio de vigías está al caer y Mitchell volverá enseguida.

—¿Crees que habrá problemas? — miró a Fenella.

—Su hermano seguro que vendrá a por ella. Tengo entendido que son inseparables.

Fenella se sentó de golpe y gritó furiosa— ¡Como le hagáis algo a mi hermano, os mataré a todos!

Meribeth se levantó pálida porque la furia le había dado una fuerza que no se esperaba— Niña, no le van a hacer nada a tu hermano.

—¡Sí que se lo harán! ¡La palabra de los Wallace no es de fiar! Hacen promesas que después no cumplen.

Leathan se tensó—Cuidado con esa boca, Fenella. Dices cosas sin sentido que pueden traerte problemas.

—¿Más problemas?

El guerrero tuvo la decencia de sonrojarse y salió de la habitación dando un portazo. Meribeth suspiró sentándose en la silla— No eres de trato fácil.

Se volvió a tumbar suavemente dándole la espalda— ¿Por qué te quedaste entre ellos?

—Era como tú, aunque algo más joven. Tenía catorce años cuando vi a mi esposo por primera vez. Los clanes llevaban años enfrentados por los saqueos continuos. Era casi como un juego, que se volvió peligroso cuando uno de los Wallace fue muerto por una lanza de los McGregor. Durante años hubo muertos de uno u otro clan. Nacíamos temiéndolos y ellos odiándonos. Un día estaba cogiendo moras cuando le vi pasar con sus hombres de una de esas incursiones. Reían con varias ovejas colgadas de sus monturas y él me vio. Aiden era rubio, grande como una casa y con unos brazos enormes y la imagen de él a caballo no se me olvidará jamás. Yo estaba escondida tras el matorral, pero supe que me había visto. Aun así, no hice ningún movimiento porque él no ordenó detener la marcha. Dos días después su padre me secuestró cuando entraba en la casa de mis padres y me trajo aquí. Fui un regalo para su hijo.

—En la aldea dijeron que habías muerto.

—Como puedes ver estoy muy viva. Lo que ocurrió es que al huir uno de los hombres de Aiden se cayó del caballo. Se golpeó en la cabeza y sangró mucho. Era Douglas. Me arrancaron la ropa interior para cubrir su cabeza. Partes de la camisola interior quedaron al lado del río y pensaron que había muerto. Los McGregor me vengaron matando diez ovejas. —sonrió irónica—Diez ovejas. Ni siquiera se acercaron al clan para vengarse. Únicamente mataron diez ovejas.

—Lo siento.

—No importa. Me casé con mi hombre y fui feliz a su lado. — parecía distraída, así que Fenella se giró ligeramente para ver que tenía la mirada perdida.

—¿Qué ocurrió con tu hijo?

—Supongo que fue un trovador que estuvo por aquí una semana antes quien se fue de la lengua. Nunca lo supimos con seguridad. Pero una semana después mi marido estaba muerto por varias heridas de espada y mi hijo había sido devorado por algún animal pues había sido atado a un árbol.

—Oh, Dios mío. —susurró impresionada —Crees que ese trovador le habló de ti a mi padre.

—¿No es así como nos enteramos de las noticias de los clanes vecinos? Así me llegaron noticias de que habías nacido y así me enteré de que habían nacido tus hermanos. ¿Tienes cinco, verdad?

—Seis con mi hermano Lyall. —la miró a los ojos— ¿Por qué no os vengasteis y matasteis a mi padre si estabais tan seguros?

—Yo estoy segura porque le conozco. Pero nunca he tenido pruebas de lo que hizo. Supongo que recibió parte del castigo cuando tu madre murió apenas tres días después. Douglas estaba a punto de partir, ya tenía a los guerreros preparados, cuando tres de los nuestros llegaron corriendo para decirnos que el clan McDougal había matado a dos hombres que llevaban el broche del kilt de mi marido.

—Eso es una prueba de que no fue mi padre.

Meribeth suspiró levantándose de su silla— Yo sé quién mató a mi marido. Me da igual cómo fue a parar ese broche a manos de esos hombres.

La voz dolida de la madre de Iver le hizo mirarla por encima del hombro y vio que se limpiaba las lágrimas con las manos. Impresionada se sentó en la cama con cuidado y alargó la mano tocando su brazo. Meribeth sorprendida la miró y Fenella susurró— No llores. Están en un lugar mucho mejor que este. Un lugar donde no sufren y nos observan. Seguro que a tu hijo no le gustaría verte así. —Meribeth asintió con una triste sonrisa.

—No, no le gustaría verme así. —suspiró sentándose de nuevo— Era muy parecido a Iver, ¿sabes?

—¿De veras?

Meribeth se echó a reír al oír su tono irónico— Es cabezota, pero un buen hombre.

—¡Qué va a decir su madre! —Volvió a tumbarse, pero esa vez no le dio la espalda— ¡Es una bestia!

—Eso lo dices ahora porque sólo has visto su peor parte.

—Ah, ¿pero hay una parte buena?

—Claro que sí. Es el mejor Laird que podíamos tener.

—Cómo serían los demás— Meredith se echó a reír a carcajadas y Fenella se sonrojó ligeramente porque su marido había sido uno de los anteriores— Quiero decir...

—Lo he entendido. Pero es cierto, lo dicen todos. — Fenella chasqueó la lengua— Además es muy apuesto, eso no lo puedes negar.

—Un hombre puede ser muy hermoso y tener el alma negra. Prefiero quedarme con uno feo y que sea buena persona. — Meredith asintió— Pero si es hermoso, mejor.

—También es divertido— Fenella levantó una ceja— Y las mozas dicen que es buen amante. —Fenella se puso como un tomate y la miró con pena— Sé que contigo no ha sido tierno ...

—¿Tierno? —sus ojos verdes se oscurecieron— No, no ha sido tierno sino todo lo contrario. Pero ni aunque fuera el mejor hombre de todas las Highlands me quedaría con él.

—¿Por qué dices eso?

—Echaría de menos a mi hermano y a Tamsin. A mi familia.

—No has mencionado a tu padre. — dijo perdiendo la sonrisa.

—No, a mi padre no le echaría de menos. Cuando falleció mi madre, nos dejó con la abuela y nos ignoró hasta que Lyall fue lo bastante mayor para luchar. Yo nunca le he importado. —Un mechón de su pelo cayó sobre su mejilla e hizo una mueca apartándolo— Ya es mala suerte haber heredado el color de su cabello. Lo odio.

Meredith sonrió —Tienes el cabello más bonito que he visto nunca. Y no lo tienes igual que tu padre. Es de un rojo algo más intenso.

—¿No soy del color de las zanahorias? — preguntó divertida.

—No, es como una llama de fuego.

—Gracias. ¿Puedes traerme unas tijeras?

—¿Unas tijeras? ¿Para qué?

—Para cortármelo. — dijo mintiendo descaradamente. No sabía si era capaz de apuñalarse con ellas, pero por intentarlo...

—¡Ni hablar! — se levantó de golpe mirándola como si estuviera loca—¿Cómo puedes decir eso? — gritó a los cuatro vientos sorprendiéndola.

—Ya lo tengo muy largo y...

Se abrió la puerta de golpe y entró Iver con Leathan, que se detuvieron ante la cama cruzándose de brazos—¿Qué pasa ahora?

Fenella se tapó con las mantas cubriéndose la cabeza— ¡La niña! Que ha pedido las tijeras.

—Nada de armas.

—¡Quiere cortarse el pelo!

—¡Madre, no quiere cortarse el cabello!

Su madre jadeó— ¿Quería atacarme?

Nadie dijo nada e indignada apartó las sábanas para decir furiosa — ¡No iba a hacer eso!

Meribeth sonrió a su hijo—¿Ves cómo estás equivocado?

—Habla de apuñalarte a ti, madre.

Se sonrojó intensamente tapándose la cabeza de nuevo. Meredith la destapó y la señaló con el dedo— ¡Ni se te ocurra hacerte daño! Te voy a tirar de las orejas si...— al ver que levantaba una ceja se enfadó—¡Fenella, hablo en serio!

—Está de lo más intimidada. — dijo Leathan reprimiendo una sonrisa.

—¡O me devolvéis a mi casa o me quitó la vida! — gritó con fuerza dejándolos de piedra— ¡No me voy a casar con ese hombre! ¡Que os entre en la cabeza que a la primera oportunidad lo haré!

—Madre, aparta.

Meredith miró a su hijo preocupada— Iver, ya has hecho...

—Aparta madre.

Preocupada se apartó e Iver le dijo a su amigo—Esperar fuera.

—¿Qué vas a hacer?

—Si no le entra por las buenas, le va a entrar por las malas. —a Fenella se le cortó el aliento y apretó las mantas con fuerza.

—Esperaremos fuera.

Sin moverse le vio acercarse a ella y chilló cuando apartó las mantas, dejándola desnuda. Expuesta, no se movió porque como había dicho, ya lo había visto todo. Pero no pudo evitar sonrojarse de la vergüenza. Iver muy tenso la miró de arriba abajo. Desde su mejilla raspada, pasando por los morados de su cuerpo y las marcas de las ligaduras hasta llegar a sus pies heridos— ¿Te duele?

Sorprendida le miró a los ojos y se volvió dándole la espalda. Él juró por lo bajo al ver la cicatriz de la quemadura que le había hecho la curandera para cerrar la puñalada. A Fenella se le cortó el aliento cuando se sentó tras ella.

—Pelirroja, no me di cuenta que clavaba el puñal. Fue un accidente. Tiene que dolerte mucho y lo siento. — a Fenella se le cortó el aliento. Nunca se habían disculpado con ella. Era una mujer y los hombres nunca se disculpaban por sus errores. Menos aún si no amaban a la mujer. Se quedó muy quieta esperando su reacción —¿No vas a decir nada? — Ya empezaba a enfadarse— ¡Soy el Laird de mi clan y lo menos que puedes hacer es mirarme cuando te hablo! — la cogió por el hombro y la volvió. —No tenías que haber entrado en mis tierras. ¡Si te ha pasado esto, es exclusivamente culpa tuya! ¿Quién se iba a creer esa historia de las hierbas? — le gritó a la cara— ¡Hay que estar loca para hacer algo así!

—Pues mátame o déjame ir.

—¡Deja de decir eso! — la cogió por los brazos levantándola y la besó. Fenella abrió los ojos como platos al sentir sus labios sobre los suyos y cuando sintió su lengua rozando su labio inferior, puso cara de asco. Él se apartó y miró su cara quedándose frío. Durante varios segundos se miraron a los ojos. Iver carraspeó soltando sus brazos y se levantó a toda prisa, pasándose la mano por la frente— Creo que es mejor que olvides lo que acaba de pasar.

Fenella se tapó a toda prisa con las mantas cubriéndose hasta la barbilla. Iver apretó los labios y siseó—No hace falta que te cubras así. No voy a saltar sobre tu cuerpo. —furioso fue hasta la puerta—Tengo mujeres de sobra que me satisfagan.

Sin moverse vio como cerraba la puerta tras él y sin entender nada se quedó allí sentada un rato hasta que la puerta se volvió a abrir para dejar pasar a Meribeth, que sonrió entrando con la comida. —¿Que ha ocurrido?

—¡Me ha besado! — gritó indignada— ¡Y para que lo sepas me ha chupado la boca! ¡Puaj, qué asco! ¡Tamsin me ha dicho que Lyall cuando la besa le hace ver el cielo y con lo que ha hecho tu hijo, no he visto el cielo en absoluto!

La risa de Leathan al otro lado de la puerta la sonrojó y Meribeth gimió dejando la bandeja sobre la mesilla. — ¿Cómo puedes decir eso? ¡Mi hijo besa muy bien!

—¿Te ha besado a ti?

Meribeth se sonrojó— Por supuesto que no.

—¡Pues entonces no puedes decir eso!

—¡Te lo voy a demostrar!

Salió de la habitación ofendidísima y Fenella vio la comida en la bandeja. Como la obligarían a comer, alargó la mano, cogió el plato de cocido y lo olió. Estaba comiendo a dos carrillos cuando Meribeth entró en la habitación seguida por varias mujeres jóvenes y alguna no tan joven.

— ¡Bien! Decirle si el Laird besa bien o no.

Varias se sonrojaron y miraron al suelo—¡No seáis tímidas!

—¡Señora, estoy casada! — dijo una de ellas que era rubia y tenía grandes pechos.

—Fue antes de que te casaras. Dile si besa bien o no.

Varias chicas asintieron— ¿Eso qué rayos significa? — preguntó Leathan divertido al otro lado de la puerta—¿El Laird besa bien?

—Muy bien. —dijo una sonriendo descarada—Se nota que ha practicado mucho.

Varias se echaron a reír y Fenella frunció el ceño— ¿No os ha chupado los labios?

—¡Vale, fuera de aquí! — dijo Meribeth exasperada haciendo que salieran a toda prisa mientras Leathan se reía a carcajadas. En cuanto cerró la puerta sonrió satisfecha y unió sus manos.

—No puede hacerse así, Meribeth. Lo hace mal.

—No lo hace mal. ¡Te pillaría por sorpresa!

—¡Te digo que lo hace mal! Mi mejor amiga me ha dicho...

—¡Deja a tu mejor amiga en paz! —pensativa se paseó por la habitación antes de acercarse y coger su cuchara de la mano para coger un pequeño frasco que había sobre la mesilla. Echó unas gotas en la cuchara antes de tendérsela. Las tomó sin rechistar y se sobresaltó cuando gritó —¡Ja! ¡Ya sé lo que ha ocurrido! Estás convaleciente y no estás para esas cosas. Ya verás cuando te recuperes y repitáis.

—¡No pienso repetir! ¡Antes me corto la lengua! ¡O mejor se la corto a él, ya que la tiene tan larga!

—¡Esto lo arreglo yo ahora mismo! ¡Leathan!

Fenella masticando el delicioso potaje, se subió las mantas hasta la barbilla para ver como entraba en la habitación el amigo del Laird. Entrecerró los ojos porque no se fiaba de ese tipo.

—Bésala.

Los dos la miraron como si estuviera loca— ¡Es la prometida del Laird! ¡No quiero morir, gracias!

—Es para probarle que como está enferma el beso de Iver no le ha gustado.

—¿Y tengo que besarla yo? — preguntó dando un paso atrás.

—¡Haz lo que te digo!

Leathan se acercó a regañadientes y se agachó para besarla rápidamente. Ambos se sonrojaron como si hubieran hecho algo malo.

— ¡No, así no! ¡Un beso de amor!

El guerrero gruñó sentándose en la cama y carraspeó— Con permiso...

Fenella se encogió de hombros. Ya le daba todo igual. Él la cogió por la nuca suavemente y acercó sus labios. Fenella esperó a que la chupara, pero acarició suavemente su labio inferior con los suyos antes de besar el labio superior. Ella suspiró porque era muy agradable y Leathan la besó de nuevo. Fenella abrió la boca sin darse cuenta y cuando él entró en su boca, jadeó al acariciarla con la lengua. Fue realmente agradable y Meribeth carraspeó. Ninguno de los dos le hizo caso y gritó—¡Ya está bien!

Sobresaltados se apartaron y Leathan la miró como si fuera una aparición mientras que ella se ponía como un tomate. El guerrero se levantó y susurró— Voy a hacer la guardia.

—¡Sí! Que te dé el aire.

Fenella se llenó la boca con el potaje y masticó con fruición para no comentar lo que había pasado. Había sido realmente agradable.

—Esto no ha salido bien.

—¡Tu hijo lo hace mal! — protestó con la boca llena— Puede que sea más apuesto, pero Leathan lo hace mejor.

—¡Eso ya lo veremos! — volvió a salir de la habitación y pensó que se iba a marear de tanto ir y venir.

Cuando terminó el cuenco suspiró tumbándose en la cama de nuevo y pensó en el beso de Leathan. Le había gustado. Había sido muy agradable, pero no había visto el cielo. Le daba la sensación que Tamsin había exagerado.

Suspiró cerrando los ojos pensando que debía empezar a pensar como escapar de allí ya que al parecer no la iban a matar.

Capítulo 5

Meribeth buscó a su hijo y después de recorrer casi toda la aldea, le vio sentado en una roca mirando al mar. Tomó aire y caminó allí decidida. Estaba claro que tenía que ponerse seria con él.

—¡Hijo!

Iver suspiró profundamente antes de volver la cabeza— ¿Qué haces aquí, madre? ¿No tienes nada que hacer?

Puso los brazos en jarras —Vuelve a la habitación y demuestra a tu novia cómo se besa.

La miró atónito— ¿Perdón?

—¡Piensa que lo haces mal! — Iver se sonrojó— Le he intentado decir que lo haces bien, pero no me cree. ¡Tu orgullo está en juego! ¡Eres el Laird, tienes que besar mejor que nadie!

—¡Madre, no te metas en esto!

—Ay, Dios. ¿Lo haces mal?

Se levantó furioso—¡Claro que no lo hago mal!

—¡Pues Leathan lo hace mejor que tú, porque tenías que verla cuando la besó!

Iver se tensó con fuerza— ¿Qué Leathan ha hecho qué?

—Quería que le demostrara que estaba enferma y que seguro que no le había gustado por eso, pero...

—¿Tú le dijiste a mi mejor amigo que besara a mi futura esposa?

—¡Fue para salvar tu orgullo!

—¡Mi orgullo me lo salvo yo!

Meribeth chasqueó la lengua—Pues ya puedes espabilarte porque a ella le gustó. Vaya si le gustó. No quería separarse de él.

—¿Cómo que no quería separarse de él? —gritó a los cuatro vientos.

—Lo que oyes.

Iver gruñó antes de darse la vuelta y caminar furioso hacia el castillo. Meribeth sonrió satisfecha. —Se va a enterar esta McGregor.

La puerta se abrió de golpe chocando contra la pared y Fenella gritó asustada sentándose en la cama sin darse cuenta que dejaba sus pechos al descubierto.

Pálida del susto vio como Iver se acercaba a la cama con dos zancadas y que la cogía de la nuca— Así que te ha gustado ¿eh?

—¡No! — dijo con cara de asco.

—Sí, sí que te ha gustado. Lo veo en tus ojos. —siseó con cara de querer matarla.

Lo miró como si estuviera mal de la cabeza antes de que atrapara sus labios. Fenella gimió intentando separarse y le empujó por el pecho, pero cuando entró en su boca y acarició su paladar, sintió que la traspasaba un rayo provocando que su sangre recorriera sus venas alocadamente. Disfrutando lo que le hacía, gimió en su boca cuando su mano acarició su nuca inclinando su cara para profundizar el beso. Sin saber lo que hacía, acarició su lengua y él se apartó de golpe para ver su cara. Ella todavía estaba intentando volver a la realidad y abrió los ojos lentamente para verle sonreír satisfecho. La tumbó en la cama y la arropó—Ahora a dormir.

¡Dormir! ¡Ella quería más! Con los ojos como platos le vio alejarse comiéndoselo con los ojos. Suspiró mirando su trasero y él se volvió para cerrar la puerta sorprendiéndola. Cerró los ojos simulando que dormía, pero él rió por lo bajo— Pelirroja, me sorprendes continuamente. Esta noche puede que te visite y te dé otro beso.

—Se lo pediré a Leathan— dijo sin pensar.

Al Laird se le borró la sonrisa de golpe— Atrévete y me las vas a pagar.

—¡Devuélveme a mi clan! — se sentó en la cama sin molestarse en cubrirse.

—¡Deja de ser tan pesada con eso o tendré que hacerles una visita! ¡Y no te va a gustar lo que ocurra!

—¡Siempre estás amenazando! ¡Estoy empezando a pensar que tienes la boca muy grande!

—Acabas de comprobar lo grande que la tengo y te ha gustado, preciosa. — cerró de un portazo dejándola con la palabra en la boca.

Furiosa gritó— ¡Leathan! — esperó a que volviera, pero no lo hizo. Se tumbó en la cama y gimió arqueando la espalda porque se había olvidado de la herida. Se tapó la cara con las manos —¡Serás estúpida! ¿Para qué quieres que vuelva? Cuanto más lejos mejor. Busca la manera de escapar de aquí antes de meterte en más problemas.

Esa noche estaba Sima intentando entretenerla a la luz de la lumbre de la chimenea, pero ella solo estaba impaciente por Rayos, ¿por qué estaba impaciente? Entró la curandera en la habitación y Fenella sonrió porque le recordaba a Vika.

—¿Cómo te encuentras? Meribeth me ha dicho que mucho mejor, pero quería comprobarlo por mí misma. — Sima se levantó dispuesta a ayudar en lo que fuera.

—Te llamabas Rose, ¿verdad?

—Sí.

—Me encuentro mejor.

—No es cierto. —dijo Sima— Se le está pasando el efecto del tónico, que le dio madre al mediodía y le empieza a doler.

Se sorprendió de que Sima se hubiera dado cuenta porque parecía tan inmersa en toda la cháchara que le estaba contando, que ella había supuesto que no se daba cuenta de que no quería hablar. Pero si se daba cuenta. Al parecer sólo quería torturarla un poco. Como su hermano. Que por cierto, ¿dónde diablos estaba?

La giraron como si fuera una inútil y Rose susurró— Sima, vete a mi casa y dile a mi hija que te de las raíces de sauco.

—¿Las raíces?

—Tenemos que ponerle un emplasto.

—¿Qué ocurre?

—Se te ha infectado, pequeña. Pero sólo un poco. Con el emplasto se solucionará.

—¿Al final sí que me va a matar? — gimió dejando caer la frente sobre el colchón y Sima salió a toda prisa de la habitación.

—No te va a matar. Se curará. No podemos dejar al Laird sin novia.

—No soy su novia. ¡Auchh! — Rose estaba tocándole una de las muñecas.

—Tienes muy buen carácter, ¿verdad?

—¿Con mi pelo rojo?

La mujer se echó a reír —Eres graciosa. Le vendrás bien al Laird.

—Pero él no me viene bien a mí. Sólo quiero volver a casa. ¿Cuándo se curarán los pies?

—Todavía tardarán un poco. En una semana estarás como nueva.

—¡No, como nueva no, porque ya no soy doncella!

—Eso dará igual porque te vas a casar con el Laird.

—¡No me voy a casar con él! ¡Dejar de decir eso!

Cuando entró Sima ni miró hacia ella, aunque sintió su presencia a su lado— Tenemos que ponerle un emplasto.

Al oír que lo repetía, volvió la cabeza y gimió cuando vio a Iver mirándole la espalda con los brazos cruzados y el ceño fruncido. — ¿Se repondrá?

—Sí, es joven y fuerte.

—¿Quieres dejar de entrar en la habitación cuando estoy desnuda? ¡No es decente!

Iver miró a Rose, que reprimió una risita— ¿La has oído?

—Sí, Laird. Pero tengo la sensación de que no le vas a hacer caso.

—Tú siempre tan acertada.

Ella gruñó escondiendo la cara en la almohada escuchándoles hablar como si ella no estuviera. Cuando Sima regresó, Rosa hizo el

emplasto mientras Sima iba curando las heridas de Fenella como le iba diciendo. Rosa le colocó el emplasto en la espalda y ella gimió porque estaba frío.

—¿Qué ocurre? — Iver se sentó a su lado y le apartó el cabello de la cara para verla bien—¿Te duele?

—Lo habrá notado frío. — dijo Rose—Tiene la zona infectada y es normal.

—¿Qué harás si no funciona? — preguntó apartando un mechón de pelo de su oreja. Como Rose no contestaba, la miró tensándose—¿Rose?

—Se pondrá bien. —la cubrió con las mantas y le dijo—Ahora necesita descansar. Tanto hablar no es bueno para ella. Que descanse.

—Bien. Eso hará. Podéis iros.

Se quedó allí sentado mirándola y se sintió incómoda. Volvió la cabeza y él suspiró.

—No te voy a devolver, no te voy a matar ni nada que se te ocurra.

—Se me ocurre que quieres que me case contigo.

—Eso sí que va a pasar.

Fenella sin poder evitarlo sonrió, pero cuando sintió que se tumbaba, volvió la cabeza como un resorte—¿Qué haces?

—Acostarme. Puede que esto sea un castillo, pero no sobran las camas.

Cerró los ojos como si nada y ella jadeó dándole un manotazo en la cara—¡Fuera de mi cama!

Él le cogió la mano y la puso sobre su pecho— Duérmete.

—¿Cómo me voy a dormir contigo ahí?

—Pues ayer lo hiciste estupendamente.

—¡No tienes vergüenza!

—No.

Volvió la cabeza de mal humor y miró la ventana bloqueada— Me iré y no podrás evitarlo.

—Y volveré a traerte, porque con la vigilancia que tienen en tu clan no me será difícil. Ahora duerme.

—No irías a buscarme.

—Sí lo haría.

—No, no lo harías.

—¡Que sí!

—¿Tienes que discutirlo todo?

—¡Yo soy el Laird!

—¡Otra razón para no casarme contigo! ¡Todo lo solucionáis con esa frase!

—¿Pues yo ya me he hecho a la idea de casarme con una pelirroja y en mi clan no las hay solteras? ¿Esa hermana tuya qué edad tiene?

Fenella abrió los ojos como platos antes de volverse e intentar arañarle la cara. Iver se echó a reír y cogiéndola por los brazos la atrajo a él antes de besarla de tal manera que se olvidó hasta de su nombre. Fenella suspiró cuando se separó lentamente de ella y volvió a tumbarla en la cama en la misma posición. —Ahora duérmete.

Pensó que era lo mejor para no hablar con él y poco a poco se fue quedando dormida escuchando su respiración.

Estaba amaneciendo y sintió algo de frío. Se acurrucó contra el cuerpo de Iver buscando calor y este se despertó de golpe susurrando— ¿Pelirroja?

Fenella abrió los ojos y le dijo—Tengo sed.

Él le palpó la frente y las mejillas antes de levantarse y acercarle una jarra de barro con agua. Ella suspiró de alivio después de beber mientras Iver tiraba un tronco a la chimenea —Vengo enseguida.

No le hizo caso cerrando los ojos e Iver salió al pasillo y giró a la derecha para llamar a la siguiente puerta. Su madre salió unos minutos después poniéndose el kilt sobre el camisón—¿Qué ocurre?

—Está peor.

Meribeth corrió hacia la habitación y fue evidente para ella que Fenella tenía fiebre, pero no le dio importancia. —Es un poco de fiebre. Ayer también tuvo un poco por la noche.

—¡Pero ayer no tenía tan mal la herida!

Su madre sonrió— No te preocupes. Mañana se encontrará mejor. Para querer matarla hace dos días, ahora te preocupas mucho, ¿no crees?

—Madre, no tiene gracia.

—¿No la tiene? — divertida fue hasta la puerta y susurró—Felices sueños.

—Felices sueños, felices sueños. ¡Está amaneciendo! Es la hora de levantarse. — cuando se quedaron solos de nuevo fue hasta la cama y se tumbó a su lado de costado viéndola dormir— Sí que me ibas a traer problemas, pelirroja.

Se despertó casi al mediodía y estaba hambrienta. Comió todo lo que le pusieron delante y las mujeres estaban muy satisfechas con su recuperación. Rose al mirarle la herida con la atenta mirada de Iver puesta en ella, le dijo que todo iba estupendamente.

—Os casareis antes de una semana. Empezaremos con los preparativos. No todos los días se casa un Laird.

—¿Y con quién se va a casar?

—Con una pelirroja bastante cabezota— respondió divertido.

—La única que conozco tiene sesenta años y le faltan los dientes.

Rose se echó a reír a carcajadas e Iver sonrió divertido—Le diré a Sima que te haga compañía.

A falta de algo mejor... Como echaba de menos a Tamsin. Al pensar en su amiga y su hermano se entristeció y miró al vacío. Si se casaba con él no los vería nunca más. No podía casarse con él.

Iver apretó los labios y ordenó—Que preparen la boda para pasado mañana.

—Pero Laird... no nos dará tiempo para...

—Pasado mañana.

Unos gritos en el exterior tensaron a Iver que salió corriendo y Fenella miró hacia las ventanas tapiadas. —¿Qué ocurre?

—Voy a ver. — Rose salió corriendo y no regresó. Después de varios minutos Fenella se asustó al escuchar el sonido de los caballos y apartó las sábanas para levantarse. Cogió la piel intentando caminar hacia la puerta. Sentía los pies muy hinchados y le dolían, pero podía caminar. Sólo necesitaba llegar a una ventana para ver lo que ocurría. El pasillo estaba oscuro, pero había una puerta abierta que dejaba pasar la luz a unos metros, así que caminó hacia allí apoyándose en la pared de piedra. Al llegar vio la espalda de Rose y se acercó a ella para ver como su hermano estaba sujeto con los brazos a la espalda por Leathan mientras Iver le gritaba. Su hermano mirándolo con odio le dijo algo e Iver le pegó un puñetazo.

— ¡No! — se acercó a la ventana sobresaltando a Rose que intentó detenerla, pero ella consiguió abrir la ventana —¡Lyll!

Si hermano miró hacia arriba e intentó soltarse del amarre de Leathan— ¡Lyll! ¡No le hagáis daño! — gritó muerta de miedo.

Rose intentó apartarla de la ventana e Iver gritó—¡Llévala a su habitación!

—¡Dejarle! — se echó a llorar— ¡Dejarle, por favor!

Iver se volvió hacia Lyll— Olvídate de ella. A partir de este momento es una Wallace y si no quieres morir, te alejarás de tu hermana.

—¡No! — gritó ella desgarradoramente antes de desmayarse.

Un trapo húmedo en la frente le hizo sentir mejor. Abrió los ojos para ver a Sima sentada a su lado—No te preocupes. Tu hermano está bien.

—¿No me mientes?

—Palabra de Wallace.

—La de tu Laird no vale mucho.

Sima sonrió—¿Lo dices porque juró matarte? — ella no contestó — Pero es que la promesa de ser tu esposo es más importante. Y

será un buen esposo, ya verás.

Estaba harta de escucharlas intentando convencerla que se casara con un hombre que sólo le hacía daño. Sólo veía la mirada de sufrimiento de su hermano cuando miró hacia arriba y la vio. Tenía que escapar de allí. Tenía que ir hacia su clan y cuanto antes lo hiciera mucho mejor. Volvió la mirada a Sima que sonreía dulcemente y le pegó un puñetazo en la nariz que le hizo poner sus preciosos ojos azules en blanco antes de caer sobre el colchón.

— Dulces sueños

Con esfuerzo se levantó, pero le costó muchísimo quitarle el vestido. Se lo puso y ató las tiras de cuero sobre su pecho. Hizo una mueca porque se le veía algo el canal entre sus pechos, pero era lo que tenía. Desató sus botas y dio gracias porque tenía los pies algo más grandes. Sentada en la silla ató las botas alrededor de su pantorrilla y tomó aire antes de levantarse. Casi no tenía fuerzas, pero no podía quedarse allí. Fue hasta la puerta y la abrió ligeramente. No había nadie en el pasillo. Seguramente porque Sima estaba con ella y debían estar ocupados echando a su hermano de allí. Al mirar hacia el final del pasillo vio la salida y lentamente abrió la puerta para irse todo lo rápido que podía.

—Ejem, ejem.

Se quedó helada en mitad del pasillo y al volver la cabeza vio a Mitchell apoyado en la pared con los brazos cruzados mirándola fijamente —¿Vas a alguna parte?

—Deja que me vaya. —le suplicó con la mirada—Es lo mejor para los dos clanes y lo sabes.

—Lo único que debo hacer, es seguir las órdenes de mi Laird. —la miró de arriba abajo y echó un vistazo a la habitación—Vaya, vaya. El jefe se va a enfurecer.

Intentó echar a correr y fue hasta las escaleras caminando como un pato con las prisas. Mitchell la siguió resignado y cuando ella llegó al salón, se dirigió hacia la salida ignorando a todos los que estaban comiendo tranquilamente. Iver incluido. Con el muslo de pollo en la boca la vio ir hacia la puerta decidida y levantó una ceja

hacia Mitchell que se encogió de hombros—Jefe... es que no puedo tocarla. No sé si le hace daño.

Se quitó el pollo de la boca —¿De dónde ha sacado la ropa?

—De Sima. Está inconsciente sobre la cama.

Meribeth jadeó corriendo hacia las escaleras mientras Leathan se echaba a reír viendo como su Laird se levantaba de inmediato. Se debatió entre ir a ver cómo estaba su hermana o en ir a buscar a Fenella. Ganó la pelirroja.

Furioso fue hasta la puerta seguido de sus hombres y la vio caminando hacia la colina como si tal cosa.

—¡Fenella! ¡Vuelve aquí!

—¡No!

—¡Maldita mujer! — caminó hacia ella a toda prisa y la alcanzó cuando iba a empezar a subir la colina. La cogió en brazos y ella intentó resistirse, pero ya estaba agotada. —¡Estás loca! ¡La noche pasada tuviste fiebre!

—Mi hermano.

—¡Tu hermano está mejor que tú! — pasó entre sus hombres que intentaban disimular su diversión— Como se te haya abierto la herida...

—¿Me vas a matar?

—¡En este momento no me hagas esa pregunta! — subió los escalones y fue hasta la habitación donde Sima sentada en la silla tenía la cabeza levantada hacia el techo, llorando a lágrima viva mientras Meribeth intentaba calmarla.

En cuanto la vio llegar Sima se levantó de golpe —¡Te voy a matar! — su madre la agarró por el brazo.

—¿De verdad? — preguntó encantada.

—¡Fuera de la habitación! — rugió Iver antes de dejarla sobre la cama.

—Hijo... no puede salir así de la habitación.

—Desvestirla.

En cuanto Meribeth soltó a Sima, esta gritó como una desquiciada antes tirarse sobre la cama y coger a Fenella por los

pelos. —¡Me has desfigurado!

Fenella intentó que la soltara, pero tuvo que ser Iver quien se la quitara de encima—¡Madre! ¡Llévatela antes de que pierda la paciencia!

—¿Ahora la defiendes? — Sima se soltó de su agarre mirándolo como si no le conociera— ¿La defiendes de tu hermana? ¿De tu sangre?

—¡Sima! — su madre intentó alejarla del Laird que se había enderezado ofendido.

Se volvió hacia ella— ¡Yo que la he cuidado! ¡Mira como me trata! — Fenella apretó los labios al ver su nariz enrojecida— ¡Tiene mala sangre y sólo creará problemas! ¡Los McGregor sólo crean problemas!

Meribeth le dio un bofetón y sorprendida se tocó la mejilla— Yo fui una McGregor y parte de esa sangre corre por tus venas.

Los ojos de Sima se llenaron de lágrimas antes de salir corriendo de la habitación. Fenella cerró los ojos al ver la expresión arrepentida de Meribeth, que apretándose las manos miraba la puerta. Iver muy tenso la miró tumbada en la cama y siseó— Vuelve a hacer algo así y te aseguro que lo pagarás muy caro.

—Deja que me vaya. —susurró apenada por lo que había pasado, pero seguía pensando que era lo mejor.

Iver entrecerró los ojos —Madre, trae una copa de vino.

—¿Qué?

—¡Haz lo que te pido!

Su madre salió de inmediato y Fenella asustada se sentó—¿Qué vas a hacer?

—Acabar con esto de una vez.

—¡No beberé de tu copa! — gritó impotente.

—Sí lo harás. —la cogió por el cabello levantando su cara— Y lo harás con gusto porque se me ha terminado la paciencia y puede que mande matar al McGregor que está en las mazmorras. — Fenella palideció y vio su sonrisa cruel— Veo que lo has entendido.

Vuelve a intentar escapar y te juro por mis antepasados que no quedará un McGregor en las tierras altas.

Era muy capaz de hacerlo, lo veía en sus ojos y los suyos se llenaron de lágrimas de la impotencia— ¿Por qué?

—¡Ya te lo he dicho! — le gritó a la cara— ¡Cometí un error contigo y voy a reparar el daño! ¡Incluso si tengo que pasar por encima de lo que tú quieres! ¡Serás mi esposa! ¡Palabra de Laird!

Cerró los ojos porque sabía que no se iba a arrepentir de esas palabras. Incluso se había puesto a su hermana en contra, pero continuaba sin cambiar de opinión. En ese momento supo que puede que no la matara, pero le había robado su vida.

Meribeth entró en la habitación con una copa de oro y se la dio a su hijo. Él alargó la mano y cogió también una tira de su tartán — Bebe de mi copa, Fenella.

Abrió los ojos y vio la frialdad de los suyos—No lo hagas.

—¡Bebe!

Levantó la mano que temblaba visiblemente y cogió la copa sin apartar la mirada. Se la acercó a los labios y susurró — Puede que a partir de ahora sea una Wallace, pero nunca dejaré de ser una McGregor— bebió de su copa y se la tendió a él que bebió lo que quedaba antes de tirar la copa sobre la cama y coger su mano.

—Como Laird de los Wallace nos declaró unidos en matrimonio— ató el tartán alrededor de sus manos unida y la miró a los ojos— Formas parte de mi clan y de mi vida. Prometo protegerte y proteger a nuestros hijos. Eres una Wallace y eres mi esposa. Compórtate como tal.

Meribeth apretó los labios por esas palabras tan poco cariñosas y más aún cuando él soltó su mano y dándole la espalda salió de allí dando un portazo. Con los ojos cuajados en lágrimas dobló la tira de tartán sobre sus piernas con mucho cuidado sin saber realmente cómo se sentía.

—Lo siento mucho. — dijo Meribeth sorprendiéndola— Siento mucho que esta guerra haya destrozado tu vida. Ni siquiera sé si tenías un hombre esperando en tu clan y creo que mi hijo ni se ha

molestado en pensarlo. Para él ya eres suya y todo lo demás no le importa.

—Eso dejó de ser importante desde el momento en que me tomó. — susurró volviendo a mirar el tartán y a acariciarlo. Una lágrima cayó sobre la tela —Ahora no podré volver.

—No, no podrás volver porque te buscaría y arrasaría todo lo que hay a su paso con tal de recuperarte. ¿Y sabes por qué?

—Porque soy suya.

—Exacto. Nunca más dejará que nadie y menos un McGregor le arrebathe lo que es suyo. Morirás siendo una Wallace. Te aconsejo que dejes de intentar volver a una vida que ya no es la tuya e inicies tu vida aquí.

La dejó sola y ella siguió acariciando esa tira de tartán. Sus colores con líneas en rojas y verdes le recordaron que ahora esos eran sus colores. Se tumbó con la tela en la mano y la dejó sobre la almohada mirándola. Se debatía entre ambos clanes. Su deber como esposa y su deber como hermana e hija. ¿Cómo iba a ser fiel a un hombre que sólo le había hecho daño? ¿Cómo iba a dejar a su propia familia por el Laird de sus enemigos? Todo aquello era una locura.

Rose fue a ver sus heridas y se pasó casi todo el día sola. Sólo entraron a su habitación para llevarle la comida. Ella supuso que Meribeth no quería ni verla después de todo lo que había pasado.

Cuando Iver llegó a la habitación, ella estaba recostada sobre las almohadas y susurró cuando vio que se sentaba en la silla para quitarse las botas. — ¿Sima está bien?

—Se le ha puesto la nariz como un nabo. Pero se repondrá. No la tiene rota.

Eso era un alivio y se apretó las manos. Hizo una mueca al ver la herida del cuchillo en su pie y el morado en el otro. Era increíble que pudiera caminar con los pies en ese estado cuando ella no casi no podía ni ponerse en pie. Cuando él se desabrochó el cinturón

dejando caer el kilt, se puso como un tomate desviando la vista pues su desnudez la puso nerviosa.

Iver apartó las mantas y se tumbó sobre las sábanas sin taparse de nuevo. Los ojos de Fenella iban hacia su miembro sin darse cuenta.

—¿No tienes sueño? — preguntó él levantando la vista y dándose cuenta de que estaba mirando.

Pillada en fraganti asintió varias veces antes de tumbarse de nuevo y darle la espalda. Fenella se mordió su labio inferior y él dijo —Rose me ha dicho que tu herida no se ha abierto.

El corazón de Fenella se calentó al escuchar que había preguntado con ella— Estoy bien.

—¿Debo preocuparme porque te vayas a quitar la vida?

—No creo que tenga el valor— susurró avergonzada de haberlo pensado.

—Más te vale— dijo fríamente— Porque como te quites la vida, ¿sabes lo que pasará?

—Que arrasará a mi clan.

—Exacto.

—¿Devolverás a mi hermano?

—Tu hermano lleva en tu clan muchas horas y no ha pisado la mazmorra del castillo. Ahora duerme.

Volvió la cabeza asombrada— ¿Me has mentido?

—Como tú a mí. ¿O no recuerdas que mentiste al decirme que estabas casada?

—¿Vas a comparar? ¡Tú lo hiciste para provocar este matrimonio! —entrecerró lo ojos— No vas a matar a nadie. No vas a arrasarse ningún clan, ni vas a llevarte a las niñas...

Él levantó las cejas —¿Y cómo estás tan segura?

—Porque yo no te importo nada. No soy una Wallace. Sólo me estás castigando porque has tenido que reconocer tu error. — Iver perdió algo de color y se sentó lentamente en la cama— ¡Te has casado conmigo para no dar tu brazo a torcer ante mi padre! ¡Me

sacaste de mi cama, me moliste a golpes y me violaste! ¡No quieres devolverme para que nadie sepa lo cruel que fuiste sin razón!

La cogió por el hombro dándole la vuelta y agarró su cuello con fuerza— ¿Sabes por qué no te devuelvo? ¡No te devuelvo porque tu cometiste un error al entrar en mis tierras! ¡No te devuelvo porque te quite la virginidad porque fuiste una inconsciente! ¡No te devuelvo porque desde que te desvirgué, eres mía! ¡Y lo vas a ser hasta el día de tu muerte! ¿Me has entendido? — asustada asintió. Él vio la palidez de su piel y relajándose aflojó su agarre— Eres mi esposa y las razones ya no importan. Deja el tema, Fenella.

—Mi padre...

—Yo me ocuparé de tu padre y tú te ocuparás de ser la esposa del Laird. Mi madre necesita ayuda y esa será tu función en cuanto te repongas. Esa y darme hijos. —a Fenella se le cortó el aliento cuando su mano bajó desde su cuello hasta su pecho apartando las sábanas y mostrando sus pechos. Cuando acunó su pecho, Fenella se sobresaltó e Iver apretó los labios antes de soltarla y tumbarse boca arriba —Duérmete y no me molestes más.

—Sí, Laird. —siseó dándole la espalda de nuevo.

—Te juro que si no estuvieras en ese estado, te dejaba el trasero dolorido.

—Ya me lo dejaste dolorido. —dijo con rencor.

—Ya te lo he visto. — Fenella abrió los ojos como platos cuando él se lo acarició bajo las sábanas antes amasarlo— Y tiene muy buen aspecto comparado con el resto de tu cuerpo, pelirroja. — sus dedos bajaron entre sus nalgas y Fenella gritó de la impresión intentando apartarse de él y cayendo de la cama hacia el otro lado llevándose las mantas con ella—¡Fenella! — Iver se acucilló a su lado pues había caído de cara.

Dolorida y avergonzada por su excitación levantó la cara para mirarle con odio— Si quieres violarme de nuevo, creo que deberías atarme porque tu tacto me repugna.

Iver apretó las mandíbulas —Pues entonces puedes volver sola a la cama.

—No necesito tu ayuda. De hecho, no necesito nada de ti.

Él se enderezó y estaba furioso— ¿No necesitas nada de mí?

—¡No! ¡Sólo quiero que me dejes en paz! — gritó desgarrada con los nervios a flor de piel—¡Ojalá no te hubiera conocido nunca! ¡Ojalá te hubiera tirado por ese maldito acantilado, así estaría con los míos y no soportando tus asquerosas manos!

Iver palideció y asintió— Creo que voy a dormir donde mis manos y otras partes de mi cuerpo sean más apreciadas.

—Será lo mejor. ¡Vete con una de esas zorras Wallace para que te satisfacen y déjame en paz!

Él rodeó la cama mientras que ella se levantaba apoyándose en la cama. Le vio ponerse el kilt alrededor de la cintura y atarse el cinturón. Se pasó el resto de tela sobre el hombro y cogió las botas antes de ir hacia la puerta saliendo de la habitación sin dirigirle una sola mirada.

No sabía por qué, pero se sintió decepcionada de que la dejara sola. Se sentó en la cama y se echó a llorar sin poder evitarlo. Estaba claro que lo que tenía que hacer era escapar de allí cuanto antes. Pero antes tenía que recuperar las fuerzas.

Capítulo 6

Estuvo una semana sin salir de la habitación y prácticamente sin ver a nadie. Su marido no se acercó por allí para ver si se encontraba bien y lo entendía. De querer matarla, había querido casarse con ella y ahora la ignoraba. Quería castigarla por su rechazo y al parecer era obvio para todo el clan. Sima entró al cuarto día en la habitación con una bandeja y se jactó de que su hermano cada noche dormía con una mujer distinta. Fenella apretó los puños debajo de las mantas sin mirarla siquiera mientras la hermana de su marido intentaba provocarla, pero ella no dijo palabra.

En los días siguientes fue Rose quien le llevó la comida y había intentado entablar conversación, pero como ella respondía con monosílabos, se dio por vencida.

Al fin pudo ponerse en pie, aunque tenía todavía alguna herida en los pies, pero al menos estaban deshinchados. Las muñecas casi estaban curadas y la herida de su espalda estaba muy bien. De hecho, Rose le dijo que si tenía cuidado con ella podía levantarse de la cama.

—¿Puedo sentarme fuera? — preguntó desesperada por salir de aquella habitación.

Rose sonrió— Por supuesto. Enseguida te traigo algo de ropa.

Sentada en la cama apenas cubierta con una sábana, se apartó el cabello de la cara y deseó asearse. Sentía el pelo grasiento y olía mal. Levantó el brazo para asegurarse y gimió avergonzada porque Rose se hubiera dado cuenta.

La puerta se abrió y Meribeth entró en la habitación con unas ropas en las manos—Rose te está buscando unas botas que sean cómodas para ti.

—Gracias. — sonrojada porque hacía dos días que no la veía, cogió las ropas de sus manos cuando se acercó y las puso sobre la cama. —¿Dónde puedo asearme?

Meribeth se sentó en la cama a su lado y la miró a los ojos—¿Quieres irte?

—¿Qué?

—Quieres irte, ¿verdad?

Su corazón empezó a latir con fuerza— ¿Puedes ayudarme? Por favor, necesito volver con mi familia.

—Si te vas... si se te ocurre dejar este clan, vais a morir todos. — iba a decir algo, pero Meribeth la interrumpió—Si les quieres, si quieres a tu clan, quédate e intenta llevar una vida aquí. Reconcílate con tu esposo, porque si te vas, la furia arrasará a los McGregor. Estás advertida.

—¿Tenemos que arrodillarnos todos ante Iver? — preguntó con rabia.

—¿Por qué crees que se ha casado contigo? ¿Por qué crees que teniendo a varias mujeres de clanes muy poderosos tras él, se ha casado precisamente contigo?

—No lo sé.

—Podía haberte devuelto a tu padre e incluso avergonzarle arriesgando tu vida porque puedes estar en estado— a Fenella se le cortó el aliento— Pero se ha casado contigo, ¿y sabes por qué? Porque te desea. Te deseo tanto que te persiguió hasta tu aldea y te secuestró.

—Porque le dejé en ridículo.

—Sí, eso también influyó, pero te deseaba tanto que abusó de ti y creo que lo hizo para demostrar que no le importabas ante sus amigos. No contento con ello se ha casado contigo en lugar de dejarte ir, cuando sabía que el error había sido suyo. Para él hubiera sido mucho más sencillo pedir un rescate por ti y deshacerse de un

problema cuando sabía que te había deshonrado, pero se ha casado contigo. Te ha obligado a que seas la esposa del Laird.

—Sólo me dices esas cosas para que haga las paces con él.

—Se enfadó cuando se enteró del beso de Leathan. Si no le importaras, no le habría molestado en absoluto. No es la primera vez que comparten mujer y nunca le he visto así. —Fenella la miró con la boca abierta— Piénsalo. —se levantó de su lado y sonrió— Soy su madre y nada me haría más feliz que veros dichosos. Ya tendréis muchos problemas sin que vosotros os hagáis daño mutuamente.

—¿Le he hecho daño?

—Sabes que sí. Has herido el orgullo de un guerrero. Eres hija de uno y deberías saber cómo son.

Se miró las manos y se acarició las muñecas sin darse cuenta porque le picaban. Meribeth suspiró— Niña, sé que te ha hecho daño...

—Me hace más daño no poder ver más a mi familia.

—Eso es algo que debes dejar atrás. Sé que será duro al principio porque yo pasé por ello, pero te aseguro que es lo mejor.

—¿Debo ser una buena esposa e ignorar el pasado?

—Sí. Debes hacerlo porque es lo mejor para ambos clanes. Eres hija y esposa de Laird. Sabes cuál es tu deber. —un rizo cayó sobre la mejilla de Fenella— ¿Sabes lo que voy a hacer? ¿Voy a preguntar a Rose si puedes darte un baño con agua caliente?

—¿Con agua caliente? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí, seguro que te gusta. Además, tengo un jabón de miel que es una maravilla. Ya verás.

Después de una semana sola prácticamente todo el día en aquella habitación solo quería salir de aquellas cuatro paredes, pero la idea de un baño y de agua caliente además, era de lo más apetecible. Esperó impaciente y deseó que las ventanas estuvieran abiertas para al menos ver algo.

Cuando se abrió la puerta se cubrió al ver que entraban dos hombres con un barreño enorme y dos mujeres que llevaban dos cubos de agua, vertieron el agua caliente dentro. Uno de los

hombres la miró con la boca abierta antes de que su compañero le diera un empujón hacia afuera. Las mujeres se fueron a toda prisa mientras Meribeth entraba en la habitación con Sima y con Rose.

—Vamos a bañarte. —dijo su suegra sonriendo— Será algo rápido para que no se te ablanden demasiado las heridas.

Vio que Sima se remangaba el vestido a regañadientes— Ya puedo yo.

—¡Déjate de cuentos que tenemos más que hacer!

—¡Sima!

—¡Madre, hay mucha faena en la cocina! — exclamó sonrojándose por la mirada de las mujeres— Yo le lavo el cabello.

—¡No! — exclamaron todas a la vez.

—Lo tiene muy largo— sonrió maliciosa—¿Traigo las tijeras?

—¿Quieres enfrentarte a tu hermano? — preguntó Rose molesta —Pues tócale un cabello.

Sima la miró con odio y Fenella dio un paso hacia ella— Sima, quiero disculparme por haberte hecho daño. —la miró sorprendida— Pero es que ya no sabía qué hacer para salir de aquí y ...

—¿Yo soy la más débil? ¿Eso quieres decir? ¡Metete en la bañera que te vas a enterar!

Meribeth sonrió sin poder evitarlo—¿Ahora vas a ahogarla?

—Se lo merece por estar lloriqueando todo el día. ¡Cualquiera estaría encantada de casarse con mi hermano! ¡El mejor varón de las Highlands! Pero ella no. ¡Ella tiene que echarle de su cama y humillarlo ante todo su clan!

Fenella asombrada miró a las mujeres— ¿Qué dice?

—No le hagas caso, niña. — respondió Rose volviéndose— Entra a bañarte.

Meredith se acercó a cogerla del brazo con cuidado y soltó la sábana para meterse en el barreño con cuidado. —¿Le he humillado ante el clan?

—Siéntate, niña. —dijo Rose cogiendo su mano para ayudarla.

Eso significaba que sí y avergonzada hizo lo que le mandaba gimiendo cuando el agua tocó la quemadura de la espalda—No era

mi intención.

—Lo sabemos. — dijo Meribeth cogiendo el jabón cuando ya estuvo sentada—Ahora disfruta del baño.

—Nunca me había bañado entera en agua caliente— no podía estirar las piernas, pero era maravilloso. Rose metió un paño en el agua y frotó una pastilla de jabón en el hasta que salió espuma para después pasárselo a Meribeth.

—Madre, no podrá meter la cabeza dentro. ¿Voy a por más agua?

—Sí, será lo mejor— dijo cogiendo con cuidado su brazo antes de pasarle el paño mojado sobre él— Hay más agua caliente para aclararla, pero mézclala. No queremos que se escalde.

—Sí, madre.

En cuanto salió Fenella volvió a preguntar— ¿Le he humillado ante su clan?

—Se le pasará, niña. Ahora está algo enfadado, pero terminareis por arreglarlo. —Meribeth le guiñó un ojo.

—Sí, tú enseña un hombro antes de acostarte y correrá tras de ti como un corderito.

Se mordió el labio inferior no queriendo reconocer que le había echado de menos. Un poco, pero le había echado de menos esos gritos y amenazas. Su mal humor y lo bien que besaba. También había echado de menos su risa. Miró de reojo a las mujeres que sonreían cómplices— ¿Enseñar un hombro?

—La niña no necesita enseñar el hombro. ¿Sabes lo que haremos? La sentaremos al sol para que se seque ese maravilloso cabello. En el patio estarán practicando, así que tendrá algo que ver y estará entretenida.

—Sí, yo me sentaré a su lado para coser un vestido que le estoy haciendo.

Hablaban como si no estuviera allí, pero a ella le dio igual—¿Un vestido?

Rose sonrió— Un vestido digno de la esposa del Laird.

La puerta se abrió y entró Sima cargando el cubo— ¿Has comprobado el agua? — preguntó su madre mientras se acercaba.

—Sí, madre. La he mezclado para que la esposa del Laird no se queme— levantó el cubo y tiró el agua sobre su cabeza haciendo que Fenella gritara de la impresión pues estaba helada. Hasta se le puso la piel de gallina y se estremeció abrazándose.

—¡Sima! ¡El agua está fría! — su madre le quitó el cubo de las manos mientras Sima se echaba a reír.

—¿Estamos en paz? — preguntó temblando mirándola por encima del hombro.

—Puede.

—¡Vete a por agua templada! — su madre empezó a lavarle el cabello —Date prisa antes de que coja fiebres otra vez.

Sima miró su espalda preocupada antes de salir prácticamente corriendo—Esta niña...

—Está enfadada por lo del beso y...

—¿El beso? — miró a Rose que sonreía divertida.

—El beso de Leathan. Se ha enterado y la ha enfadado aún más que lo de la nariz.

—Oh... yo no quería...—señaló a Meribeth—¡Ella se empeñó!

—¡No me podía imaginar que te iba a gustar!

Se sonrojó intensamente recordando el beso, pero inmediatamente después recordó el de Iver y se sonrojó aún más. — No si a mí no me ha gustado tanto.

Las mujeres se echaron a reír aseándola a toda prisa. Cuando Sima volvió, su madre la detuvo antes de meter la mano en el agua y asentir— Madre, ¿no te fías de mí? — preguntó ofendida.

—No me hagas esa pregunta.

Le aclararon el cabello y cuando se levantó vieron que le llegaba hasta la parte trasera de las rodillas al estar mojado. —Sima, busca un peine. — dijo su suegra viendo cómo se enrollaba el cabello para escurrirlo— Niña, ¿no te da mucho trabajo?

—Lo he llevado así desde pequeña. Madre no me lo cortaba. Decía que era parte de mi esencia.

Las mujeres sonrieron —Qué bonito.

—Me lo tenía que cortar a escondidas porque Lyall...— al recordar a su hermano se le borró la sonrisa.

—¿Qué hacía tu hermano? — preguntó Sima intrigada.

—Lyall decía que tenía el cabello más hermoso que jamás había existido y si madre no quería que me lo cortara, no debía hacerlo. Pero si fuera por él lo llevaría arrastrando, así que mi amiga Tamsin me lo cortaba a escondidas. Tamsin es ahora su esposa— susurró triste mientras la secaban con cuidado.

—¿Y él no se daba cuenta?

—Una vez Tamsin cortó algo de más y él me preguntó si me lo había cortado, pero Tamsin le preguntó “¿No te has dado cuenta que sus rizos están más gruesos que de costumbre?”

—¿Y se lo creyó?

Sonrió nostálgica— Yo creía que sí, pero las tijeras desaparecieron.

Las mujeres se echaron a reír. Entonces se pusieron a hablar de su clan y de varias personas que Meribeth conocía.

Cuando Rose le untó una grasa en la herida preguntó—¿Está peor que antes del baño?

—Te pondrás bien.

—¿Cómo está? ¿Es horrible?

Las mujeres se miraron sonriendo— Si no te la ves. ¿Qué más te da? — preguntó Sima maliciosa.

Se sonrojó— No, si no me importa.

—Si te preocupa tu marido, no creo que le importe. Ya que te lo ha hecho él.

Las palabras de Sima hicieron que todas perdieran la sonrisa y Fenella carraspeó incómoda—¿Puedo vestirme?

—Sí, por supuesto.

En silencio le pusieron el vestido inferior sin mangas de lino y después le pusieron un vestido azul con ribetes de un azul más oscuro en las mangas. —Siéntate mientras te pongo las botas— dijo Sima preocupada por su expresión.

—Gracias, pero ya puedo yo.

—No. No fuerces la espalda. Ya te las pongo yo— Sima se agachó y se las puso con cuidado para no dañar sus pies que tenían la piel muy sensible. —Ya está— levantó la vista sonriendo, pero cuando vio que tenía sus preciosos ojos verdes llenos de lágrimas— Lo siento, no quería ...

—Sois tan buenas conmigo. — se tapó la cara sin poder dejar de llorar.

—Podéis bajar. Enseguida vamos nosotras.

—Madre yo...

—Ahora no, Sima.

Fenella no sabía lo que le pasaba. No sabía si había sido por hablar de su familia o por lo amables que eran con ella, pero no podía dejar de llorar. Meribeth la cogió por el hombro y la abrazó— Todo irá bien. En un mes todo será distinto y serás feliz.

—¿Seré feliz? ¿Sin mi familia?

—Poco a poco te irás acostumbrando. Y puede que en el futuro les vuelvas a ver. Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Además, tendrás tu propia familia. Ahora vamos a que al exterior a que te dé el aire.

Meribeth la acompañó hasta las escaleras y cuando llegaron fuera Fenella se sintió muy bien cuando el sol le dio en la cara. Hacía un día espléndido y fueron hasta donde estaban Sima y Rose que habían sacado unas sillas al exterior. Sima se levantó de inmediato dejando su costura y en cuanto Fenella se sentó colocó su cabello para que se secase detrás del respaldo. —Así se secará más rápido.

Se sentó ante ella y puso sobre sus rodillas una camisa—Es de tu marido. Ha roto una manga.

Aliviada por tener algo que hacer, cogió la aguja que le tendía y se puso a trabajar. Una hora después varios hombres armados se acercaron y se distribuyeron por el patio. Levantó la vista distraída escuchando la conversación de Meribeth, cuando vio llegar a su marido hablando con Mitchell y Leathan. Parecía enfadado y cuando vio que uno de los hombres dejaba caer la espada, se acercó y le dio

un puñetazo que le tiró al suelo. El chico que debía tener unos diecisiete años se levantó de inmediato y su marido le gritó que le ataran la espada a la mano para que eso no le volviera a pasar nunca más.

Meribeth sonrió —Siempre lo hace. ¿Recordáis cuando Douglas se lo hizo a él?

—Estuvo tres semanas con la espada atada a la mano. —respondió Sima riendo— Al final ni se daba cuenta de que la llevaba.

—¿Con lo que pesa? — preguntó asombrada.

—Sí. Al principio le dolía el brazo horrores, pero mírale ahora. — Fenella volvió la vista hacia él que seguía regañando al chico. La verdad es que su espalda era impresionante. Los músculos de su espalda le hicieron tragar saliva y sin darse cuenta su mirada llegó a su trasero. Su marido se volvió de repente y se detuvo al verla. Cuando sus ojos se encontraron Fenella agachó los párpados avergonzada.

Iver ordenó continuar con el adiestramiento a gritos y se cruzó de brazos observándoles. Como estaba distraído, ella le observó disimuladamente y Sima miró a su madre reprimiendo una sonrisa.

—Niña, ¿no te estará dando mucho el sol?

—Estoy bien. — contestó distraída sin dar una puntada desde que los hombres habían llegado.

—Hace un día maravilloso. Espero que continúe así toda la primavera. Es mi estación favorita— dijo Rose.

—Ajá...

—Mira que flores más bonitas están saliendo en la ladera.

—Ajá...— vio cómo su marido se acercaba a uno de sus hombres y le golpeaba en la nuca haciéndole perder la concentración. Era increíble como los entrenaba. Había visto adiestramientos en su clan, pero sus hombres no podían compararse con esos. Su hermano había salvado el pellejo varias veces y eso indicaba que no habían querido matarlos.

—No matáis a nuestros hombres a propósito, ¿verdad?

Meribeth apretó los labios—Olvida el asunto, Fenella.

—Es que no puedo entender...

—Sólo matamos a dos por cada uno de los nuestros— dijo Rose ganándose una mirada reprobadora de su amiga—Debe saberlo. Se va a enterar.

—¿Dos? ¿Por qué dos?

—Porque los nuestros valen por dos de los vuestros. — respondió Sima divertida.

Meribeth suspiró— Cuando Iver se hizo cargo del clan hubo un ataque y dos de los vuestros mataron a uno de los vigías. Esos hombres murieron antes de salir del bosque. Iver decidió que si habían necesitado a dos para matar a uno de los nuestros, era lo justo.

—Entiendo. ¿Nunca atacáis primero?

—Os robamos whisky y ganado. No matamos personas porque sí. Además, cada vez hay menos ataques por vuestra parte. Estáis muy debilitados.

—Mi padre aún puede revolverse, tiene aliados y...

—¿Aliados contra los Wallace? —las chicas se echaron a reír y Fenella se sonrojó— Nadie en las tierras Altas nos retaría aliándose con tu padre.

Los hombres las miraron y varios se detuvieron para observarlas. Al ser el centro de atención Fenella se sonrojó.

—¡Fenella!

Sorprendida porque su marido la llamara, se levantó dejando que la cascada de rizos cayera sobre su espalda. El brillo de su pelo hizo que varios la miraran con la boca abierta mientras miraba a su marido— ¿Sí, mi Laird?

Los ojos azules de su marido se entrecerraron— Vete a la habitación. ¡Estarás agotada de tanto coser!

Se debatió entre negarse e irse porque estaba cansada. Al final por no contradecirle delante de sus hombres, asintió volviéndose mientras las chicas sonreían de oreja a oreja. Su marido la observó entrar en el castillo lentamente y al volverse vio que sus hombres embobados hacían lo mismo.

—¡A trabajar! — gritó enfurecido.

Fenella se estaba quitando el vestido con cuidado cuando la puerta se abrió. —No hacía falta que vinieras. Puedo sola. — sacó el vestido por la cabeza y al quitarlo vio a su marido ante ella— Pensaba que era tu madre.

—Veo que estás mejor.

Ella sonrió cortándole el aliento, pero no se dio cuenta porque se volvió para dejar el vestido sobre la silla con cuidado. —Sí, gracias.

—¿Cómo te encuentras?

Se volvió sorprendida por su voz enronquecida— Bien, te lo acabo de decir.

—¿Cómo de bien? — preguntó con desconfianza.

—No entiendo lo que me quieres...— él la cogió por la nuca y atrapó su boca como si quisiera devorarla. La cogió por la cintura pegándola a él y Fenella la abrió gimió en su boca al sentir su sexo endurecido en su vientre a través de su kilt. Le subió su ropa interior lentamente sin dejar de besarla y sus manos fueron a parar a su trasero desnudo provocándole unas sensaciones maravillosas. El placer la traspasó de arriba abajo y abrazó su cuello sin darse cuenta queriendo evitar que aquel momento terminara. Iver la cogió por los muslos y la levantó para ponerla a su altura provocando que ella tuviera que abrir las piernas para rodear su cintura. Apartó su cara para mirarla a los ojos y sujetándola con una mano metió la otra entre sus piernas mientras ella abrazaba su cuello respirando agitadamente. Gimió al sentir sus caricias entre sus húmedos pliegues y arqueó su cuello hacia atrás cerrando los ojos al sentir como su vientre se tensaba —Estás mojada, pelirroja. Deseas esto tanto como yo.

Sin saber lo que quería decir, apretó sus caderas contra su miembro y gritó cuando introdujo un dedo en su interior moviéndolo suavemente. —Nunca vuelvas a decir que mi tacto te repugna. — acarició su clítoris con el pulgar y Fenella gritó extasiada por el placer que la traspasó sorprendiéndola por su fuerza.

Atontada la dejó sobre la cama boca abajo atravesada en la cama y levantó sus caderas poniéndola de rodillas. Acarició sus nalgas con suavidad y Fenella gimió apretando las sábanas entre sus manos intentando volver a la realidad, pero algo se lo impedía. Sus manos, sus caricias la estaban volviendo loca y se movió inquieta de necesidad cuando su duro miembro entró en su interior con fuerza llenándola completamente. —Esta vez será distinto, esposa. Esta vez vas a disfrutar y ni te ocurrirá rechazarme de nuevo. — se movió ligeramente y Fenella sorprendida por el placer que experimentaba, apoyó la frente en la cama casi sin respiración. Entró en ella de nuevo y ella sintió que moriría con lo que le estaba haciendo. Iver la cogió por el hombro levantándola y repitió el movimiento con contundencia una y otra vez. Fenella loca de deseo llevó su mano hacia atrás y arañó su cintura justo cuando entró en ella de nuevo lanzándola al paraíso.

Tumbada en la cama sudorosa, agotada y totalmente satisfecha, ni se dio cuenta que se apartaba de ella y que salía de la habitación. Fenella disfrutó de las sensaciones que aún recorrían su cuerpo, pero cuando abrió los ojos y se volvió ligeramente para ver que no estaba, no pudo evitar sentirse decepcionada.

Durmió hasta la hora de la cena y fue Meribeth la que la despertó para que se presentara a la mesa del Laird— Iver quiere que asistas.

—¿Quiere que asista? — preguntó adormilada pasándose las manos por los ojos.

—¿Estás bien? — preguntó maliciosa tendiéndole el vestido.

—Sí, por supuesto. — sonrojada se levantó de la cama con cuidado y se puso el vestido con su ayuda.

—Han venido unos parientes de la fallecida madre de mi marido. Los McDougal son algo brutos, pero muy buenas personas.

—¿Los McDougal? No los conozco.

—Son de muy al norte. Nos divertiremos. Han venido a traernos un presente de su Laird. Iver les hizo un favor hace unos meses y se lo agradecen de esta manera.

—¿Qué favor?

—Su Laird tuvo un problema con un clan cercano y pidió su ayuda. Por supuesto acudió a ayudar a sus aliados. Antes de una semana ya estaban de camino de vuelta.

—¿Y no ha venido el Laird de los McDougal en persona?

—Su esposa está esperando su primer hijo. Alumbrará en cualquier momento y no ha querido separarse de ella. — respondió empezando a ponerle las botas—Debes estar muy hermosa. Quiero que todos vean lo preciosa que es la esposa de mi Laird. — dijo orgullosa levantándose.

Sonrojada se levantó atusándose el cabello y se alisó el vestido — ¿Cómo estoy?

—Tan bonita que les robarás el aliento. Bajemos a la fiesta. Dentro de una hora ya estarán borrachos y pegándose porrazos.

Ella se detuvo en seco y se apretó las manos algo nerviosa— ¿Qué debo hacer?

La miró extrañada—¿A qué te refieres?

—Padre nunca me ha dejado asistir a las cenas cuando hay invitados.

Meribeth la miró sorprendida— ¿Y cuál es la razón?

—Cuando falleció madre nos cuidaba la abuela y yo aún era muy pequeña. Después asistía su nueva familia. Lyall ha asistido cuando ha sido mayor, pero yo no.

Entonces Meribeth se dio cuenta que su padre la había apartado de él todo lo que había podido después del fallecimiento de su madre. Sintió pena por ella, pero aun así sonrió— No te preocupes. Comportate como tú eres.

Parpadeó sorprendida—¿Cómo soy?

—Sí. Así nuestro clan también sabrá cómo eres realmente. Ten en cuenta que ellos tampoco te conocen y estarán atentos a cómo eres. Sé natural.

—Como soy. — asintió y sonrió radiante—Eso puedo hacerlo.

—Estupendo.

Cuando bajaron, Fenella estaba algo nerviosa y más aún al ver como reían a carcajadas varios hombres sentados a la mesa. Mitchell le hizo un gesto a Iver, que miró hacia las escaleras para verla llegar. Perdió algo la sonrisa y sus acompañantes se volvieron a mirarla dejando caer la mandíbula cuando la vieron acercarse.

—Por todos los rayos...—dijo uno recibiendo un codazo de su compañero, que se levantó de inmediato.

Iver se levantó de la cabecera de la mesa y se acercó extendiendo la mano. Avergonzada por ser el centro de atención agachó la mirada con pudor y su marido la acercó a la mesa— Amigos, quiero presentaros a mi esposa, Fenella.

Ya levantados llevaron una mano al pecho agachando la cabeza en señal de respeto. — Mucho gusto. — susurró ella.

—Ellos son Callum y Roy McDougal.

Callum hinchó el pecho como un pavo real y Roy sonreía con los dedos metidos en el cinturón mirándola de arriba abajo como si fuera una buena pieza. Ambos eran morenos y estaban algo sucios del viaje. Su kilt era azul con rayas grises y llevaban camisas color azafrán.

—Es tan hermosa que deberías encerrarla en el castillo si no quieres que te la arrebaten, Iver. — dijo Roy divertido— Ya verás cuando se lo diga a mi Laird. Todavía recuerda que le dijiste que no te casarías hasta dentro de diez años. — los McDougal se echaron a reír a carcajadas y Fenella miró a su esposo que parecía algo incómodo. Eso no le gustó. ¿Se estaban riendo de él? No podía consentirlo.

Ella sonrió radiante provocando que perdieran la sonrisa poco a poco y atontados se la quedaron mirando— Mi esposo no pudo evitar reclamarme— se acercó a él y le miró con cariño—¿Verdad, querido?

—Era imposible resistirse a ese cabello rojo y a esos preciosos ojos verdes— la cogió por la cintura con desconfianza mientras ella se sonrojaba de gusto— Mi esposa ha estado algo enferma y seguro que está deseando comer algo.

—Oh sí, estoy hambrienta. — le miró como si estuviera hambrienta de él y los hombres carraspearon mientras Meribeth soltaba una risita mirando a Sima, que estaba asombrada por su comportamiento descarado.

—Siéntate, esposa. A mi derecha.

Ella se separó de él a regañadientes y eso no tuvo que simularlo, porque desde que le había hecho el amor le tocaría a todas horas si pudiera, pero notaba que él aún estaba enfadado con ella. Que se hubiera ido de la habitación después de gozar, lo demostraba. Pero aun así se separó de él sonriendo como una niña buena y se sentó a su lado. Los miembros del clan iban llegando y varios la miraban con curiosidad, pero no se dio por aludida mientras Leathan se sentaba a su lado y Mitchell frente a ella. Sonrió porque estaba claro que aunque los McDougal fueran sus aliados, ellos protegerían a su Laird por encima de todo. Los invitados se sentaron al lado de Mitchell y Roy dijo— Mi Laird estaría encantado de que fueras a nuestras tierras a hacerle una visita.

—Puede que en el verano nos acerquemos hasta allí— su marido pinchó con el cuchillo un pedazo de venado enorme y se lo colocó sobre el plato— Pero ahora tengo que solucionar ciertos temas importantes y no puedo ausentarme.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes problemas con esos canallas de los McGregor? Esos cabrones no saben detenerse. Uther McGregor es como un perro rabioso que aunque no consiga lo que quiere continúa mordisqueando los tobillos para hacerse notar.

Ella que iba a comer un pedazo de la carne con las manos miró a Roy fríamente. Roy entrecerró los ojos y varias personas se quedaron en silencio esperando su reacción. Fenella dejó lentamente la carne en el plato y miró a su marido que se había tensado.

Mitchell carraspeó—¿Más cerveza? — hizo un gesto a una de las mozas que se acercó de inmediato.

Fenella seguía mirando a su marido que muy tenso dijo— Esos canallas de los McGregor no pueden darme problemas ni aunque lo intentaran.

Todos se echaron a reír. Todos excepto ella que seguía mirando a su marido sin mover el gesto. Sus invitados al ver que no le había hecho gracia preguntaron—¿Conoce a los McGregor, son aliados de su clan?

Fenella le fulminó con la mirada—Son mi clan.

Esas palabras robaron las risas de golpe y su marido se tensó con fuerza— No querida, tu clan es este. Eres una Wallace.

—Oh, perdona— dijo aparentando sorpresa— Es que olvidar los últimos dieciocho años de repente, es algo difícil. Y todavía tiendo a enfurecerme cuando alguien insulta a mi familia. —sonrió dulcemente mirando a sus invitados— No les tomo en cuenta su grosería, no se preocupen. Sé que no lo han hecho a propósito porque sino no sólo serían groseros, sino también estúpidos.

Sima reprimió la risa y Meribeth la miró orgullosa, pero Iver no se lo tomó tan bien golpeando la mesa con el puño haciendo caer su jarra de cerveza—¡Fenella!

—¿Sí, esposo?

—¡Discúlpate ahora mismo!

—¿Por qué? — perdiendo la paciencia se levantó mirándole furiosa— ¿Por qué debo disculparme con alguien que insulta el apellido de mis antepasados? ¡Puede que ahora esté casada contigo, pero soy una McGregor y la sangre de los McGregor corre por mis venas! — se agarró el cabello y se giró a su nuevo clan— Mi cabello es el de Uther McGregor y soy su hija— los invitados abrieron los ojos como platos— Así que no me digas que soy una Wallace porque me hayas robado de mi casa. No toda tu palabra es ley, porque la ley de Dios es mucho más fuerte. ¡Si nuestro señor quiso que naciera McGregor, por algo será! ¡Y te juro por Dios que como vuelvan a insultar a mi pueblo en esta mesa, les vengaré dejándome la vida en ello si es necesario! —gritó desgañitada.

Meribeth se asustó y se levantó de inmediato—Ven niña, todavía no estás bien del todo y...

Iver se levantó de golpe y la cogió por el brazo gritándole— ¡Discúlpate ahora mismo!

Ella le retó con la mirada levantando la barbilla—Antes muerta que disculparme con estos apestosos que no tienen ni la educación de asearse para presentar sus respetos.

Los McDougal se sonrojaron y Roy se levantó— Iver, no hace falta que...

—¡Cierra la boca! — Iver tiró de ella con fuerza y la agarró por el cabello—¡Discúlpate ahora mismo con mis amigos!

—No.— todos la miraron con los ojos como platos por su valor y cuando Iver levantó la mano para golpearla a nadie le sorprendió.

—Discúlpate.

—Antes muerta. — le golpe ni lo vio venir y hubiera caído al suelo si él no la hubiera tenido agarrada por el cabello. Varias mujeres se levantaron asombradas, mientras los hombres seguían comiendo como si nada.

—Discúlpate— siseó fuera de sí.

Fenella abrió los ojos intentando reprimir las lágrimas y volvió la cara para mirarle fijamente antes de decir—Antes muerta.

Meribeth se tapó la boca impresionada y Sima corrió hacia ellos— Hermano, déjala. No sabe lo que dice. ¡Ha estado muy enferma!

—¡No! ¡Debe aprender a quien ser fiel!

—¿Cómo una perra que no tiene amo? — preguntó irónica enfureciéndole aún más— Pues no te sorprendas de que esta perra te muerda la mano, porque ya tengo dueño y le amo por encima de todo. Mi clan es mi dueño.

Iver tiró de ella mientras los McDougal la miraban con admiración y vieron como la llevaba hasta el exterior. Todos los siguieron corriendo y Fenella gritó sin querer al ver como la llevaba hasta el acantilado. Intentó resistirse, pero su agarre era férreo y prácticamente la arrastró los últimos metros.

—¡Iver! ¿Qué vas a hacer? — gritó su madre asustada.

—¿Es una McGregor? ¡Bien! ¡Le voy a demostrar qué hago con los McGregor!

—¡Mi Laird! — Douglas intentó detenerlo, pero él sin soltar el cabello de Fenella le empujó por el pecho apartándolo—¡No

interfieras, viejo! ¡Estoy harto de su actitud! —la volvió hacia él y le gritó a la cara —¿No quieres ser una Wallace? ¡Te juré que lo serías hasta el día de tu muerte y ya ha llegado la hora de que te encuentres con tu creador como te atrevas a negarlo! — Fenella palideció. La acercó al borde del precipicio y gritó aterrorizada al ver que sus pies resbalaban haciendo caer varias piedras.

—¡Hijo, por caridad! — gritó su madre llorando— Debes tener paciencia y...

—¡No pienso dejar que mi propia esposa me insulte! ¿Eres una Wallace o una McGregor? — gritó empujándola un poco más. — ¡Dímelo! Es tu momento de decidir...

Ella volvió la mirada y vio que no podía arrepentirse de lo que estaba haciendo quedando en evidencia ante todo el clan. Vio en sus ojos que estaba asustado, pero ya no había vuelta atrás. Una lágrima cayó por su mejilla y él separó los labios antes de escuchar —Soy Fenella McGregor.

Iver gritó antes de empujarla con fuerza y Fenella cayendo en silencio vio cómo se acercaba a las rocas. Cerró los ojos con fuerza y la imagen que acudió a su memoria antes de morir fue la de Iver sentado y furioso allí mismo después que ella le hubiera apuñalado el pie. Las palabras ¿cómo te llamas? se repitieron una y otra vez justo antes de sentir el choque con el agua helada que la dejó sin aliento.

Capítulo 7

Un roce en la mejilla le hizo abrir los ojos para ver a través de una bruma como una mujer arrodillada al lado de su rostro miraba hacia arriba. —¡Está viva! Clyde ayúdame a llevarla a la casa.

—Madre, no podemos...— Fenella dejó de escuchar lo que decía dando la bienvenida a la inconsciencia de nuevo, pensando que el cielo no era como se lo esperaba.

Fue el calor lo que la hizo abrir los ojos de nuevo y vio que tenía el fuego ante ella. ¿Estaba en el infierno? Siempre le habían dicho que su pelo rojo era a causa del carácter endiablado de su padre, pero esperaba que puesto que ella nunca había hecho nada malo en la vida, se libraría de ir al infierno. Al parecer estaba equivocada. Seguramente llevarle la contraria su marido la había conducido directamente al infierno. Recordar como Iver la miraba justo antes de tirarla por el acantilado, hizo que una lágrima cayera por el rabillo de su ojo mojando su sien. Entonces fue cuando se dio cuenta que le dolía el párpado y se preguntó si después de morir era posible que doliera algo cuando no tenía cuerpo. Un sonido tras ella la sobresaltó y ahí fue cuando se dio cuenta que no sólo le dolía el párpado. De hecho, le dolía todo. Pero supuso que su dolor era parte del sufrimiento en su infierno.

Alguien se arrodilló a su lado y se asustó levantando la mejilla que tenía sobre el duro suelo para ver al diablo. Al ver a una mujer de la edad de Vika a su lado, se paralizó y más cuando se acercó para volverla con cuidado para ponerla boca arriba.

—¿Estoy muerta? — susurró.

—Si eres quien creo que eres, estás bendecida con la inmortalidad, pequeña. Al menos de momento.

—¿Y quién crees que soy?

—La esposa de Iver Wallace. La valiente Fenella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas— No soy su esposa. No soy de nadie.

La mujer acarició su mejilla y se dio cuenta que estaba hinchada — Puede que no sobrevivas, pero no me atrevo a avisar a nadie y que vuelva a intentar matarte.

—¿Estoy en la tierra de los Wallace?

—A unas millas de la aldea. —miró sobre su hombro bajando la voz—Mi hijo no quería que te recogiéramos, pero soy cristiana. No podía consentirlo. Estabas sobre unas rocas en una playa cercana. Es un milagro que hayas sobrevivido a esa caída. Todo el mundo cree que has muerto.

—Debo llegar a mi clan.

Se miraron a los ojos y la anciana negó con la cabeza— Ahora no puedes salir de aquí. Los tuyos se han enterado de lo ocurrido, pues los rumores corren por todas la Highlands y los ataques son continuos. Han muerto muchos.

Asustada intentó levantarse, pero se dio cuenta que no podía— ¿Cuánto llevo aquí?

—Más de una semana. — dijo asustada.

—Debo regresar. Mi pueblo tiene que saber que estoy viva. Mi hermano...

—iTú no puedes hacer nada! ¡Esta es una guerra de hombres y será otro milagro que consigas caminar unos metros!

—Madre...— asustada volvió la cabeza para ver al otro lado a un hombre de la edad de su padre con una espada en la mano— debemos entregarla. El Laird debe saber lo que ocurre.

—iNo! — cogió la mano de la mujer que dejó caer el cuenco a su lado— ¡Si me entregáis a él me matara de nuevo! ¡Entregarme a los McGregor, lo suplico!

—No podrán llegar hasta aquí— dijo la mujer apenada. — No podrán atravesar a los vigías. Además, nos matarían antes de entregar el mensaje.

Fenella se echó a llorar desconsolada y la mujer le apretó la mano intentando que se calmara—Pobre niña. Entre dos mundos sin poder vivir en ninguno.

—Madre, estamos arriesgando la vida por una McGregor. Si el Laird se entera de que la ocultamos...

—¡Para él está muerta! ¡No la busca, ni lo hará!

—¡Has oído lo que ocurre tan bien como yo! No podemos dejar que mueran más de los nuestros.

—No puedo entregarla a la muerte cuando la he rescatado de ella. No lo haré. En cuanto se reponga, será ella la que tome la decisión. Dios la ha salvado por una razón y debe seguir viva.

El hombre apretó las mandíbulas antes de mirarla— Si sobrevive, nos traerá muchos problemas.

—Me iré. Regresaré a mi clan y todo habrá terminado. — susurró desesperada— Por favor...

El hombre miró a aquella mujer que tenía el cuerpo hinchado por los golpes recibidos en el mar y se preguntó de dónde sacaba esa fuerza interior para desear regresar de esa manera a su clan. Era digno de mérito y si lo que había escuchado sobre ella era cierto, sabía que daría la vida por ellos. Merecía una oportunidad.

—Podrá quedarse sólo hasta que pueda emprender el viaje.

—Sí, hijo. —la mujer sonrió con tristeza y recogió el cuenco— Debes comer. Ahora te traigo algo de leche. He intentado alimentarte, pero casi no has comido nada en estos días.

—Gracias— susurró emocionada —Gracias. Os debo la vida.

—Eres la mujer de nuestro Laird. No nos debes nada— se levantó para acercarse a la lumbre y vertió en el tazón un líquido. Se volvió a arrodillar a su lado y susurró— Sé que no te consideras su esposa, pero lo serás hasta que la muerte os separe definitivamente. Es la ley de Dios.

Pensando en ello se dio cuenta que era así. No estaba muerta, pero seguía siendo su esposa. Había jurado que la mataría en su primer encuentro y al final lo había hecho. Para él estaba muerta, pero si regresaba a su aldea la arrasaría como había dicho Meribeth. Intentando encontrar una solución bebió el caldo que la mujer le ofrecía, que asintió contenta cuando tragó con esfuerzo.

—¿Cómo te llamas?

—Ygraine y mi hijo Clyde.

—Yo soy Fenella— cerró los ojos sintiéndose agotada.

—Lo sé. Siento no poder darte nada para el dolor, pero si se lo pido a Rose, me preguntará para qué y...

—Lo entiendo— forzó una sonrisa antes de beber de nuevo— No debes preocuparte por eso.

Ygraine asintió—Hijo, deberías ir a ordeñar a la cabra.

Clyde las miró con desconfianza, pero al final asintió. Salió de la casita y Ygraine susurró— Escúchame atentamente porque no te lo repetiré. No quiero que mi hijo escuche esto.

—¿Qué ocurre?

—No sabes lo que ha provocado en mi clan tu muerte, pequeña. El Laird se ha puesto en contra a la mitad de su propio clan indignados por tu muerte. Incluso los McDougal se fueron de la aldea enfadados con nuestro Laird. Estamos divididos. Incluso la madre de Iver se ha mostrado horrorizada por lo que ha hecho su hijo. Defendiste a tu clan y su comportamiento contigo desde que te conoció ha llegado a oídos de todos. —Fenella se mordió el labio inferior.

—¿Y por qué me dices esto?

—Sólo te lo digo para que sepas que tu supuesta muerte ha tenido consecuencias. Y no sólo eso, el Laird ya no es el mismo...

—¡No me hables de Iver!

Ygraine apretó los labios y le acercó el cuenco de nuevo— Como digas.

Suspiró cerrando los ojos intentando ignorar el dolor que cada vez era más fuerte. Y no sólo era dolor físico. No sabía cómo tenía

que sentirse respecto a Iver. Cuando la había secuestrado tenía claro que la iba a matar, pero después de que insistiera en casarse había tenido la esperanza de que pudieran llegar a amarse algún día y que su vida en el nuevo clan no sería tan terrible como creía. Al parecer no había estado equivocada en su primera suposición y el dolor de la traición de su marido era un dolor cada vez más profundo. El que dijo que la protegería, que lo había jurado el día de su boda...Era cierto que no tenía palabra. Abrió los ojos— Lo siento, no quería hablarte así, pero debes comprenderme. ¿Cómo te sentirías tú si tu esposo te hubiera tirado por un acantilado?

—Sé todo lo que ha ocurrido desde que llegaste. No tienes que darme más explicaciones. Sólo quería que estuvieras al tanto de todo lo que ocurre.

—Lo único que deseo es regresar a mi clan.

—Te juro que intentaré hacer todo lo posible para que lo consigas.

—No hace falta que jures. Ya no creo en los juramentos. — Ygraine asintió— Te agradezco lo que haces por mí y no lo olvidaré nunca.

—Ahora descansa.

—¿Tengo algo roto?

—No sé si la pierna derecha...— la miró dudosa— tiene muy mal aspecto.

—No tengo fiebre, ¿verdad?

—No.

—Ayúdame a sentarme. Quiero verla.

Ygraine apartó el cuenco y la cogió por los hombros levantándola lentamente. Entonces se dio cuenta que todo su cuerpo estaba lleno de golpes. Las piernas tenían un aspecto morado que era aterrador y se dio cuenta que casi no podía moverlas. Pero lo realmente preocupante era su pierna derecha que tenía una protuberancia debajo de la rodilla que demostraba que la tenía rota. —Está rota— se echó a llorar angustiada y la mujer le acarició la espalda— Necesito ayuda.

La anciana preocupada dejó que se tumbara de nuevo— Yo no sé curar una pierna rota.

—Necesito a Rose. Sino me quedaré coja, eso si no se me ennegrece y me mata.

—¿A Rose? Pero ...corremos un riesgo muy grande. Si se lo dice al Laird.

—No se lo dirá. Lo sé. Es buena mujer y no dirá nada.

Ygraine pareció pensárselo— Iré a la aldea en cuanto amanezca.

—Gracias.

Agotada cerró los ojos y se quedó dormida bajo su mirada. La mujer recogió el cuenco y lo dejó en el barreño que tenía con agua. Salió de su casita y se acercó a su hijo que estaba ordeñando la cabra. La vio acercarse pensativa— ¿Ya se ha muerto? ¿Por eso tienes esa cara?

—Debo ir a buscar a Rose, la curandera.

—¡No! — se levantó sobresaltando a la cabra— ¡No vamos a arriesgar nuestras vidas! Debiste hacerme caso y dejarla en las rocas.

Ygraine le cogió por el brazo—Escúchame bien. ¡Esa mujer nunca ha hecho nada para perjudicarnos!

—¡Padre murió por culpa de los McGregor! Debería matarla yo mismo.

—¡Tu padre murió por su inconsciencia! ¡No debería haberse adentrado a sus tierras para cazar!

—¡Y ella se adentró en las nuestras!

—Me hubiera gustado que alguien hubiera ayudado a mi esposo en su momento. ¿La has visto? ¿Qué daño puede hacer esa mujer? Es ligera como una pluma. ¡Seguro que a nuestro Laird no le costó nada empujarla por el acantilado! —Clyde apretó los labios—No me digas que estás de acuerdo con lo que ha hecho, porque entonces no te reconozco.

—No quiero problemas con Iver Wallace. Eso es todo.

—No se enterará. La niña dice que la curandera no dirá nada y la creo. Y si nos delata les diremos que la acabamos de encontrar. La

necesitamos para que se ponga bien.

—No te creerán.

—Es su palabra contra la nuestra. No pueden demostrar que la rescatamos hace días.

Su hijo entrecerró los ojos—Entonces iré yo. Tú nunca vas a la aldea, así que llamarías más la atención. Llevaré al Laird los quesos que tenemos preparados.

—Bien. Pero dile a Rose que se dé prisa. Esa pierna cada vez tiene peor aspecto.

—Saldré ahora mismo.

—No, espera al amanecer. Pensarían que es extraño que vayas tan temprano. Y que Rose salga después de que te vayas para no llamar la atención.

—Sí, madre.

Ygraine sonrió y acarició su mejilla—Es una pena que tu esposa muriera dos semanas después de tu casamiento. Habrías sido un marido excelente.

—Lo dices porque siempre dejó que me convenzas de todo.

—Exactamente.

Clyde se echó a reír asintiendo y su madre sonrió pensando que era una pena que un hombre tan apuesto no se hubiera enamorado de nuevo. Le vio seguir ordeñando. Era tan trabajador y buena persona. Cuando ella falleciera se quedaría muy solo en esa casa. Esperaba que alguna buena mujer le echara el ojo. No le gustaría abandonar ese mundo sin conocer a un nieto y su hijo aún estaba a tiempo de tener muchos.

Clyde entró en la aldea subido a su caballo y miró a su alrededor. Casi no había actividad, pero no se lo esperaba. Al llegar al castillo, se bajó del caballo y al ver a Douglas salir, apretó los labios sin saludarle siquiera.

—Buenos días, Clyde. —dijo él viendo como cogía los quesos de la cesta donde los transportaba—Al parecer nos traes algo delicioso.

—Buenos días.

Se volvió con la cesta para entrar en el castillo— Todavía no me has perdonado ¿verdad? —Sorprendido le miró girándose y Douglas sonrió con tristeza— No lo hice a propósito.

—Enviaste a mi padre a la muerte y después no reconociste tu error, pues él era un pastor de cabras, no un guerrero, ni un cazador. Deberías haberme enviado a mí, que era uno de tus mejores hombres.

—Pensaba que estaba preparado para ese trabajo al vivir en el bosque. Te lo he dicho mil veces.

Clyde se tensó— Y sigo sin creerte. No sé la razón por la que tomaste esa decisión, pero te aseguro que la descubriré algún día. Ahora si me perdonas, debo dejar esto en la cocina.

Douglas apretó los labios y dio un paso hacia él—Necesitamos hombres. Lo que ha ocurrido nos ha hecho perder cinco guerreros y los aldeanos se empiezan a poner nerviosos.

—Eso lo tenía que haber pensado el Laird antes de tirar a su mujer del acantilado.

Los ojos de Douglas se oscurecieron— Te aconsejo que respetes más a tu Laird.

—¿Respeto? El respeto hay que ganárselo y él ha perdido el mío al tratar así a una mujer que nunca ha hecho nada malo en su vida, aparte de nacer en el lugar equivocado del bosque. Y si alguien tuviera agallas, le retaría para ocupar su puesto.

Douglas palideció llevando la mano a la empuñadura de su espada—Retira eso.

Clyde le miró con desprecio—¿Tú también me vas a tirar por el precipicio por decir lo que pienso? Tendrás que matar a medio clan, incluida a la madre del Laird. Pero todos sabemos que nunca le harías nada a Meribeth, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—iHablo de que siempre has estado enamorado de ella y que has tomado decisiones como Laird en las que ella tenía mucho que ver! Como por ejemplo no vengar la muerte de su marido, cuando todo el mundo sabía que le había matado Uther McGregor. —

entrecerró los ojos—Siempre me he preguntado por qué mi padre murió apenas una semana después.

—¡Debería atravesarte con mi espada! ¡Hice lo que creía conveniente en su momento!

—Y yo no he querido volver a hablar del tema desde entonces. De hecho, no había hablado contigo desde que me fui de aquí, pero tú has tenido que acercarte. —se echó a reír—¿Y ahora quieres que forme parte de los que protegen a los Wallace? ¿Quién protegió a mi padre? ¿Quién protegió a Fenella Wallace?

—¡No quiso reconocer que era una Wallace! Lo vio todo el mundo.

Le miró con desprecio antes de volverse y Douglas le cogió del brazo volviéndole de golpe—¡A mí no me des la espalda!

—¿Qué ocurre aquí?

La voz furiosa del Laird hizo que Clyde se volviera hacia él. No tenía buen aspecto. Sus ojos estaban rojos y parecía estar más delgado. Estaba claro que había bebido la noche anterior y si los rumores eran ciertos era algo que hacía a menudo. Clyde entrecerró los ojos pensando que la culpa le estaba carcomiendo por dentro. Le había conocido desde niño y nunca hubiera imaginado un acto así de su Laird. Siempre había estado orgulloso de él al contrario de Douglas y por eso no podía entender lo que estaba ocurriendo.

—Clyde tiene una opinión sobre lo que le ha ocurrido a Fenella—dijo Douglas con rabia.

Su Laird se tensó dando un paso hacia él—¿Y qué opinión es esa?

—No quiero problemas, mi Laird. Creo que ya han muerto demasiadas personas por este tema. Personas inocentes que nunca han tomado parte de tus decisiones.

—¿Incluida mi esposa?

Se enderezó sin intimidarse—Incluida tu esposa.

Iver apretó los labios y asintió pasando ante ellos, que se quedaron de piedra porque no replicaba nada. Clyde vio la preocupación en la mirada de Douglas, que le quería como un padre.

— ¿Qué ocurre? ¿Se arrepiente?

Douglas se tensó y con rencor le ordenó—Deja los quesos y vete.

Observó como Douglas se alejaba hacia los establos y con curiosidad dejó la cesta en el suelo antes de correr rodeando el castillo siguiendo a su Laird. Le vio como caminaba hacia los acantilados y temiendo que hiciera una tontería, le siguió a toda prisa. Se acercó a sus espaldas y le escuchó susurrar con la voz rota — Mi preciosa Fenella...

Se quedó tan sorprendido que se detuvo y su Laird le escuchó girándose de golpe sacando su cuchillo. —¿Qué haces aquí? — preguntó furioso—¿Qué buscas?

—Nada, mi Laird ...temía por ...

—¿Si me tiraba? —le miró con desprecio—Esperaré que alguien con el suficiente valor me traspase con su espada. Ahora vete.

Su Laird volvió a mirar el mar— Yo estuve casado— dijo sin poder evitarlo—La amaba más de lo que nunca he creído posible— Iver se tensó— Y nunca le hubiera hecho daño. Antes me hubiera arrancado un brazo.

—Tú no eres el Laird de los Wallace.

Entonces lo entendió— ¿Lo hicisteis para no parecer débil? — sorprendido le cogió por el brazo girándole de golpe para mirar su cara y vio el dolor reflejado en sus ojos— ¿Antepusisteis el clan a vuestra esposa?

—Me humilló ante los McDougal. Pensaba que se retractaría, pensaba que ...

—Dios mío...

Iver sonrió con tristeza— Pero era muy cabezota. Tenía que haberlo supuesto. Mi pelirroja no daba el brazo a torcer y la furia me hizo perder los nervios. —miró el mar—Ahora será feliz. Es libre. Libre de mí y de todo lo que me rodea. Sólo la hice sufrir. No recuerdo escucharla reír ni una sola vez desde que la conocí.

—¿Tomaríais otra decisión y volveríais atrás? Si tuvierais otra oportunidad...

—Eso es algo que ya no importa.

—Sí que importa. ¡Demuestra que os arrepentís!

—Me arrepiento cada minuto de cada maldito día— apretó los puños —Si pudiera... —se tapó los ojos con la mano—Déjame solo.

Clyde dio un paso atrás viendo el dolor de su Laird y no supo la razón, simplemente dijo— Si estuviera viva...

—¡Déjame solo! —gritó fuera de sí—¡Mi esposa está muerta! ¡Yo la maté por mi maldito orgullo, así que déjame en paz!

—Está viva. Está muy mal herida, pero está viva.

Iver palideció cayendo de rodillas—Mientes. La vi morir. Yo la maté.

—No sé si sobrevivirá. Está muy mal y ...— se acercó a su Laird y este le agarró por el cuello con fuerza.

—Mientes. Dime que no...— vio su sufrimiento y Clyde asintió— ¿Está viva?

—He venido a buscar a Rose.

Su Laird le soltó lentamente y susurró—Corre a por ella.

Clyde se incorporó y salió corriendo mientras su Laird se quedaba allí de rodillas mirando el vacío. Le había dado su permiso para llamar a Rose, así que corrió hasta su casa y llamó a la puerta con fuerza. —¡Ya voy!

—¡Date prisa, mujer! ¡Fenella te necesita!

La mujer abrió la puerta en camisón pálido como la muerte— ¡No me gusta que bromeen con los muertos, Clyde Wallace!

—¡Está en mi casa y muy malherida! ¡Coge tus hierbas y date prisa mientras ensillo un caballo!

—¡Dios mío, hablas en serio! — salió corriendo de la casa sin vestirse siquiera y Clyde gimió cuando la escuchó gritar mientras iba hacia el castillo— ¡Está viva! ¡Fenella está viva!

Los vecinos asombrados fueron saliendo de sus casas y se preguntaron los unos a los otros si habían oído bien.

—¿La muchacha está viva? — le preguntó una anciana atónita. Él asintió porque se enterarían antes o después y la mujer gritó—¡Un milagro! ¡Un milagro!

—¡Mujer, está al borde de la muerte!

—Pero está viva.

Puso los ojos en blanco antes de gritarle a un chico—¡Vete a ensillar un caballo para la curandera y date prisa!

Del castillo salieron la madre del Laird corriendo hacia él con su hija detrás. Sólo llevaban sobre el camisón un chal de lana, pero parecía que no les importaba ir medio desnudas.

Meribeth llegó hasta él sin aliento—¿Está viva?

—La encontramos sobre unas rocas.

—Si la trasladamos...

—No creo que lo soportara.

Sima asintió y gritó —¡Traer unos caballos!

—¿Qué necesita?

—De todo. No tenemos nada para curarla.

—Gracias. —dijo Meribeth emocionada cogiéndole la mano— Gracias.

Clyde se sonrojó y retiró la mano—No iba a decir nada. Iba a pedir ayuda a Rose, pero no pensaba delatarla.

Meribeth asintió— Lo entiendo, pero te juro por lo más sagrado que estará a salvo.

—Ya me he dado cuenta. — volvió la vista hasta el acantilado y todos vieron como el Laird se acercaba rápidamente. Parecía que había renovado las fuerzas y gritó —¡Poneos en marcha!

Todos murmuraban que era un milagro y el Laird gritó llamando a Leathan. —¿Dónde está?

Su amigo salió de una de las cabañas limpiándose las legañas — ¿Qué ocurre? ¿Qué es tanto escándalo?

—¡Prepárate para partir! ¡Mi esposa está viva!

Rose salió del castillo con una cesta en la mano mientras tras ella dos mujeres llevaban más cosas todavía.

—¡Moveos! — gritó el Laird haciendo que todos salieran corriendo.

Mitchell llegó corriendo—¿Me encargo del clan?

—Sí.

—No, Laird— dijo Clyde al ver sus intenciones. — Tú no vienes.

Todos se quedaron de piedra y su Laird apretó los puños antes de sisear— ¿Me estás negando la entrada en tu casa?

—Debes entender que verte no sería beneficioso para ella. Sólo vendrán las mujeres que es lo que necesita. No quiero que se ponga nerviosa pensando que ...

Mitchell sacó su espada y se la puso en la nuez siseando— Repite eso.

—¡No, Mitchell! — ordenó Iver muy tenso—Tiene razón. Pero iré y me quedaré fuera. Ella no sabrá que estoy allí. — miró a Clyde— ¿Estás de acuerdo?

—Si me juráis que no os verá mientras esté en mi casa...

—Lo juro. Lo juro por mi vida.

En cuanto todo estuvo preparado los seis iniciaron el camino y cabalgaron hasta la cabaña que no estaba muy alejada. Ygraine que salió de la casa a toda prisa, se llevó una mano al cuello al ver a su Laird desmontar.

—No. ¡No! —miró a su hijo—¿Qué has hecho?

—No entrará en la casa, madre. Ella no sabrá que está aquí.

Rose desmontó con ayuda de Leathan, mientras Sima corría hacia la puerta sin esperar a nadie. Meribeth ayudó a desatar la cesta del caballo y cuando su hija salió con los ojos llenos de lágrimas palideció— Madre...

—Tranquila, hija.

Iver se llevó las manos a la cabeza y fuera de sí preguntó—¿Está consciente?

—¡No, Laird!

Apartó a Clyde y fue hasta la casa. Sima se apartó para dejar pasar a su hermano, que la vio tumbada en el suelo sobre un fino jergón ante el suelo. Se acercó sin hacer ruido y la vio boca arriba. Tenía la cara hinchada y una herida en la frente. Uno de sus párpados estaba muy morado y tenía roto el labio inferior. Levantó la tosca manta que la cubría suavemente y vio que todo su cuerpo estaba cubierto de golpes, pero sus piernas eran lo peor. Totalmente

moradas se veía como una de ellas estaba rota. Rose se puso tras él y jadeó horrorizada. Iver cerró los ojos y susurró—¿Se salvará?

—Laird...

—Dime que se salvará— suplicó torturado.

—Haré todo lo posible por ella. Es lo único que puedo decir, mi Laird.

Se incorporó lentamente y derrotado salió de la casa. Su amigo vio cómo se alejaba sentándose en el suelo apoyando la espalda en un enorme troco. Leathan miró a Clyde—Está muy mal, ¿verdad?

—Mucho. Nunca había visto nada igual. Y lo que más me ha sorprendido es que se ha despertado y hablado normalmente como si no sintiera nada, cuando tiene que estar al borde de la muerte.

—Nunca he rezado, ni creo en nada de eso que dice el sacerdote cuando aparece por el clan, pero rezaré para que sobreviva. Mi Laird necesita que viva.

—No se quedará en el clan. — le advirtió muy serio— Y yo la apoyaré para que llegue a los suyos.

Leathan asintió— Espero que sobreviva. Lo que ocurra después, ya se verá.

Capítulo 8

Rose apartó del todo la manta mientras que las demás la rodeaban queriendo ayudar— Mi Dios, cómo puede ser que esté viva — dijo emocionada al ver sus piernas.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Ha comido algo? — le preguntó a Ygraine.

—Un poco de caldo y le he dado de beber cuando no podía. Mucho se salía, pero sé que algo ha bebido.

—Debemos enderezar esa pierna o la perderá.

—Está muy hinchada. —susurró Sima impresionada.

—Debo sajar para quitar la presión de las dos piernas.

Sima susurró—¿Se desangrará?

—No lo sé. Es un riesgo que tenemos que correr. —miró a Ygraine— ¿Ha sangrado por algún sitio?

—Desde que está aquí no.

—Necesito un cuchillo muy fino y afilado.

Cuando pasó el cuchillo por el fuego se arrodilló ante sus piernas y colocó la punta del cuchillo en la zona más hinchada y amoratada. La piel estaba tan tirante que en cuando pinchó, la sangre salió disparada manchándolas a todas. Meribeth colocó un pedazo de lino sobre la pierna y en ese momento Fenella se despertó. Al verla a su lado sus ojos se llenaron de lágrimas— Has venido.

—Sí, mi niña. Y no me iré hasta que estés bien. ¿Me has oído?
— preguntó reprimiendo las lágrimas.

—Pero Iver...— asustada se volvió hacia Sima— ¿Lo sabe?

Sima se apretó las manos y Fenella gritó desgarrada sabiendo que no la dejaría irse.

Los hombres se tensaron fuera escuchando sus gritos de terror y su marido quiso entrar, pero Clyde y Leathan se lo impidieron. — ¡Grita por ti! ¡Escucha a tu esposa por una vez! — gritó Leathan viendo la palidez de su amigo.

—Necesito hablar con ella ...Si muere...

—Lo juraste, mi Laird. Mientras este en mi casa no puedes entrar y si no cumples tu juramento, me veré obligado a protegerla a pesar de ti.

—Iver, aléjate.

Desesperado se apartó y caminó de un lado a otro mientras las mujeres intentaban calmarla.

—¡No le verás! — gritó Meribeth desesperada al ver que lloraba sin consuelo—¡No entrará! ¡No le verás más!

—¡No! ¡No! ¡Me hará daño de nuevo!

—¡No te tocará! ¡No te tocará más! Cálmate, mi niña. — Meribeth se echó a llorar al ver que no conseguía calmarla y Rose se acercó con un frasquito en la mano— ¿Qué le vas a dar?

—Algo que la duerma. Sujétale la cabeza.

Al tener la respiración agitada y llorar sin control se atragantó dejando caer la mitad de lo que tomaba. Asustada Rose dijo— Eso es un problema, porque no creo que la duerma del todo para enderezar la pierna.

—Pues dale más—dijo Sima muy nerviosa.

—¡Si le diera más puede que se me vaya la mano y la mate!

—Rose sabe lo que tiene que hacer— Meribeth apartó los rizos de la frente sudorosa de Fenella.

—Voy a pinchar la otra pierna. Sujetarla.

Cuando estuvo más tranquila ni se movió cuando le pincho la otra pierna de la que salió mucha menos sangre. Rose la miró a la cara— ¿Te ha dolido?

—Lo demás duele mucho más. —susurró mirando el techo.

—Ahora te dolerá mucho, cielo— dijo Rose preocupada. — Y necesito que entre uno de los hombres pues tienen más fuerza que yo.

—Llamaré a mi hijo— dijo Ygraine— Es muy fuerte.

Rose asintió levantando el lino de la pierna quebrada que estaba empapado de sangre—Eso es...— susurró sonriendo satisfecha— La sangre tiene buen color.

—¿Eso es bueno? — preguntó Sima pasándole un paño húmedo a su madre.

—Mucho.

Ygraine salió al exterior y miró únicamente a su hijo—Hay que enderezarle la pierna. Entra a ayudar.

—Madre, nunca lo he hecho— dijo muy tenso antes de mirar a Leathan— ¿Tú puedes hacerlo?

—No quiero ser responsable de que se quede coja si sobrevive. No podría soportar verla después de todo lo que ha pasado.

—Lo haré yo— dijo el Laird pálido como la muerte—Es culpa mía que esté así y yo lo he hecho antes.

—Es cierto, se la enderezó a uno de nuestros hombres el año pasado cuando se cayó de un árbol. —dijo Leathan intentando apoyarle.

Ygraine negó con la cabeza— No puedo consentir que entres. No quiere verte.

—¡No quiere verte y lo has jurado!

—Pregúntale a mi esposa— siseó apartando a Clyde—Lo único que hago es romper juramentos.

Entró en la casa y todas se quedaron mudas al ver como se acercaba a su esposa. Meribeth le tapó la cara con el paño húmedo y Fenella gimió— Es bueno para la hinchazón de la cara mi niña. Déjatelo puesto un rato.

Fenella suspiró mientras su marido se arrodillaba ante su pierna y Rose mordiendo el labio inferior miró a Sima que asintió— Fenella, no mires. Esto es algo desagradable y no queremos que te desmayes. Además, puede doler un poco.

Vieron como tomaba aire—Estoy preparada.

Iver cogió su tobillo hinchado y Rose la sujetó del muslo con fuerza antes de que su marido de un golpe seco le enderezara la fractura. Fenella gritó arqueando la espalda y su marido la soltó apretando los labios angustiados al oír como lloraba bajo el paño que cubría su cara.

—¡Ya está! Ya está, mi niña— susurró Meribeth tiernamente como si fuera su madre sin dejar de acariciar su cabello—Ya ha pasado lo peor y en unos días estarás bien.

Ygraine le hizo un gesto al Laird para que se fuera y en silencio se levantó saliendo de la casa. Las mujeres suspirando de alivio.

Rose le entablilló la pierna y tardó un par de horas en curar sus heridas y en comprobar que no tuviera más huesos rotos. Fue meticulosa y cuando terminó, ordenó que se le diera de comer a la enferma antes de salir de la cabaña.

Su Laird se acercó de inmediato seguido de su amigo—¿Cómo está?

—No sé qué decir. Si te digo la verdad es que no sé si tiene algo roto por dentro, pues ya has visto el estado de su cuerpo, pero no sangra por ningún sitio y lleva unos días aquí, así que es buena señal. Cuando habla es coherente. Sabe lo que ocurre y no tiene heridas en la cabeza de importancia.

—¿Qué debemos hacer?

—Debe descansar y estar cómoda. Alimentarse. Si no hay novedades como que se le ennegrezca la pierna o alguna otra parte de su cuerpo, se repondrá.

—Pero si eso ocurre...

—Si eso ocurre, morirá en un día como mucho.

Iver asintió —Gracias.

Vio cómo se volvía y regresaba al tronco para sentarse de nuevo.
— ¿Qué debemos hacer? — preguntó Leathan—¿Necesitas algo?

—No— se quedaron mirando al Laird —Lo único que necesito es que le alejes de ella.

—No rebases la línea, mujer. Es su esposa y puede acercarse a ella cuando quiera.

Rose le miró fríamente— Recuerda tus palabras cuando necesites mis hierbas, guerrero.

Él entrecerró los ojos viéndola entrar en la casa y Clyde se echó a reír al ver su cara— ¿A quién se le ocurre amenazar a quien te curará en el futuro? Hay que ser idiota.

Leathan se tiró sobre él y Clyde se apartó con agilidad cogiéndolo por el brazo y girándolo sobre sí mismo para caer al suelo de espaldas. Leathan gimió desde el suelo y Clyde le miró desde arriba — Tranquilo, guerrero. Debes aprender a encajar los golpes.

—Eres un guerrero. — dijo sorprendido desde el suelo.

—No, ya no lo soy. Me crié como tú, pero hay cosas que te cambian la vida.

—¿Cómo qué?

—Como la muerte de mi esposa y el asesinato de mi padre— alargó la mano y le levantó.

—No te recuerdo cuando era niño.

—Tengo cuarenta y seis años. Y hace veinte que me fui. Vosotros erais unos niños.

—¿Por qué te fuiste? — preguntó su Laird mirándole fijamente— ¿Qué ocurrió? Nunca lo supe.

—No lo sabe nadie. Ni mi madre lo sabe y ya han pasado muchos años. Ahora ya no tiene importancia.

—Puede que no. —su Laird miró a su alrededor. Era un lugar tranquilo alejado de todo y deseó vivir así. No tener que pensar en clanes, ni en guerras y únicamente vivir allí con su esposa. Pero nada de eso sería posible porque era el Laird de su clan y nunca se libraría de esa carga. Había nacido para dirigir a su pueblo y era una carga que debía asumir de por vida, como había hecho su padre, hasta que las fuerzas le abandonaran.

Sima salió de la cabaña y Leathan se acercó a ella de inmediato preguntándole algo en voz baja. Ella asintió antes de sonreír

mirándole a los ojos y al ver lo enamorada que estaba su hermana de su amigo, apartó la mirada sin poder evitarlo.

Perspicaz Clyde observó a su Laird— Deberíamos ir a cazar algo para que coma tu esposa. Algo fresco.

El Laird se levantó de inmediato y fue hasta su caballo— Vuelvo en una hora.

—¡Iver! — Leathan corrió hacia él—¿A dónde vas?

—A cazar. Quédate aquí y no te muevas.

Vieron como partía a galope y Clyde se acercó a Leathan— ¿Cuándo se dio cuenta que se había enamorada de su esposa?

Leathan le miró asombrado— La amó desde el mismo momento en que posó sus ojos en ella. Pero es demasiado cabezota para demostrarlo.

—¿Por eso fue en su busca? — preguntó Sima asombrada— Yo pensaba que quería vengarse. Que quería saber si nos amenazaban.

—Por supuesto yo no lo sabía en su momento. Me di cuenta de lo que sentía por ella cuando la llevó a sus habitaciones sin saber realmente lo que había ocurrido. Lo vi en sus ojos. Estaba buscando una excusa para retenerla. Ni siquiera pidió un rescate por ella, sino que la obligó a casarse.

—Pero la despenó. — su hermana no entendía nada.

—Fue su orgullo herido el que actuó— dijo Clyde— Como Laird no podía consentir que su propia esposa le insultara e hizo lo que se esperaba de él.

—Dios mío, qué horror.

—Pero no puede soportar la carga. — dijo Clyde mirando el sitio por donde su Laird había desaparecido— Y es algo que no se borrará de su mente jamás.

Leathan abrazó a Sima y la besó en la sien— Vuelve dentro. Estás en camisón.

Sima se sonrojó mirando hacia abajo— Oh, con las prisas...

—No pasa nada. Vuelve y ponte el chal.

Cuando Sima entró en la casa vio a su madre sentada en el suelo al lado de Fenella susurrándole palabras de cariño como había hecho

con ella cuando era pequeña y tenía una pesadilla—¿Se ha dormido?

—Sí. Ahora descansará.

—¿Sabías que la amaba?

Meribeth apartó la mirada—Lo supe cuando le conté lo del beso de Leathan. No pudo evitar sus celos.

Se sentó a su lado—Es horrible lo que ha hecho. —Su madre la miró sorprendida— Es más horrible aún que si no la hubiera amado. Matar a la persona que amas por orgullo. Por aparentar ante tu clan.

—Es el Laird y no puede mostrar debilidad. Si lo hiciera todos moriríamos porque los clanes rivales nos atacarían. Si tu esposa te ridiculiza en público y en privado...— tomó aire negando con la cabeza mientras miraba a Fenella— Le dije que intentara olvidar a su clan, le dije que ...

—¡Madre! No puedes echarle la culpa a ella de lo que ha pasado. ¡Ella no he hecho nada!

—Sí que ha hecho, hija. Sabía que le estaba provocando. Le había echado de su propia cama y yo oí lo que le dijo. Estaba dolido y cuando insultó a los McDougal, reaccionó de la peor manera posible. Podía haberla castigado en público, pero decidió darle una lección para que se retractara. No midió las consecuencias de sus actos y la acercó al acantilado esperando que ella se disculpara. Y no lo hizo. Vi su cara de sorpresa cuando ella dijo su nombre. Vi el dolor de sus ojos cuando la empujaba y como gritó desgarrado al verla caer. Tú te fuiste corriendo, pero él se quedó allí hasta que amaneció mirando el mar. Como si esperara que todo hubiera sido una pesadilla y que Fenella apareciera en cualquier momento. Vi como sus amigos intentaban apartarle de allí y como él llegó a pegarse con Mitchell gritando que ella volvería. — sonrió con tristeza —Y ha vuelto. Puede que sus plegarias hayan sido escuchadas. Puede que el señor le haya dado algo de alivio a su alma torturada. Pero mi hijo debe saber que ella jamás le amará. Jamás le perdonará, porque a su lado sólo ha tenido sufrimiento.

Una lágrima cayó por la mejilla de Fenella. Que hubiera escuchado lo que ellas creían que había pasado no la hacía cambiar

de opinión, pero algo del dolor de su corazón se alivió sin darse cuenta. No quería volver a verle jamás. Volvería a su clan. Estaba deseando ver a su hermano y a Tamsin. Y sería feliz, lo sería.

Unas horas después la despertaron para alimentarla. Meribeth la sujetaba con cuidado mientras que Sima le daba una deliciosa cucharada de cocido de liebre. — Está buenísimo.

—Tu marido ha ido a cazar para ti. — dijo Sima sin darle importancia.

—¿No me digas? No quiero más.

—¡Comerás! Es lo menos que debes hacer después de todo el esfuerzo que estamos haciendo para salvarte la vida— enfurruñada le acercó la cuchara a la boca —Mira que le llamo. —abrió la boca de inmediato y Sima sonrió de oreja a oreja metiéndole la cuchara en la boca.

—No te aproveches de ella, Sima. No puede defenderse. —dijo Meribeth divertida.

—Esta vez te romperé la nariz.

—Me pillaste desprevenida. No te daré otra oportunidad.

Sima acercó la cuchara y ella le cogió la mano mordiéndola en el antebrazo—¡Ay!

—Suerte tienes de que no te he dejado marca.

Sima se echó a reír a carcajadas y los hombres la escucharon desde fuera. Leathan le entregó un cuenco de comida a su Laird sentándose a su lado—Sima se está riendo. Eso es bueno.

Iver cogió el cuenco sin comentar nada y se puso a comer en silencio. Su amigo se sentó a su lado y suspiró—Si se recupera...

—Si se recupera, volverá con su clan. Era lo que quería y no creo que haya cambiado de opinión después de lo que ha ocurrido.

—Me imagino que no.

—Voy a ir hasta el clan McGregor.

Su amigo le miró asombrado— No hagas locuras, Iver.

—Deben saber que está viva.

—Primero hay que esperar a ver si sobrevive, Laird. No nos precipitemos.

Iver le fulminó con la mirada—Se va a recuperar. Si ha sobrevivido a lo que le he hecho tiene que haber una razón.

—Sí, por supuesto.

Decidió mantenerse callado, pero después de unos minutos dejó el cuenco a un lado—Lo mejor es dejarla en la frontera entre los clanes y que vean que está viva por sí mismos. Se llevarán una alegría enorme y no se pondrá a nadie en riesgo.

—Tiene la pierna rota. Tardará mucho tiempo en estar bien para que pueda caminar. Además, no puedo dejar que su hermano siga pensando que está muerta.

—¿Y a ti que más te da lo que piense un McGregor?

Iver tomó aire— Me importa muy poco, pero será ella la que en cuanto sea consciente de todo, la que quiera que se les diga que está viva.

Sima salió en ese momento y se apretó las manos antes de acercarse—¿Qué ocurre? — Iver se levantó de golpe—Está peor.

—No, no. Esta igual más o menos. Pero me ha dicho que quiere ver a su hermano. Tiene miedo de no verlo antes de morir...

Iver juró por lo bajo dándose la vuelta y sin decir una palabra fue hasta su caballo.

— ¡Un momento! — Leathan corrió hacia él y le cogió por el brazo. —Tengo una idea.

—Escúchale, Iver. Si te apresan a ti, ¿qué íbamos a hacer nosotros?

—Está Douglas.

—¡Te van a prender y no servirá para nada! —gritó Sima nerviosa —Sólo les estarás entregando la vida.

—Si quiere ver a su hermano debo ir.

—Podemos esperar a que nos ataquen de nuevo. Dejamos a uno vivo y que se lo diga él.

Iver entrecerró los ojos— ¿Y si se demoran? Han perdido a muchos hombres durante estos días.

—Lo han intentado todos los días durante esta semana. ¿Crees que Uther McGregor se dará por vencido?

El Laird se dio la vuelta pensando en ello. —No puedo esperar tanto. ¿Y si no sobrevive?

Clyde que había escuchado la conversación carraspeó haciendo que todos le miraran— Se me acaba de ocurrir una idea para llevar la noticia al otro clan. ¿Vuestro mejor arquero?

—¿Y qué les vas a enviar? ¿Un mensaje? ¡Nadie sabe leer ni escribir en el contorno, excepto el sacerdote! Y no aparecerá por aquí hasta el invierno para llenarse la barriga.

Clyde sonrió— Tenemos algo mejor que un mensaje.

Un caballo se acercó a toda prisa a la aldea de los McGregor y al llegar hasta la casa del Laird el guerrero saltó del caballo llevando en la mano la bolsita que los Wallace habían clavado en un árbol a pocos centímetros de su nuca. Tevin corrió dentro de la casa y gritó —¡Está viva!

Jane sentada ante el fuego le miró sorprendida—¿Quién está viva?

—¿Dónde está el Laird?

—Se acaba de acostar. ¿Sabes lo tarde que es?

—¡Fenella está viva! — abrió la bolsita y sacó un puñado de sus rizos rojos. —¡Es su cabello lo sé!

Jane palideció— ¡Hasta donde van a llegar estos salvajes! ¡Le han cortado el cabello a su cadáver!

—La tiró por el acantilado. Si estuviera muerta...

—¡Habrán encontrado su cadáver! ¡No pienso despertar al Laird para que sufra más por la muerte de su hija mayor! — se levantó de la silla y le dio la espalda para ir hacia las escaleras. —¡Y te ordeno que no se lo cuentes!

Tevin apretó los labios y furioso salió de la casa del Laird. Con grandes zancadas se acercó hasta la casa de Lyall y llamó con fuerza.

—¡Lyall abre! ¡Tengo algo importante para ti!

La puerta se abrió de golpe y Tamsin salió en camión—¿Dónde está tu marido?

—Está demasiado borracho para escuchar tus gritos. ¿Qué ocurre?

Le entregó la bolsita de cuero y Tamsin sacó el mechón de cabello de él. Palideció al verlo—¿Está viva?

—No lo sé. Pero nadie sería capaz de cortarle el cabello a un cadáver. Su espíritu les perseguiría de por vida.

Ella le miró a los ojos— Voy a vestirme. Me llevarás a donde lo has encontrado.

—Pero si despertamos a ...

—¡Iré yo! ¡Es más seguro para el clan que vaya una mujer! No pienso dejar que mi marido arriesgue la vida y los dos sabemos que irá él. Espérame aquí.

Tevin, aunque no estaba de acuerdo, la llevó hasta donde habían lanzado la flecha cerca del río intentando convencerla que aquello no era buena idea. Tamsin se bajó del caballo y a pesar de ser de noche vio la flecha en el suelo. Se agachó y miró hacia el bosque. Decidida caminó hacia allí y gritó—¿Está viva? ¡Decirme si está viva!

—Tamsin, ¿estás loca? ¡No te van a contestar!

—¡Sí! — dijeron varias voces alejadas desde el otro lado.

A Tamsin se le cortó el aliento y corrió hacia el río, atravesándolo sin importar que sus botas se mojaran. Corrió desesperada por ver a su amiga.

—¡Tamsin vuelve!

—¡Quiero verla! — gritó sin dejar de correr.

—¡Te van a matar! —corrió tras ella, pero cuando vio que su cuerpo desaparecía entrando en el bosque, cerró los ojos deteniéndose. Tomando aire tiró su espada al suelo antes de entrar en el bosque tras ella.

Se acercó a su amiga a toda prisa. Tamsin se había detenido intentando ver algo. Sabía que estaban allí. —¡Estás loca! ¡Nos van a matar!

De repente de los árboles cayeron varios guerreros a su alrededor sobresaltándolos Y Tevin cogió a Tamsin colocándola tras él. Uno de los hombres con una espada en la mano le miró—Tú no eres Lyall McGregor.

—No.

—¿Quiénes sois? — levantó la espada y se la puso bajo la barbilla — ¡Contesta que estoy perdiendo la paciencia! ¡Vuestro clan no debe tener mucho interés por ella! ¡Llevamos aquí horas!

—¡Sí quiero verla! — gritó Tamsin rodeando a Tevin— Es mi hermana.

—No tiene hermanas mayores— los hombres se apartaron para mostrar al mismísimo Iver Wallace— Mi esposa no tiene ...

Tamsin gritó antes de lanzarse sobre él e intentar arañarle la cara mientras lloraba histérica.

Tevin la cogió por la cintura apartándola —Discúlpela Laird, está muy afectada por todo lo que ha pasado.

—¿Quién eres? — preguntó fríamente.

—Tevin y ella es Tamsin, la esposa de Lyall.

—¡Asesino! — gritó desgarrada—¡Es la mejor persona del clan! ¿Cómo le pudiste hacer algo así?

—¡Cierra la boca, mujer! — gritó uno de los guerreros, pero Iver levantó la mano acallándolo.

—Mitchell, ahora no.—miró a Tamsin a los ojos—Sólo tú la verás y le comunicarás a su hermano que quiere verle. ¿Lo has entendido?

—Sí, Laird— dijo con desprecio—¿También queréis matar a mi marido?

—Tu marido no sufrirá daño mientras siga las reglas...—dio un paso hacia ella—Y las reglas son simples. Viene, la ve y se va. Sin armas, ni escándalos que la alteren, ¿me entiendes?

Tamsin asintió— ¿Por qué haces esto?

—No tengo que darte explicaciones, mujer. ¿Sí o no?

—Sí— dijo con rabia.

Mitchell la cogió por el brazo tirando de ella, mientras que Tevin se quedaba rodeado de los hombres, que seguían con las espadas

en alto.

La subieron al caballo y el Laird esperó sobre el suyo a que su hombre se sentara tras ella. Tamsin miró al Laird con odio, pero se mordió la lengua porque lo único que le interesaba en ese momento era ver a Fenella.

El hombre del Laird le susurró al oído—Mantente en silencio.

—¡Eso pensaba hacer! Porque si no os diría que sois unos cerdos.

—¡Cierra la boca!

El Laird para su sorpresa sonrió—¿Sois amigas?

—¡Sí! ¡Desde pequeñas! ¡La conozco mejor que nadie! ¡Ni su hermano la conoce como yo!

—No lo dudo. —la miró de reojo—¿Tenía un hombre en tu clan? Iba a casarse o...

—¡Tenía a todos los hombres solteros detrás suyo! —sonrió nostálgica— Y los rechazaba continuamente.

—¿Y su padre lo consentía? Ya tiene edad de estar casada.

Tamsin levantó la barbilla —No podía obligarla. Se lo juró a su madre antes de morir. Ella había podido elegir y quería que su hija hiciera lo mismo. Que se casara por amor.

—¿Y con quién se iba a casar si no quería a ninguno? —preguntó Mitchell extrañado— No lo entiendo.

—Es porque eres estúpido.

—Mujer...

—¡Silencio! — el Laird azuzó el caballo y llegaron a un claro que cruzaron para volver a entrar en el bosque. Se detuvo al llegar a una casita.

—¿Qué hacemos aquí?

—No se la puede trasladar. — Tamsin palideció al escuchar al Laird—Ahora estará dormida. No la sobresaltes.

Tamsin asintió bajándose del caballo sin ayuda. Al ver que ninguno de los dos entraba, se volvió en la puerta— ¿No entráis?

—No.— el Laird desvió la mirada y bajó de su caballo— No quiero incomodarla.

Entrecerró los ojos, pero no se detuvo a pensarlo. Entró en la cabaña y vio a varias mujeres sentadas alrededor del fuego. Fueron los pies amoratados de Fenella lo que le hizo darse cuenta que las mujeres la rodeaban. Apurada fue hasta ella mientras una de las mujeres se levantaba—¿Eres Tamsin?

Ella no contestó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas viendo a su querida amiga llena de morados.

Se dejó caer al suelo de rodillas y apartó su cabello con delicadeza—No pasa nada— susurró. — En cuanto te repongas, te sacaré de aquí. Ni mil Wallace me lo impedirán. —una lágrima cayó sobre su mejilla cuando se acercó para besarla en la frente. Cuando se separó vio que Fenella tenía los ojos abiertos y sonrió.

—¿Estás aquí?

—Sí— cogió su mano y la besó— Estoy aquí. Vendré con Lyall y te llevaremos a casa.

—Sí, quiero morir en casa.

Las mujeres se miraron y Rose susurró— No te vas a morir, Fenella.

—Sí, él terminará matándome.

Meribeth se llevó la mano al cuello intentando no llorar y Rose se acercó a toda prisa para tocar la frente de Fenella—Tiene fiebre.

—¡Dale algo! — chilló Sima poniéndose nerviosa.

—La infección avanza. Igual el sangrado no le ha ido bien. — Rose las miró angustiada— Ya no puedo hacer nada.

—¡El arbusto! — dijo Tamsin sorprendiéndolas— Tenéis un arbusto en el acantilado que cura las fiebres. ¿Lo habéis probado?

—¿Un arbusto? — Rose la miró extrañada —Nunca he oído hablar de él.

—¡Por eso Fenella entró en vuestras tierras!

—Válgame Dios. Era cierto.

—Sé que está en los acantilados. Tiene las raíces rojas.

—Sí...— susurró Fenella— El arbusto. Él sabía que había venido por él, pero me obligo a casarme.

Meribeth palideció— ¿Qué dices?

—En mi aldea había unas fiebres y enfermé. Ella vino hasta aquí para conseguir las raíces que nos salvaran la vida. Por eso se arriesgó. — miró a un lado y al otro—¿No lo sabíais? ¿Qué creíais que iba a hacer una mujer sola en un clan enemigo?

Meribeth se levantó lentamente y caminó fuera de la cabaña. Su hijo al ver su expresión se acercó rápidamente—¿Qué ocurre? ¿Ha muerto?

Su madre le arreó un bofetón que le volvió la cara y Mitchell se tensó.

— ¡Lo sabías! ¡Sabías que había venido a buscar unas raíces para salvar a su pueblo y aun así la obligaste a casarse contigo!

Iver se tensó— Sí, lo sabía. Pero el mal ya estaba hecho.

—¡Sí! ¡Ya la habías forzado! Pero no es lo mismo, ¿no crees?

—Joder. — susurró Mitchell pasándose la mano por su nuca— Laird...

—¡El mal ya estaba hecho! — gritó alterándose— ¡Y el resultado hubiera sido el mismo! ¡Daba igual la razón por la que llegó aquí!

—¿Cómo pretendías que una mujer que ha venido hasta aquí para salvar a su pueblo arriesgando su vida, renunciara a su clan por un hombre que sólo le ha causado dolor? —Iver palideció— ¡Tu maldito orgullo le ha destrozado la vida! Ya no te reconozco.

—¿Está bien? ¿La ha visto? — miró hacia la puerta.

—Tiene fiebre y Rose ya no puede hacer nada por ella.

Iver se llevó las manos a la cabeza y se volvió desesperado. Su madre reprimió las lágrimas al ver su dolor, sin poder entender como un hombre que amaba tanto a otra persona era capaz de hacerle tanto daño— Mitchell, llévate. No lo quiero cerca de ella. Que al menos muera en paz.

Iver gritó desgarrado y las mujeres se levantaron asustadas mientras Meribeth entraba en la casa de nuevo. —¿Qué ocurre?

Ella levantó la vista hacia ellas— Fenella morirá esta noche.

Capítulo 9

Dos años después

Se echó a reír viendo como Duncan intentaba coger uno de sus rizos para ponerse en pie. — ¡Auchh! — protestó sobresaltándolo y haciéndolo caer de nuevo sobre su trasero en la hierba. Abrió los ojos como platos viendo como su sobrino acercaba la manita algo asustado y volvía a coger el mechón para intentar levantarse de nuevo—Eres muy malo. No puedes tirarle a la tía del cabello. Crecerá mucho más y me llegará hasta los pies.

Como si la entendiera la miró con su boquita abierta y sus preciosos ojos azules enormes. — Sí, hasta los pies.

—Hablando de pies. ¿No deberías estar dando tu paseo diario? Ya sabes que Vika y Nessie dicen que deberías caminar todos los días. —preguntó Tamsin divertida.

Acarició un mechón rubio que le caía a Duncan en la frente— No creo que mi pierna mejore más.

—Ya sabes que te ha dicho que debes caminar mucho más para que esa ligera cojera que tienes cuando estás cansada se quite— cogió a Duncan en brazos y la miró muy seria—A caminar.

—Han pasado dos años— al recordar lo que sucedió su mirada se oscureció y su amiga se dio cuenta— ¡No va a mejorar más!

—Por intentarlo no pierdes nada y hoy hace un día precioso. ¡Muévete!

Vio cómo se alejaba hacia la casa y Fenella miró a su alrededor. La vida continuaba en la aldea. La vida de todos, excepto la suya. Su

hermano había tenido un hijo y esperaba otro, Tevin se había casado y esperaba el primero, pero ella seguía igual.

Se levantó y caminó alejándose de la aldea. Esos pensamientos cada vez los tenía más a menudo y la torturaban cada vez más. Era la esposa de Iver ante los ojos de Dios y ya no podría casarse con otro hasta que él falleciera. Lo que suponía que pasaría sola el resto de su vida, porque según las últimas noticias que le había contado Vika cuando había pasado por allí un vendedor de telas, el Laird de los Wallace tenía una salud de hierro. Vivía como una viuda sin serlo y se secaría por dentro poco a poco sin saber lo que era tener un hijo. Además, que su marido no supiera ni que existía, la ponía de los nervios imaginando sus correrías con esas zorras Wallace. Últimamente pensaba mucho en sus pocos momentos juntos y en la vez que hicieron el amor. Deseaba tanto que alguien la besara de nuevo. Apretó los puños diciéndose a sí misma que era una mentirosa. Deseaba que él la besara de nuevo. Deseaba sentir su piel pegada a la suya y deseaba que sus manos la tocaran como aquella vez. Deseaba oír su risa y su voz. Soñaba todas las noches con él, con sus ojos y desgraciadamente la parte negativa de su estancia en el clan no formaba parte de ellos. Se estaba volviendo loca y se maldecía una y otra vez por haberle conocido. Por no haber tenido más cuidado mientras recogía las plantas, por no decirle desde un primer momento la razón por la que estaba allí, por haberle provocado el día que los McDougal fueron de visita... Eran tantas las cosas que hubiera hecho distintas que se preguntaba si a él le pasaba lo mismo o si le daba igual que estuviera muerta.

Todavía recordaba como la habían trasladado en plena noche después que Meribeth dijera esas palabras. Se había acercado a ella y miró sus ojos febriles antes de decir—Si no te vas ahora, si no cree que has muerto, nunca te irás del clan. La decisión es tuya. ¿Quieres irte esta noche?

—Sí— respondió sin dudar.

—¡Arriesgará la vida! — dijo Rose indignada.

—No importa— susurró cerrando los ojos —Quiero morir en mi clan.

—Te aseguro que si quieres irte esta noche, daré la vida por conseguirlo—dijo Tamsin arrojándola.

—No será necesario. — Meribeth se volvió hacia Ygraine y le dijo —Dile a tu hijo que vaya por un carro a la aldea y que lo traiga de inmediato.

A partir de ahí fue sencillo. La amortajaron con una tela de lino blanco y la madre del Laird salió de la casa. Los gritos de Iver llamándola le pusieron los pelos de punta, pero no se movió mientras la sacaban de la casa y la colocaban en la parte de atrás del carro. Él intentó acercarse a su cuerpo, pero su hermana le gritó que respetara a los muertos. Meribeth los acompañó en el carro hasta donde estaban los hombres con Tevin y les dijo— Ha muerto y la llevan a enterrarla a su clan. Tenemos permiso del Laird.

Los hombres se apartaron y dejaron pasar a Tevin que se había subido al carro de inmediato mirándolos con odio—¡Ojalá os pudráis en el infierno, malditos Wallace!

—Seguro que alguno de nosotros lo haremos. — dijo Meribeth con los ojos llenos de lágrimas.

En lo alto de la colina miró el valle sin verlo realmente. Los gritos de Iver la torturaban a menudo y a veces la despertaban en mitad de la noche. Para evitar que ocurriera lo mismo que le había pasado a Meribeth, nunca se mostraba en público si había invitados. Se encerraba en la casita que su hermano había construido para ella como si fuera una proscrita. Sólo salía de la aldea para caminar y jamás se acercaba a la frontera de los Wallace, sino que iba en dirección contraria y quedaban muchas millas para acercarse mínimamente a la frontera de los McDonald. Siempre paseaba sola y tanta soledad empezaba a hacer mella en ella. Su hermano y su cuñada se daban cuenta de lo que ocurría, pero no había solución, así que lo único que podían hacer era apoyarla.

Su padre seguía ignorándola. Todavía recordaba la primera vez que lo había visto después de todo lo que había ocurrido. Tamsin la

sacó al exterior para que le diera el fresco y el pasó ante su casa hablando con sus hombres. Se detuvo y la miró fríamente antes de decirle— ¿Ves todo lo que has logrado con tu actitud? Has logrado que murieran diecisiete de los nuestros por hacer las cosas como te viene en gana. —Tamsin jadeó indignada— No me des más problemas, hija. No seré tan benévolo la próxima vez.

Entonces se dio cuenta que su vida le importaba bien poco. Sólo había aprovechado la situación para atacar a sus enemigos con más ferocidad, pero no lo había conseguido y su regreso le había venido estupendamente para dar esa disputa por terminada antes de quedar totalmente en ridículo.

Un ruido tras ella la hizo sonreír porque la relación con sus hermanas era lo único que había cambiado. —Niñas, vuestra madre se va a enfadar como sepa que habéis abandonado la aldea sin su permiso. — se volvió para ver a Tira y a Liss escondidas tras un matorral y al haberlas pillado se echaron a reír— Hablo en serio, niñas.

Tira se acercó con descaro y la cogió de la mano, mientras que Liss riendo corría rodeándolas una y otra vez.

—Te vas a marear.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás dando tu paseo? —preguntó la pequeña sin dejar de girar.

—Sí y vosotras volvéis a casa.

Tira apretó su mano—Te acompañamos.

—No, es peligroso.

Las niñas perdieron la sonrisa porque sabían todo lo que había ocurrido—Por eso vamos contigo.

—Está bien, pero si Jane os castiga...—miró hacia el claro y vio que un jinete lo recorría a todo galope.

Se agacharon tirándose al suelo viéndole pasar —¿Crees que nos habrá visto? — preguntó Tira.

—¿Desde esa distancia? Lo dudo— dijo preocupada porque le había parecido que miraba hacia ellas— No tenía los colores de los Wallace.

—Era un McDonald— susurró Liss sin moverse— Vinieron el año pasado. Eran sus colores.

—Entonces no hay ningún problema. Regresemos a casa antes de que oscurezca y os perdáis la cena.

La cerveza corría en la fiesta de bienvenida e Iver palmeó la espalda de su primo sonriendo ampliamente— Así que te casas. Asistiremos a tu boda con mucho gusto, primo. Es una noticia estupenda.

—Madre está deseando veros.

—En un mes estaremos allí. — dijo Mitchell muy contento.

—¿Y quién se hará cargo del clan? — su primo bebió de su copa.

—Clyde se hará cargo mientras estamos ausentes— le señaló con la copa y Banner miró hacia allí.

—Le conozco. Era guerrero cuando éramos niños.

—Sí, se ha unido a nosotros al fallecer su madre. Es un hombre muy eficiente en su trabajo. No habrá problemas con él al mando.

Su primo vio como hablaba con Meribeth y sonrió —Parece que habrá boda en el futuro.

Iver gruñó haciendo reír a los demás antes de beber de su copa. Tomó aire y le miró—¿Cómo va todo por tu clan? ¿Algún problema?

—Hemos tenido algún rifirrafe con McGregor, pero nada de importancia. — golpeó la mesa con los ojos como platos— De camino hacia aquí me ha pasado algo que no sé...

—Cuéntanos— dijo Leathan con la boca llena.

—Pensaba que Uther McGregor tenía dos hijas— la mesa se quedó en silencio—Vivas, quiero decir.

Iver se tensó—¿De qué diablos hablas?

—Es bien conocido que sus hijas son pelirrojas. Tenía entendido que la mayor había fallecido.

—Falleció hace dos años— dijo Mitchell muy tenso— Y de ese tema no se habla en esta casa.

Banner se sonrojó y miró a su primo a los ojos— Discúlpame, primo. No quería hacerte recordar ...

—Continúa con lo que ibas a decir ...

Banner miró a su alrededor y al ver que su tía negaba con la cabeza, se quedó callado durante un instante—Seguro que no es nada. Imaginaciones mías. Las vi en lo alto de una colina y...

Iver le cogió por el hombro con fuerza para que lo mirara—¿De qué diablos hablas?

—Vi a tres pelirrojas. Dos eran unas niñas y la otra debía tener la edad de mi prima.

—¿Viste a tres? — preguntó con voz heladora.

—Iver, seguro que si eran tres, será otra pelirroja del clan. — dijo Leathan intentando calmar los ánimos.

Iver levantó la vista hacia su madre, que la desvió de inmediato y apretó el cuchillo que tenía entre las manos—¡Sima!

Su hermana se levantó lentamente del fondo de la mesa. Pálida miró a su hermano— Sí, Laird.

—¿Estaba muerta?

La tensión en el salón era tan densa que se podía cortar con un cuchillo. Sima miró a su madre de reojo que asintió con la cabeza. Iver se levantó tirando su silla al suelo y gritó—¿Está muerta? ¡No me mientas!

Los ojos azules de Sima se llenaron de lágrimas— Iba a regresar igual. Queríamos que te olvidaras de ella.

Iver palideció y Leathan gritó levantándose— ¡Esposa!

—¡No la vería más! ¡Era mejor que pensarais que estaba muerta!

Asombrado miró a su madre— Como hicieron contigo.

—Y recuerda como terminó mi historia, hijo. Déjalo estar.

Él salió del salón furioso y en cuanto llegó al exterior gritó con fuerza. Sima se dejó caer en su asiento y miró a su madre a los ojos — Estoy aliviada.

—Lo sé. Pero ahora empezará su tortura.

Clyde la cogió por los hombros abrazándola y dijo— Tu hijo no ha dejado de torturarse en ningún momento. Yo estoy de acuerdo con Sima. Sabrá qué hacer. Dos años son mucho tiempo para reflexionar.

—Respecto a ella no es capaz de pensar racionalmente. —dijo Douglas molesto por el brazo sobre el hombro de Meribeth—Esto traerá los problemas de nuevo.

Meribeth se sonrojó y se apartó ligeramente de Clyde, que carraspeó cogiendo su copa mientras Douglas se levantaba de mal humor y abandonaba la mesa para salir del castillo. Miró de reojo a Clyde que susurró—Debes hablar con él. Estoy harto de colarme en el castillo de noche como si fuera un ladrón.

—Es que...— se sonrojó aún más.

—¿Le amas?

—¡No! Pero no quiero hacerle daño. Me he apoyado en él muchos años. Me siento un ser horrible.

—No hay una pizca horrible en ti. No vuelvas a decirlo jamás. — le acarició el muslo por debajo de la mesa— Pero no quiero alargar esto más tiempo. Quiero casarme con mi mujer y que todo el mundo sepa que eres mía.

Los ojos de Meribeth brillaron enamorada— Hablaré con él y con Iver. Te lo prometo.

Clyde sonrió y le guiñó un ojo antes de beber de su copa.

Douglas apretó los labios al ver que Iver miraba el mar y se acercó lentamente hasta ponerse a su espalda— ¿Qué estás pensando?

—Nunca te he hecho caso respecto a ella y tenías razón en todo. — dijo apenado— ¿Qué me aconsejarías ahora?

—¿Cómo Laird o cómo hombre? — se volvió para mirarle a los ojos—Es una decisión distinta.

—Soy Laird, pero también soy hombre. Es mi esposa y ...— se volvió frustrado— me odia.

—Debe odiarte después de todo lo que has hecho. — se sentó en una roca y miró el horizonte— Nadie podría perdonar algo así.

—Tienes razón. Es algo imposible.

Douglas respiró hondo— Nunca he hablado contigo ni con nadie de este tema, pero creo que ha llegado el momento. —Iver se sentó

a su lado y Douglas sonrió con tristeza— Cuando conocí a tu madre me enamoré de ella al instante.

—Viejo...

—Déjame hablar, por favor. —Iver asintió a regañadientes— Yo tenía diecinueve años cuando la secuestramos y precisamente por mirarla de más me caí del caballo dejando la sangre en el río, quedando en el más absoluto de los ridículos.

Cuando volví a encontrarme con ella, ya se había enamorado de tu padre y fue imposible que me mirara ni una sola vez. Vivía para verla a lo lejos y trabajé muchísimo para ser la mano derecha de tu padre, simplemente por el hecho de estar a su lado en la cena. — Iver apretó los labios—Es patético, lo sé. Cuando mataron a tu padre, el, clan era un caos y tu madre se apoyó en mí. Estaba destrozada y dejé pasar el tiempo esperando a que se repusiera. A que volviera a ser ella misma. Tú me veías como un padre y me conformaba con eso. Fueron unos años estupendos, pero cuantos más años pasaban, menos me atrevía yo a hablar con ella de mis sentimientos. A dar ese paso. Creía que si me decía que no, que si me rechazaba, perdería todo lo que había conseguido y por cobardía nunca hice nada. —le miró a los ojos—Y ahora está enamorada de otro hombre que comparte su cama.

—La amaste, la protegiste y cuidaste cuando lo necesitaba. Fuiste un padre para sus hijos y lo hiciste bien. —Iver palmeó su espalda intentando animarle.

—Ella nunca me amó, pero siempre me he preguntado qué hubiera ocurrido si hubiera luchado por ella con todas mis fuerzas— Los ojos de Iver brillaron— Y tú no eres cobarde, hijo. —se puso de pie— Como Laird te diría que tienes que cuidar de tu clan y que no tienes casi posibilidades de ser feliz con tu esposa. Pero como hombre te digo que si la amas, si la amas por encima de todo, debes ir a buscar a tu esposa y enamorarla haciéndole el amor una y otra vez hasta que se dé cuenta que no puede vivir sin ti.

Iver observó como se alejaba y se levantó lentamente antes de mirar el mar. Apretó los puños sabiendo que tendría que luchar

contra los dos clanes y con ella misma, pero se dejaría la vida si hacía falta con tal de sentarse a su lado y escucharla hablar, aunque sólo fueran cinco minutos. Si eso no era amor, no sabía lo que era.

Suspiró poniéndose boca arriba en la cama. No sabía lo que le pasaba. Llevaba horas sin dormir y estaba muy inquieta. Se levantó y se sentó ante el fuego alargando la mano para coger la costura. Estaba haciéndole un vestidito para una de las niñas que acababa de nacer. A eso estaba destinada su vida. A hacer regalos a los hijos de los demás.

Escuchó que la puerta se abría y sonrió— Niñas, no podéis entrar en mi casa cuando os dé la gana. Es cuestión de pedir permiso y llamar a la puerta.

Como no respondían, supuso que se habían metido en la cama— Hablo en serio. ¡A vuestra habitación! ¡Ya sois mayorcitas para estos juegos! —al mirar hacia la cama vio que estaba vacía y se giró al otro lado para ver unas piernas cubiertas con unas botas de piel de cordero. Se le cortó el aliento al ver esas piernas que conocía tan bien, subiendo sus ojos por su kilt hasta llegar a su pecho desnudo. No se sentía capaz de continuar y temblando se dio la vuelta mirando el fuego.

Él se acercó a ella y alargó la mano para tocar su cabello— Puedes gritar. ¿Por qué no lo haces? — susurró antes de agacharse a su lado. Ella tembló con evidencia al sentir su cercanía e Iver apretó los labios—Sólo quería verlo por mí mismo, pelirroja. Lo siento. Siento lo que hice cada minuto de cada maldito día. Nunca podré compensarte por ello y me mataría si supiera que con eso aliviaría tu dolor— Fenella cerró los ojos con fuerza agachando la cabeza—¿Lo aliviaría, Fenella? Dímelo.

Segundos después Iver se alejó lentamente para no asustarla— Volveré, pelirroja. Y si quieres detenerme, sólo tienes que decírselo a tu Laird. Está en tus manos.

Escuchó como abría la puerta y salía de su casa, pero no se volvió ni una sola vez para comprobarlo. Se quedó mirando el fuego hasta que amaneció y la luz entró por su pequeña ventana recordando sus palabras una y otra vez. El miedo dio paso al deseo de volver a sentir su presencia y de ahí pasó a la furia porque no podía dejarla en paz, pero ni una sola vez se le pasó por la cabeza delatar su presencia al clan.

Estaba pensando en ello cuando llamaron a la puerta— ¿Estás despierta? Lyall se ha ido a cazar y debo lavar la ropa. ¿Me acompañas al río?

—Pasa.

Tamsin entró en la casa con el niño en brazos y frunció el ceño al ver que estaba sentada en camisón frente al fuego—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

Se miraron a los ojos y Tamsin cerró la puerta lentamente— Estás pálida y parece que no has dormido en toda la noche. —al ver su expresión de angustia se llevó una mano al pecho entendiendo — ¡No!

—Sabe que estoy viva.

—¿Cómo lo ha descubierto? ¿Cómo lo sabes? — dejó al niño sobre la cama y se sentó a su lado—¿Quién te lo ha dicho?

—Ha estado aquí.

Tamsin abrió los ojos como platos—¡No! ¿Cómo se atreve? — se levantó indignada apartando su cabello—Ese hombre no está bien de la cabeza. Se lo diremos a Lyall y ...

—No.— estaba tan calmada que su amiga la miró sorprendida.

—¿Cómo qué no? —volvió a sentarse en la cama atónita—¿Qué estás diciendo, Fenella? No puedes estar cerca de un hombre así. Te ha hecho mucho daño.

—Es mi marido. —miró al niño de su amiga— Es muy única oportunidad de ser madre y de llevar una vida normal.

—Pero...

—iTú lo tienes todo! Tienes a Lyall, tienes hijos, ¿y yo qué tengo? ¡No tengo nada!

—Nos tienes a nosotros. ¿Qué vida llevarías con un hombre así?

—Sé que no lo entiendes...

—¡Ha venido a buscarte porque eres suya y quiere hacer contigo lo que le dé la gana! No es un buen hombre. Un buen hombre no haría lo que hizo él.

—Lo vi en sus ojos. Justo antes de tirarme, lo vi en sus ojos.

—¿El qué?

—Que no podía echarse atrás porque era el Laird. Porque le había insultado. A sus invitados, a su clan y a él. ¿Qué haría padre en un caso así?

Tamsin apretó los labios—Te mataría.

Sonrió con tristeza —Sí que lo haría. Me daría una paliza ante todos para darles una lección que no olvidarán jamás. La diferencia entre los dos, es que Iver me dio la oportunidad de retractarme varias veces y le llevé al límite. Reté su autoridad ante todos y perdí. Y creo sinceramente que está arrepentido de lo que hizo.

—Por supuesto que está arrepentido— dijo su amiga sorprendiéndola. Tamsin apretó sus labios antes de decir— Lo sabía. Lo supe el día que me recogió en el bosque para ir a por ti. Preguntó por ti, ¿sabes? Me preguntó si tenías un hombre esperándote en la aldea. — el corazón de Fenella saltó en su pecho— Le dije que todos te perseguían, pero que no habías elegido a ninguno.

—¿Y qué respondió él?

—Nada. No dijo nada. Pero vi algo en su mirada...como si quisiera hasta protegerte de mí. Me advirtió que no te alterara. No sé explicarlo, fue una sensación. Dejé de pensar en ello cuando vi tu estado.

Fenella miró al vacío y susurró— No sé si hago lo correcto.

—¿Qué sentiste al tenerle delante?

—Miedo. —Su amiga se tensó— Miedo por lo que me hacía sentir. No de él. No puedo explicarlo.

Tamsin entrecerró los ojos—¿Le amas? Fenella, nunca hemos hablado de esto porque para mí era inconcebible que le amaras. ¿Quieres a ese hombre?

Los ojos de Fenella se llenaron de lágrimas—No puedo amarle. ¿En qué me convertiría eso? ¿Cómo voy a amarle después de lo que me hizo?

—Amiga, no te precipites. Has sobrevivido a él una vez. Te estás arriesgando mucho. Nadie tiene tanta suerte.

—Lo sé. — la miró asustada —No le dirás nada a tu marido, ¿verdad?

—No si tú no quieres. Pero si sigue entrando en el clan, alguien le cogerá tarde o temprano.

Fenella lo sabía. Su casa estaba casi en el centro de la aldea y era un suicidio entrar, aunque fuera por las noches.

—Es un inconsciente o la persona más valiente que conozco—dijo su amiga mirándola pensativa—Como tú.

Se sonrojó por el piropo—Igual no regresa.

—Lo hará. Y te llevará de vuelta con él a su clan. Un día llamaré a la puerta y no estarás— con tristeza se levantó y cogió a su hijo en brazos. —Pero esta vez al menos sabré la razón.

—¿Y comprendes la razón? — Tamsin miró a su hijo y le besó en la frente antes de asentir.

—Si te vas, olvídate de los McGregor, amiga. Vive tu vida y no te preocupes por nosotros.

—Eso no pasará nunca.

—Bueno, no adelantemos los acontecimientos. ¿Vienes a lavar la ropa?

—Sí, así estaré entretenida.

Se pasó todo el día haciendo cosas para intentar no pensar en Iver y en su visita. Cenó temprano porque ya estaba agotada y al tumbarse en la cama, no pudo evitar quedarse dormida pese a que estaba nerviosa por si aparecía de nuevo.

Sintió como se acostaba a su lado y abrió los ojos para verle de costado mirándola—Duérmete. Ayer no dormiste nada.

Sin contestarle se quedó mirando sus ojos azules sin alterar la expresión. Simplemente se quedó allí sin apartar la vista y al

recordar todo lo que había pasado de nuevo, le pegó con fuerza en la mejilla. Él no se inmutó y Fenella volvió a golpearle arañándole la mejilla. Como seguía sin moverse, se sentó en la cama furiosa y le golpeó una y otra vez sin que él se apartara o intentara detenerla hasta que se echó a llorar desgarrada. Él se sentó y la abrazó con fuerza—No. No llores. Pégame lo que quieras, pero no llores, pelirroja.

—No quiero verte más— susurró sobre su pecho.

—Nunca volveré a hacerte daño. Te lo ju...

Ella se apartó de golpe y le miró a los ojos— ¡Ni se te ocurra jurarme nada! — furiosa se tumbó en la cama dándole la espalda— Vete y no vuelvas.

—Pues lo que voy a decirte no te va a gustar. — sonrió tumbándose a su lado y tocando su cabello.

—No me interesa.

—Vas a regresar.

A Fenella se le cortó el aliento y le dio un fuerte codazo en el estómago. Su marido gruñó antes de decir—Preciosa, si quieres pegarme, creo que deberías coger una maza. Te van a salir morados.

—Muérete.

—Estoy muerto desde que te hice aquello.

—Desde que intentaste matarme. ¡Dilo!

Iver apretó las mandíbulas antes de susurrar—Desde que intenté matarte.

—Dijiste que me protegerías. Lo juraste el día de nuestra boda— dijo con la voz congestionada. — Y a la primera oportunidad me traicionaste por no aceptar tus normas. Sabías como era, sabías de donde venía y aun así...

—No tengo excusa.

Se volvió para mirarle sobre su hombro y él limpio sus lágrimas con el pulgar— No tengo excusa, Fenella. No puedo decir nada que justifique lo que hice. Sólo quiero que vuelvas.

—¿Y yo no tengo nada que decir?

Iver asintió— Por supuesto. Si no quieres regresar, tendré que asumirlo, pero volveré una y otra vez hasta que lo consiga. Y soy tan cabezota como tú, ya lo sabes.

—Te delataré. Estás arriesgando la vida por nada.

—No me delatarás, porque al contrario que yo, tú sí que cumples tus promesas.

—Yo jamás te he prometido nada.

—Eres mi esposa. Eso ya es un juramento de por sí. Ahora duermes. Estás agotada. Se te nota en los ojos que duermes mal.

—¡Será porque mi marido no me deja en paz! — le dio otro codazo, que él casi ni sintió porque estaba sorprendido de que hubiera reconocido que era su marido. Sonrió sin darse cuenta y se acercó más a su cuerpo. Fenella jadeó indignada al sentir su pecho y saltó de la cama antes de que pudiera evitarlo. Señaló la puerta— ¡Fuera!

—¿Cómo que fuera?

—¡He dicho fuera o me pongo a gritar!

—Para lo que te queda para gritar— divertido puso el brazo tras la cabeza poniéndose cómodo y ocupando casi toda la cama— Preciosa, vuelve a la cama. Estás descalza y te vas a enfriar.

Ella puso los brazos en jarras sin darse cuenta que la luz de la chimenea dejaba ver todo el contorno de su cuerpo y que su pelo rojo brillaba como una llama. Iver se sentó lentamente y dijo mirándola maravillado— Nunca te había visto más hermosa.

—Será porque siempre estaba molida a golpes. — levantó la barbilla y señaló la puerta—Fuera.

Iver tuvo la decencia de sonrojarse mientras se levantaba de la cama y antes de darse cuenta la cogió en brazos para tumbarla en la cama de nuevo. Cogió la sábana y la piel para cubrirla y se volvió a tumbar a su lado. Fenella gruñó de manera muy poco femenina al escucharle suspirar. Volvió la cabeza para mirarle—¿Qué?

—Nada. No ocurre absolutamente nada.

Ella no creyó una palabra y de repente se sentó en la cama mirándolo con desconfianza—¿Qué ocurre? ¿Me estás ocultando

algo?

Sorprendido respondió—¡No ocurre nada!

—No te creo. —jadeó llevándose la mano al pecho—Ya sé lo que ocurre. Estás aquí por tu maldito orgullo. No soportas que te haya abandonado.

—Cielo, no me has abandonado. Te tiré por un acantilado. Creo que la gente lo comprendería si me dejaras.

—¿Estás siendo irónico? ¡Ha sido una broma? ¡Porque no tiene gracia!

—¡Quiero hacerte el amor!

Se quedó tan sorprendida, que simplemente le miró antes de pegarle un puñetazo en la nariz—¡Serás cabrón! ¡Largo de mi casa!

La cogió por la nuca y la besó con desesperación rodeando su cintura con el brazo libre para pegarla a su pecho. Tumbándose en la cama se la llevó con él. Fenella que no se lo esperaba al principio no reaccionó, pero cuando él iba a abandonar su boca dándose por vencido, acarició tímidamente su lengua haciéndole gemir.

Volver a sentir sus labios era una maravilla por todo lo que le hacía sentir, pero cuando sus manos llegaron a su trasero, se sobresaltó apartándose de golpe para mirar sus ojos. Él intentó besarla de nuevo, pero le arreó un tortazo—¡Fuera de mi casa!

Iver suspiró sin dejar de tocarle las nalgas —Volveré mañana.

—No te molestes. —rápidamente se apartó de él poniéndose de pie, viendo que se le había levantado el kilt y que mostraba su masculinidad en todo su esplendor.

Su marido carraspeó al ver su mirada atónita—¿No la habías visto antes?

—¡Así no! ¡Y no quiero verla, así que tápate! — sus palabras desmentían sus hechos porque no podía dejar de mirarlo. Para su sorpresa su miembro endurecido se enderezó bajo su mirada y su marido carraspeó de nuevo al ver que Fenella había abierto la boca.

—Pues está deseando que la toques, pelirroja.

Ella le miró a los ojos—¿Te quieres arriesgar a que me dé un espasmo y te la arranque de golpe?

Iver se bajó el kilt de inmediato y gruñó levantándose al otro lado de la cama—Entiendo que es demasiado pronto, pero no ha tenido gracia.

—¡Es que tu presencia aquí no tiene ninguna gracia! ¡Y cómo te pillen en mi casa no solo te juegas el cuello tú!

Su marido se enderezó— Por eso tienes que volver.

—¡Estás loco! ¡Y no pienso volver con un loco como tú!

—¡Pues pienso seguir viniendo hasta que te des cuenta que tienes que regresar conmigo! ¡En tu conciencia queda que me rebanen el cuello!

—Maldito manipulador. ¡Cómo no te vayas de inmediato, me voy a poner a gritar!

—No harías eso. — ella abrió la boca e Iver saltó de la cama tapándole la boca con fuerza y rodeando su cintura con el otro brazo. La miró molesto— Muy bien. Me voy. En estos dos últimos años se te ha puesto un carácter...—los ojos de su esposa reflejaban que en ese momento sería ella quien le tirara por el acantilado— Está bien. Te voy a soltar lentamente.

Fenella asintió con el ceño fruncido y él sonrió de manera arrebatadora. —Sabes que todo se arreglaría si te llevara de vuelta, pero serás tú la que me digas que quieres volver a mi lado. Te lo prometo. No tienes que preocuparte por eso.

Se relajó entre sus brazos más tranquila y él apartó la mano lentamente sin soltarla.

—Hasta mañana, preciosa.

Se miraron a los ojos durante varios segundos. Fenella no quería que se fuera, pero algo en su interior le impedía decírselo. Habían pasado demasiadas cosas entre ellos como para perdonarle por un beso de nada. Él acercó su cara lentamente y se puso nerviosa al ver que empezaba de nuevo. Como insistiera mucho, le tendría entre las piernas antes de darse cuenta.

Fenella tiró de su cabello hacia atrás con fuerza para alejarlo de su boca— Hasta mañana.

Iver sonrió girándola y tumbándola en la cama sin que ella le soltara—Buenas noches.

—¡Buenas noches!

Él se quiso alejar, pero no le soltó— Preciosa, ¿ahora quieres que me quede?

Soltó su cabello como si le quemara y él rió por lo bajo yendo hacia la puerta. Le vio abrir la puerta y salir sin mirar siquiera. ¡Era un inconsciente! ¡Así le cogerían! Dejó caer la cabeza sobre la almohada y juró por lo bajo porque la había despejado del todo el muy idiota. Se puso de costado y miró el fuego. Quizás debería irse con él. ¿Qué era lo que estaba haciendo? Se estaban arriesgando los dos, no solamente él. Si su padre se enteraba de que le recibía por las noches, la mataría sin dudar pensando que le estaba traicionando. Pero para volver necesitaba más. Necesitaba que la amara. Gimió cerrando los ojos. Estaba loca por volver con un hombre que la había tirado por un acantilado. Quien le garantizaba que no se volviera a enfadar y reaccionara exactamente igual. ¡Nadie se libraría de dos caídas al mar! Pero le deseaba tanto...

Capítulo 10

La noche siguiente estaba cosiendo sentada en la cama cuando se abrió la puerta. Chasqueó la lengua cuando vio entrar su enorme corpachón y cerrar la puerta tras él— ¿No deberías estar dormida?

Dejó la costura a un lado y se arrodilló sobre la cama sentándose sobre sus talones. Iver se sentó a su lado y la apartó el cabello del cuello antes de besarla, pero ella se apartó—Tienes que dejar de venir.

Iver perdió la sonrisa alejándose—Eso no va a pasar.

—Hoy uno de los hombres ha visto las huellas de tu caballo en la colina norte.

—Hoy no lo he dejado allí— respondió divertido.

—Pero ya están preocupados y mi padre ha puesto más guardia.

—Para lo que sirven. Preciosa, he pasado entre dos de sus hombres y no me han visto. — le acarició la mejilla—No te preocupes por mí. No me cogerán.

Levantó la barbilla orgullosa—No me preocupo por ti. Me preocupo por mí.

—Mentirosilla. ¿No estás cansada?

Vio en sus ojos que él si estaba cansado— ¿Ocurre algo en tu clan?

—No ocurre nada fuera de lo normal— sonrió empezando a quitarse las botas.

—¿Qué haces?

—Preciosa, me paso media noche yendo y viniendo. Voy a echarme un rato.

Ella se mordió el labio inferior al ver como se tumbaba a su lado. Iver alargó su mano y acarició su cadera— Ven, preciosa. Túmbate conmigo. Necesito sentirte.

A Fenella se le cortó el aliento porque un Laird nunca reconocía una necesidad. Tomaba lo que quería y punto. Que reconociera que necesitaba tocarla, hizo que su corazón se emocionara y sin pensárselo mucho, se tumbó a su lado apoyando la cabeza sobre su pecho deseando tocarle. Iver le acarició la espalda mirando el techo — He pensado que podemos irnos. Dejar los dos clanes atrás y vivir solos nuestra propia vida en el sur.

—¿Harías eso? ¿Dejarías a tu clan por mí?

—Tú dejarías al tuyo por mí. Ambos renunciaríamos a lo mismo.

La esperanza renació en su pecho y sonrió acariciando su torso pensando que sería maravilloso que no tuvieran que pensar ni en los Wallace, ni en los McGregor. Simplemente tendrían que pensar en ellos y en su familia. Pero entonces la imagen de Meribeth, de Sima y de los demás miembros del clan Wallace pasaron por su mente. Él era su Laird y no era justo que le perdieran por su causa. Todo su clan dependía de él, mientras que ella no era importante para el suyo.

—No puedes hacer eso— susurró cogiendo la mano libre que tenía sobre el vientre— Desestabilizarías a tu clan y dependen de ti.

—Douglas se podría hacer cargo.

—Es tu responsabilidad, no la suya. —apretó su delicada mano como si no quisiera perderla.

—Tú también eres mi responsabilidad. —Ella se tensó entre sus brazos y apartó la mano lentamente— Fenella...

—Esto es una locura, Iver. —levantó la cabeza para mirarle— ¿Ahora soy tu responsabilidad? ¿Te deshiciste de mí y ahora soy tu responsabilidad?

Iver palideció—Tienes que darme una oportunidad.

—¿Por qué? No tienes derecho a pedirme nada.

—¡Lo sé! ¡No puedo pedirte nada, ni exigirte nada! ¡Sé que fue todo culpa mía! ¡Pero desde que te conocí no has salido de mis pensamientos ni un solo maldito día! —el corazón de Fenella galopó en su pecho viendo su sufrimiento —¡Te lo pregunté varias veces!

—Fuiste demasiado lejos.

—¡Debías haberte retractado!

Los ojos de Fenella se llenaron de lágrimas— ¿Porque soy mujer?

—¡Porque eres mi mujer! ¡Eres mía desde que nos encontramos por primera vez y lo sabes!

—Me maltrataste. — susurró impresionada.

—¡Tenía que demostrar que no me importabas!

Fenella sintió como sus lágrimas caían por sus mejillas— ¿Y ahora quieres demostrárselo a todos?

La cogió por los brazos tumbándola encima de él —Eres mi esposa y nada se volverá a interponer entre nosotros.

—Júramelo.

—Te lo juro por lo más sagrado.

—¿No faltarás a tu promesa en esta ocasión? — él la besó casi con desesperación y Fenella respondió a su beso necesítandole. Las manos de su marido levantaron su camisón con fuerza para acariciar sus nalgas desnudas provocando que ella gimiera en su boca de necesidad. Apartándose de él y sentándose a horcajadas, le miró a los ojos con la respiración agitada. Iver cerró los ojos cuando se sentó sobre su miembro por encima del kilt.

—Dame un hijo— susurró ella— Quiero sentir la vida dentro de mí.

Iver abrió los ojos y gruñó posesivo girándola para tumbarla de espaldas colocándose entre sus piernas. —¿Quieres un hijo mío? — preguntó con voz ronca rozando con su miembro sus húmedos pliegues.

—Sí. — acarició sus hombros hasta rodear su cuello con los brazos— Poséeme.

Entró en ella con fuerza haciéndola gritar de placer e Iver la besó robándole el alma con las caricias de su lengua. Salió de ella para

volver a entrar lentamente, haciéndole sentir el placer más exquisito que hubiera experimentado nunca y repitió el movimiento provocando una deliciosa tortura que la retorció bajo su cuerpo necesitando más. Iver apartó su boca para besar su cuello antes de levantar la cabeza para mirar sus ojos— No hay nada para mí más importante que tú, mi vida. — movió las caderas con contundencia y Fenella totalmente tensa sintió como su cuerpo estallaba dejándola sin aliento.

Cuando volvió en sí sonrió al sentir los labios de su marido sobre su vientre—¿Dónde está mi camisón?

—Me estorbaba. — dijo con voz grave antes de que su lengua entrara en su ombligo haciéndole reír. Iver sonrió sobre su piel antes de seguir bajando.

Riendo dijo—Eso me hace cosquillas. — cuando su lengua siguió descendiendo, entrecerró los ojos antes de abrirlos como platos y chillar al sentirlo sobre su sexo. Iver agarró sus caderas impidiendo que se moviera y no le dio tregua hasta que Fenella apoyándose en sus talones se arqueó con fuerza estremecida de placer.

Esa noche besó cada centímetro de su cuerpo y nunca se sintió más querida como en esos momentos compartidos con él. Le hizo el amor una y otra vez. Fue la noche más maravillosa de su vida y ninguno de los dos deseaba que acabara.

La besó en los labios antes de que se quedara dormida y salió de la casa sin que se diera cuenta. Fenella se despertó sobresaltada y confusa miró a su alrededor hasta que entendió que él no estaba a su lado. Asustada se levantó queriendo saber si había salido de la aldea. Ya vestida y sin peinar salió de su casita y apretó los labios al ver una huella de su bota en la tierra ante sus escalones. La borró mirando a su alrededor y sonrió a una vecina—Buenos días, ¿qué tal esta su nieto? Mucho mejor, espero.

—Buenos días, Fenella. Todo bien gracias a ti.

Su nieto se había salvado gracias a las raíces que todavía conservaban—Me alegro mucho.

Se iba a acercar cuando vio a su hermano con varios guerreros llegar a caballo a todo galope. Nerviosa se acercó a ellos y le preguntó a Lyall— ¿Ocurre algo?

Su hermano sonrió sin darle importancia— No, todo va bien.

—¿Seguro? ¿De dónde vienes a esta hora?

Lyall apartó la mirada— Hemos ido a revisar el perímetro. Todo está bien.

Le cogió del brazo y le miró a los ojos— No me mientas, Lyall.

Él miró a su alrededor antes de apartarla del grupo— No ocurre nada. Hay unas huellas en el este y creemos que nos están espiando. No entendemos algo así y voy a decírselo a padre. Como uno de esos McGregor se acerque por aquí, no nos van a pillar desprevenidos— le advirtió con la mirada—No se te ocurra salir de la aldea. Imagínate que tu marido se entera de que estás viva.

Fenella se sonrojó intensamente y su hermano la miró con pena — No debes preocuparte. Tu hermano está aquí para evitar que vuelva a ponerte una mano encima.

Lyall se apartó dejándola allí de pie apretándose las manos. Sentía que estaba traicionando a su hermano y a su clan, que se había preocupado por ella. Pensativa fue hasta la casa de Tamsin, que estaba sentada en las escaleras al sol, cosiendo unas botas nuevas para su esposo. Sonrió al verla, pero perdió la sonrisa poco a poco cuando se colocó ante ella.

— ¿Ha vuelto?

Asintió muy preocupada y Tamsin entró en la casa a toda prisa. Cuando entró tras ella y cerró la puerta se miraron a los ojos —Ven aquí— susurró su amiga emocionada.

Corrió hacia ella y se abrazaron con fuerza—De vez en cuando deja un mechón de tu cabello en el río para que sepas que estás bien, ¿de acuerdo?

Sin poder dejar de llorar asintió— Te quiero. Dile a mi hermano...

—Tu hermano se enfadará al principio, pero lo único que quiere en esta vida es que seas feliz. — se abrazaron unos minutos —Sabe que le quieres y es lo único que importa.

—Eres la mejor hermana que se puede tener.

—Esa eres tú. — se apartaron y se miraron a los ojos —Ten cuidado.

—Si me necesitas, vete a buscarme. Ya te dejaron pasar una vez y no te harán nada.

Tamsin asintió—Lo haré. Ve con tu marido y cuídate.

Se alejó de su amiga para ir hasta la cuna de su sobrino y darle un beso de despedida, llorando desgarrada al dejarle de nuevo allí acostadito. Cuando llegó a la puerta vio cómo su amiga se apretaba las manos sin dejar de llorar— Te deseo toda la felicidad del mundo, Fenella. Te la mereces.

—Adiós.

Salió de su casa sintiendo una pena enorme e inició el camino de nuevo hacia el clan de los Wallace, sabiendo que en esa ocasión no regresaría nunca.

En el borde del bosque se quedó allí varias horas sin saber si lo que estaba haciendo era lo correcto. Después de todo lo que había pasado, en ese justo momento estaba a punto de cambiar su vida. Varios hombres de los Wallace se acercaron poco a poco mirándola como si fuera una aparición. La luz del sol hacía brillar sus rizos pelirrojos y allí de pie con la mirada perdida en sus pensamientos, parecía un fantasma. Uno de los hombres hizo un gesto otro que echó a correr hacia el caballo, saliendo a galope hacia el castillo.

Sumida en las dudas que la asaltaban pensó en Iver y en la noche anterior, pero también pensó en todo lo que había sucedido antes. ¿Podrían llegar a olvidarlo? ¿Podrían ser felices? Ni se dio cuenta que tres caballos se acercaban al grupo de guerreros que la observaban y que Clyde sonreía al verla, mientras que Iver miraba a su esposa emocionado. Bajó del caballo sin poder creerse que ya estuviera allí y pasó entre sus hombres lentamente para no asustarla. Fenella se mordía el labio inferior y tenía el ceño fruncido como si estuviera pensando algo realmente importante e Iver se detuvo porque no quería atosigarla. Debía decidirlo ella. Sabía que

no le veía porque por las copas de los árboles estaba oscuro el interior del bosque y quería que fuera ella la que se acercara a él. Deseaba más que nada que diera esos pasos que la adentraban en el bosque y la unirían a él.

Fenella tomó aire sabiendo que debía tomar una decisión y realmente la había tomado unas horas antes. ¿A qué venían tantas dudas? Es que estaba asustada. Sí, era eso. Pero él no volvería a hacerle daño. Su relación era distinta ahora y sabía que no sucedería algo así de nuevo. Dio un paso al bosque y a Iver se le cortó el aliento viendo como avanzaba aun algo insegura. Su esposa entrecerró los ojos mirando a su alrededor intentando adaptarse a la falta de luz cuando sus ojos se encontraron. Iver sonrió alargando abriendo los brazos y Fenella correspondió a su sonrisa corriendo hacia él. Se tiró sobre su marido, que la abrazó con fuerza mientras los hombres sonreían satisfechos.

Abrazada a su cuello susurró— ¿Me has echado de menos?

—No sabes cuánto pelirroja. —se apartó para mirarle a la cara— No has venido de visita, ¿verdad?

Ella se echó a reír—Quería ver a Meribeth.

—Muy graciosa. — la cogió en brazos y la llevó hasta su montura mirándola a los ojos—Bienvenida a casa, mi vida.

—Seremos felices, ¿verdad?

—Puedes estar segura. Me dejaré la piel para que seas feliz, preciosa.

Ella le besó suavemente en los labios— Lo mismo digo.

—Preciosa, ¿qué haces?

Con la boca llena abrió los ojos como platos al escuchar como su marido se acercaba a ella levantándose de la cama y veía como intentaba esconder el bollo de miel que Meribeth había hecho para ella. —¡No puede ser!

—¡Tenía hambre!

—Rose ha dicho que no puedes comer sin control— le arrebató el bollo de las manos y la señaló con el dedo— ¡Dice que tienes

demasiada barriga!

—Qué sabrá esa bruja. Dámelo. — alargó el brazo para intentar cogerlo, pero lo levantó apartándolo de su alcance.

—¡Mírate! Dice que como sigas así, no superarás el parto.

Gruñó poniéndose de puntillas y su marido la cogió por debajo de las axilas regresando a la cama— Por favor...

Su marido suspiró sentándola en la cama—Fenella, cielo...

—No te preocupes. Estoy bien— se acarició la enorme barriga mirando el bollo con gula.

—Parece que vas a reventar en cualquier momento.

Ella jadeó indignada —¿Cómo es posible que seas tan insensible?
— la miró arrepentido—¡Esto es culpa tuya!

—No llores.

—No me quieres. Si me quisieras, me darías el bollo.

—¡Precisamente porque te quiero no te lo doy!

A Fenella se le cortó el aliento porque no se lo había dicho nunca
— ¿Me quieres?

—Preciosa, no sería capaz de perderte otra vez— le acarició la mejilla—¡Así que no hay bollo!

Ella sonrió radiante, pero su estómago gruñó de hambre haciendo que su marido mirara asombrado su vientre. —Es imposible. ¡Te has comido medio cordero en la cena!

—Meribeth me ha dicho que son más de uno— su marido palideció— Por eso la barriga. —alargó la mano y le quitó el bollo sin que pusiera resistencia. Su marido se levantó y caminó de un lado a otro mostrando su desnudez y ella le devoró con la mirada mientras comía con ganas.

—No pueden ser más de uno— dijo preocupado—¡Eres muy estrecha de caderas!

—Por donde sale uno, salen dos. No te preocupes. — se lamió los dedos suspirando porque durante un rato estaba saciada y se tumbó en la cama de costado mirando a su marido con picardía.

—¡No me mires así! ¡No puedo tocarte un pelo!

—¡Olvida lo que ha dicho Rose y haz caso a tu mujer! Y quiero hacer el amor contigo—alargó la mano—Ven cielo, quiero sentirte dentro.

—¿No sientes ya bastante dentro que quieres más?

Ella hizo una mueca dejando caer la mano—Qué poco romántico.

—¡Romántico! —furioso cogió el kilt y empezó a vestirse.

—¿A dónde vas?

—¡A hablar con Rose!

—¿En mitad de la noche? —de pronto sintió que algo mojaba sus muslos y asombrada se sentó en la cama para ver un charco sobre las sábanas.

—¡Ahora sí que voy a buscar a Rose!

Atónita le miró— Estoy de parto.

—¡Eso ya lo veo! —gritó pálido.

—No me duele nada— sonrió radiante y su marido la cogió por la nuca para que le mirara a los ojos— Esto es muy fácil.

—¿De verdad, preciosa? ¿No te duele nada?

—Nada de nada. —le besó en los labios—Si todo sigue así, será el parto más fácil de la historia.

Los gritos de su esposa se escuchaban desde el salón, donde medio clan miraba hacia arriba pálido. —Válgame Dios— dijo el sacerdote santiguándose—Como sufre la pobre mujer.

—Shusss— ordenó Mitchell sin quitarle ojo a su Laird que caminaba de un lado a otro ante la chimenea a punto de explotar— Si no quiere que le eche al monte en pleno invierno, le aconsejo que mantenga la boca cerrada.

Otro gritó de la esposa del Laird les hizo mirar de nuevo hacia arriba e Iver miró hacia las escaleras con ganas de correr hacia allí.

—Es dura, mi Laird— dijo Leathan intentando tranquilizarle— Todos sabemos que no hay mujer más dura que ella en todo el clan. Traerá a tu hijo al mundo en cualquier momento— le palmeó en el hombro sin que Iver hubiera escuchado ni una sola palabra.

La puerta del castillo se abrió en ese momento dando paso a Clyde que en cuanto escuchó otro grito hizo una mueca— Por el amor de Dios, ¿cuántas horas lleva así?

—Siete— contestaron varios a la vez.

—Mi hija tuvo un parto de catorce horas. — dijo un anciano—Eso en el primero, después casi todos salieron caminando. Dieciséis hijos tuvo la pobrecita hasta que...

Iver palideció corriendo hasta las escaleras y todos fulminaron al viejo que se sonrojó con fuerza— Estos jóvenes... Los de nuestra generación son mucho más duros.

—La esposa del Laird sobrevivió a un acantilado. ¿Alguna mujer de tu generación sobrevivió a algo así?

El viejo chasqueó la lengua haciendo que todos se rieran.

Iver entró en la habitación y las mujeres se volvieron sorprendidas. Su esposa estaba sentada en la cama respirando agitadamente cogiéndose el bajo del vientre mientras sudaba a mares mirándolas con rencor. Él parpadeó sorprendido al encontrarse a su madre a Sima y a Rose charlando tranquilamente ante el fuego. Iver cerró la puerta carraspeando—¿Todo bien?

—Grita mucho— dijo su hermana —Me va a dejar sorda.

—¡Y calva te voy a dejar por bruta! — miró a su marido— ¡Me ignoran!

—No te ignoramos. Pero todavía no estás preparada para dar a luz. — dijo Rose antes de beber de su copa como si nada.

—¿Ves? ¡Son unas brujas! ¡Quiero a Tamsin!

Su marido parpadeó sin poder creérselo—Cielo...

Se dio cuenta de lo que había dicho y negó con la cabeza—No me hagas caso. No sé lo que me pasa.

Meribeth sonrió acercándose a su hijo—Por eso los hombres se quedan abajo y las mujeres ayudamos en el parto. Para que no tengas que oír las tonterías de tu mujer en este momento tan delicado. Tiene los nervios alterados.

Rodeó a su madre acercándose a su esposa y cogiéndole la mano —¿Estás bien?

—Sí. —forzó una sonrisa— Dame un beso y vuelve con tus amigos. Antes de que te des cuenta, ya estará aquí. — un fuerte dolor recorrió su vientre y gritó sin poder evitarlo mientras se sujetaba la barriga. Cuando terminó respiró agotada y miró a su marido que había perdido todo el color de la cara— ¿Ves? Es sencillo.

Él la besó con dulzura y susurró— Te quiero, preciosa.

—Y yo a ti. — acarició su mejilla y sonrió— Todavía queda un poco. No te preocupes.

—Hijo, déjanos a nosotras que hemos traído a muchos niños al mundo. Ve abajo y emborráchate como hacen todos los hombres.

—¿Sabes? —dijo su esposa haciéndole sonreír— Sí que son dos. Ahora lo sé y serán niños. Tan apuestos como su padre.

Iver le besó la mano antes de levantarse y salir de la habitación a toda prisa.

—Vamos a echar un vistazo para ver si veo la cabeza— dijo Rose intentando tranquilizarla.

Cuatro horas después, agotada dejó caer la cabeza sobre las almohadas escuchando llorar a su segundo hijo— Otro varón. — dijo Meribeth emocionada.

—Y bien hermoso que es— apostilló Sima con su otro hijo en brazos. —No me extraña que comieras tanto.

Sonrió casi sin fuerzas y susurró— Iver... quiero que venga.

Sima le entregó el bebé a Meribeth para ir a buscar a su hermano. Al abrir la puerta escucharon como se estaba celebrando en el salón— Ya han escuchado los llantos de los niños. Con el mal tiempo que hace, lo estarán celebrando una semana.

Alargó los brazos para que le entregaran a sus hijos y cuando se los pusieron uno a cada lado se echó a reír— Son rubios.

—Han salido al padre en todo. Se parecen a Iver cuando nació— dijo Rose orgullosa.

Meribeth asintió— Igualitos.

La puerta se volvió a abrir y Sima forzó una sonrisa— Fenella, Iver se va a retrasar un poco.

—¿Y eso por qué? — la miró a los ojos—¿Ocurre algo?

—Esta tan borracho que no se le puede despertar— hizo una mueca—Pero tú no te preocupes que en cuanto se despierte, puedes tirarle de las orejas.

Sonrió divertida—Increíble.

—Es que ha sido un parto muy largo y el alcohol...Ya verás los remordimientos que tiene cuando se despierte— Sima se acercó a su madre que entrecerró los ojos, pero no dijo una palabra—Vamos a asearte un poco.

Capítulo 11

El llanto de uno de los bebés la despertó y Fenella abrió los ojos sobresaltándose. Miró a su lado en la cama y al no ver a Iver se asustó de veras. ¿Dónde estaba su marido?

Meribeth tenía a uno de los niños en brazos y sonrió al verla despierta—Tiene hambre.

—¿Dónde está mi marido?

—Está en el salón. Con lo grande que es no lo podíamos subir nosotras y los hombres no se atreven a entrar.

No se creyó ni una palabra. Apartó las mantas para levantarse y sacó las piernas de la cama—¿Qué haces?

—Ir a verle. — se levantó con esfuerzo.

—¡Acabas de parir! ¡Vuelve a la cama antes de que te enfríes! — Ignorando a su suegra, caminó sobre las maderas del suelo para ir hacia la puerta—¡No sabemos dónde está!

Se detuvo en seco y asustada se volvió hacia ella—¿Cómo que no sabéis dónde está?

Meribeth la miró angustiada— Al parecer cuando salió de aquí, se fue del castillo. Los hombres creían que iba al acantilado como siempre para relajarse un rato, pero después de una hora Clyde fue a buscarle y no encontraron su caballo.

Asustada se llevó la mano al pecho—¿Qué me estás diciendo Meribeth? — entonces recordó cómo le había pedido que fuera a por Tamsin y se tambaleó al comprender lo que había pasado.

Su suegra chilló corriendo hacia ella para cogerla por el brazo como podía porque tenía el niño en brazos. —Vuelve a la cama. ¡Lo que menos necesitamos es que tú te pongas enferma!

El latido de su corazón ni dejaba oír a su suegra, que la llevó hasta la cama. —Es mi culpa.

—Tú no tienes culpa de nada.

—Ha ido a por Tamsin— susurró muerta de miedo pensando que ya le habrían matado—Es culpa mía.

Su suegra la miró asombrada—¿Cómo iba a ir hasta el clan de los McGregor con este tiempo? Habría que estar loco para...

Asustadas se miraron a los ojos y ella se levantó de golpe— Dame la ropa.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Ir a buscar a mi marido! — como su suegra no se movía, fue ella la que se acercó hasta el vestido y se lo puso sobre el camisón. Le dolía entre las piernas y estaba cansada, pero nada le impediría ir a buscarle.

—¡No tienes fuerzas y no serás capaz de sacarle de allí tú sola! ¡Piensa en tus hijos!

—Porque pienso en mis hijos voy a ir a buscarle. Nadie conoce mejor la aldea que yo y no puedo perder tiempo. — se agachó para ponerse las botas y cerró los ojos atando con fuerza las tiras de cuero.

—Está nevando. Es un suicidio, Fenella.

Sin escucharla cogió la capa de cabritilla que le había regalado su marido para pasar el invierno y se la puso atándosela al cuello cubriendo su pelo pelirrojo—¡Escúchame!

Fue hasta la puerta y la miró sobre su hombro—Cuida de nuestros hijos.

Cuando bajó al salón, vio a los hombres hablando en la mesa del Laird y Clyde en cuanto vio su aspecto se levantó al instante—¿A dónde te crees que vas, Fenella?

—A buscar a mi marido. — Leathan la interceptó y ella le miró a los ojos—Apártate de mi camino.

—No sabes dónde está.

—¡Ha ido a mi clan a buscar a Tamsin! ¡Déjame pasar!

Los hombres se enderezaron y varios se levantaron poniendo la mano en la empuñadura de su espada, listos para la batalla—¡Iré sola!

—Ni hablar. — siseó Mitchell— Iremos nosotros.

—¡No quiero una matanza! ¡Iré sola y sacaré a mi marido de allí!

—Deja de decir locuras, Fenella. ¡En cuanto te vea tu padre, te atravesará con la espada! — le gritó Leathan a la cara— ¡Ahora eres uno de los nuestros!

—¡Yo no soy de nadie! — le gritó de igual manera—Ahora apártate de mi camino.

—Entiéndelo Fenella, no podemos consentirlo. El Laird no querría esto. —Clyde dio un paso hacia ella— Vuelve a la habitación y deja que nos encarguemos de esto.

—Lo que no querría es que arrasara a los McGregor con la pena que eso me daría. Conozco a mi padre. Sé que no le matará de inmediato. ¡Le torturará ante el clan para regodearse! Si llegáis hasta él, le matará antes de que podáis rescatarle. Pero yo conozco la aldea y sé llegar hasta él sin ser vista. ¡Le sacaré de allí antes de que nadie se dé cuenta, pero tengo que hacerlo de noche! ¡Déjame pasar!

Douglas enderezó la espalda—Dejarla pasar.

—¿Pero qué dices? ¡Iver nos matará si se entera! — gritó Mitchell a los cuatro vientos.

—Tiene razón. Ella pasará desapercibida mientras que nosotros no llegaríamos ni a la primera choza sin ser vistos.

—Iré contigo—dijo Leathan—Ya lo he hecho antes.

—Yo también— dijo Mitchell— Te acompañaremos.

Les miró dudosa, pero igual necesitaba ayuda para sacar a Iver de allí si estaba malherido.

—Muy bien. ¡Pero haréis lo que yo os diga!

Ambos asintieron y Douglas dijo —Ensillarles los caballos mientras os abrigáis en condiciones.

Dos hombres salieron del castillo y Clyde dijo—Comer algo. Necesitareis tener todas vuestras fuerzas y sólo Dios sabe cuándo comeréis de nuevo.

Leathan la cogió por el codo casi obligándola a regresar a la mesa. La sentó en la cabecera y le pusieron delante un plato de queso con pan. —Come. — le sirvieron vino caliente y se forzó a comer. Los hombres en silencio hicieron lo mismo sin quitarle ojo.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Tan segura como cuando vine aquí por las hierbas que salvaran a mi pueblo— respondió mirando a Leathan a los ojos. —Cuando se ama, da igual en qué parte del bosque te encuentres.

—Pues espero que sepas lo que haces, porque como no sepa nada de vosotros cuando llegue el alba, arrasaré el clan en vuestra busca— dijo Douglas sin inmutarse.

Clyde asintió cruzándose de brazos—Sólo esta noche, Fenella.

Lo entendió. No podían esperar más tiempo y arriesgar las vidas de todos. — Al amanecer estaremos de vuelta.

—Pues nos encontraremos y espero de verdad que estéis de camino— Douglas se volvió saliendo del salón.

Dejaron los caballos en la colina este y caminaron sobre la nieve hasta la aldea. Nevaba con fuerza y los hombres estaban preocupados por ella, pero no se dejaba ayudar. Cuando llegaron se agazaparon para ver la actividad. En plena noche, sólo se veían dos enormes hogueras ante la casa del Laird.

Ella miró a su alrededor entrecerró los ojos al ver las hogueras. Nunca encendían hogueras en invierno— Camino despejado— dijo Leathan con intención de levantarse.

Le cogió por el brazo tirando de él hacia abajo y susurró—Es una trampa.

Los hombres se tensaron sacando silenciosamente las espadas de sus vainas mirando hacia el fuego. Entonces a Fenella se le cortó el aliento. Algo se movió entre las dos hogueras y la nieve cayó

mostrando un mechón de cabello rubio. ¡Le habían atado a un poste! Con el frío que hacía, moriría si no se daban prisa.

—Está allí— dijo en voz baja intentando calmar el pánico que la recorrió—En el poste.

Leathan entrecerró los ojos siseando— Malditos cobardes.

Mitchell le advirtió con la mirada y dijo—Está claro que es una trampa. ¿Qué hacemos?

Fenella miró a su alrededor—Están en las chozas esperando. Saben que vendríamos a por él. Pero no se imaginan que vendría yo.

La miraron sin comprender y dejándolos con la boca abierta se quitó la capa y el vestido quedándose con el camisón blanco—¿Qué haces? ¿Estás loca? Te vas a congelar.

Cogió un puñado de nieve y se lo pasó por la cara dejándolos de piedra. Si antes estaba pálida ahora parecía una muerta y la nieve sobre su cabello le daba aspecto etéreo que ponía los pelos de punta.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablar con mi padre. Vigilar que no le hagan daño.

Rodeó las chozas antes de que nadie pudiera evitarlo y para sorpresa de sus hombres, apareció de repente entre las hogueras caminando tan lentamente que parecía un ánima. Las puertas de las chozas se abrieron en silencio, pero al verla se volvieron a cerrar con fuerza con miedo a que el fantasma se fijara en ellos. Entró en la casa del Laird sin mirar siquiera a su marido porque temía delatarse y lentamente mirando al frente pasó sobre los que estaban allí como si no los viera para dirigirse hacia la escalera. Fue hasta la habitación de su padre y Jane se giró en la cama cuando la vio entrar. Gritó despertando a su marido de repente, que miró a su hija con los ojos como platos—Fenella.

Le miraba sin expresión y se acercó a él levantando la mano—¿Otra vez padre? — preguntó con un quejido.

—¿Qué? — estaba atónito mientras que Jane se tapó la cabeza temblando de miedo.

—¿Mataste a su padre y ahora quieres matarle a él? Devuélvelo. Mis hijos necesitan a su padre ahora que ya no estoy.

—¡Te robó! ¡Y te ha matado de nuevo!

—Me fui yo, padre— una lágrima corrió por su mejilla— Devuélvelo. Nunca me has querido, pero te suplico por tus nietos. Ahora le necesitan más que nunca.

Su padre la miró asombrado —¿Es cierto? ¿Estabas dando a luz y has fallecido?

Odiaba mentirle, pero más odiaba que su marido estuviera atado a un poste— Mi alma te perseguirá como no le devuelvas, padre.

Jane gritó debajo de las sábanas empujando a su marido fuera de la cama que de la sorpresa cayó sobre el suelo, hecho que aprovechó ella para salir de la habitación sin ser vista y meterse en la de las niñas que dormían a pierna suelta. Cogió una manta cubriéndose con ella y colocándose tras la puerta escuchando los gritos de Jane exigiendo a su marido que soltara al Wallace o no dormiría con él nunca más. Escuchó como su padre salía a toda prisa de la casa y pensó en como saldría ahora ella sin ser vista porque se suponía que el fantasma había desaparecido. El calor y la manta hizo que recuperara el color y se acercó a la ventana apartando la piel que la cubría para mirar por la rendija de la madera. Vio como su padre cortaba las ligaduras de Iver, que cayó de rodillas al suelo dejando caer la nieve que tenía encima y juró por lo bajo al ver que no llevaba ni la camisa que se ponía en invierno bajo el kilt.

—¿Fenella?

Se volvió sorprendida para ver a su hermana pequeña sentada en la cama pasando su manita por los ojos— ¿Has vuelto?

—Shusss— se acercó a la cama y la tumbó de nuevo— Duérmete.

—Te echamos de menos— susurró cerrando los ojos—¿Cuándo volverás?

Apretó los labios acariciando su cabello cuando escuchó gritos en el exterior. A toda prisa volvió a la ventana y miró de nuevo por la

rendija. Su padre ordenaba a sus hombres que se lo llevaran de la aldea gritando —¡Devolverlo!

Su hermano se acercó con la espada en la mano y le cogió por el brazo levantándolo de inmediato. Vio que le decía algo al oído y su marido se enderezaba con esfuerzo. Lyall se encargaría de él. Se volvió para ver que Tira también se había despertado y la miraba fijamente— ¿Por qué has vuelto? ¿Él es más importante que nosotras?

—Es el padre de mis hijos y mi marido. Lo comprenderás cuando te cases.

Levantó la barbilla orgullosa—No me casaré nunca.

—Sí que lo harás y será un hombre que te amará con locura— Sonrió acercándose y le dio un beso en la mejilla—Ahora tengo que regresar.

—¿Volverás?

—Vamos a hacer una cosa. Si algún día queréis verme, dejar un pañuelo blanco en el río. Tamsin te dirá dónde. Al día siguiente estaré allí para vernos en el atardecer, ¿de acuerdo?

Los ojos de su hermana se llenaron de lágrimas —¿De verdad? ¿No me mientes?

—Pero no debes decírselo a padre ni a Jane.

Su hermana asintió muy seria— Lo sé.

—Bien, ahora tengo que irme. Te quiero— la abrazó y antes de separarse su hermana la cogió del brazo

—No puedes salir sin ser vista.

—Tengo que intentarlo.

—Espera, se me acaba de ocurrir algo.

Minutos después su hermana se puso a gritar como una loca y la pequeña sobresaltada se echó a llorar en su cama. La puerta se abrió de golpe, dejando pasar a Jane que corrió hasta sus camas mientras sus hermanos corrían hacia su habitación. En ese momento Liss señaló hacia la puerta y todos se volvieron viendo pasar a Fenella que mirándoles gritó de manera horripilante, haciendo gritar

a todos que corrieron hacia las escaleras queriendo huir. En el tumulto no se dieron ni cuenta que corría entre ellos y pegando gritos todos salieron al exterior donde su padre al verla acercarse con los rizos al viento, puso los ojos en blanco antes de caer redondo al suelo. Saltó sobre él y silbó a su hermano que estaba subiendo a su marido a su caballo. Al verla acercarse sonrió negando con la cabeza como si no se lo creyera.

Al llegar hasta él le abrazó por el cuello— Te quiero.

—Llévate a tu hombre antes de que padre se despierte. —la besó en la mejilla y la subió al caballo tras su marido dándole las riendas.

—¿Cómo esta Tamsin?

—Embarazada.

—¿Otra vez? No le das tregua. — se echó a reír clavando los talones en el caballo cabalgando fuera de la aldea mientras su hermano se reía. Su marido gimió intentando enderezarse y ella le dijo molesta— ¡Espero que hayas aprendido la lección! ¡No sé cómo se te ocurren estas estupideces! ¡Está claro que no te puedo dejar solo ni un minuto, porque tu cabeza no debe regir muy bien! —al mirar hacia la aldea vio como sus hombres corrían hacia la colina para coger las monturas.

—Preciosa, ¿qué haces aquí?

Miró su espalda poniendo los ojos en blanco—¿Qué hago aquí? ¿Qué haces tú aquí?

—Querías a Tamsin...

—¿Estás malherido, mi amor?

—Se me pasará.

—¿De veras? — le gritó al oído haciéndole gemir—Debería tirarte por el acantilado. ¡Me tienes muy enfadada! ¡Mira que irte cuando estoy pariendo! ¿A quién se le ocurre? ¡Eres un auténtico insensible!

Siguió echándole la bronca hasta que llegaron al bosque y allí les alcanzaron sus hombres que tuvieron que soportar sus quejas al igual que su esposo después de cubrirle con su capa. Se quejó de todo lo que consideraba que hacía mal y después se echó a llorar por haberla dejado sola después de dar a luz.

—Fenella, ¿te encuentras bien? — preguntó Leathan mirándola atónito.

—¿Cómo voy a estar bien con un marido así?

—Creo que no te escucha.

Jadeó cogiendo a su marido de la barbilla para darle la vuelta y ver que estaba dormido. —¡Increíble! — le gritó a la cara sobresaltándolo—¡Esto me lo vas a pagar!

—Pelirroja, ¿qué haces aquí?

Entonces se dio cuenta que tenía fiebre y les dijo a los hombres —¡Daos prisa!

Estaban llegando al castillo cuando vieron que los hombres se preparaban para partir. Leathan silbó con fuerza deteniéndolos. Y al verles llegar Douglas ordenó que se encargaran de los caballos.

Rose salió del castillo con una piel cubriéndola y se acercó a su caballo para mirar a su Laird—¿Qué tiene?

—No lo sé. Casi no se tiene en pie.

Clyde la cogió por la cintura bajándola del caballo y se sostuvo en él mientras los hombres se encargaban de su Laird.

Le siguió mientras le trasladaban y Meribeth chilló al verle llegar. Se acercó a su nuera a toda prisa y la abrazó—Le has encontrado.

—No fue difícil de encontrar. Le tenían atado a un poste en medio de la aldea. ¿Los niños?

—Han mamado de una de las nuestras. — Rose se había acercado a la cama y ellas hicieron lo mismo—¿Qué tiene?

—Fiebre. Un poco de raíz roja y como nuevo si no tiene algo peor —dijo Rose palpándole los brazos.

Fenella gimió acercándose a su marido y subiéndose a la cama cuando vio los morados que cubrían su cuerpo—Tiene muchos golpes... ¿Crees que tiene algo roto por dentro? — le acarició la frente con amor y todos sonrieron por cómo le cuidaba.

—Creo que se pondrá bien.

—Trae la raíz rápido. — dijo sin dejar de mirar a su marido.

—Fenella, Rose se encargará de él. Tú también tienes que descansar. — Meribeth le quitó la manta que tenía por encima y

parpadeó asombrada—¿Dónde está tu vestido?

—Es una historia muy larga. —se tumbó a su lado cogiendo su mano sintiéndose agotada— Mejor te la cuento cuando se recupere.

Observó atentamente como Rose atendía a su marido y sólo cuando terminó de darle la infusión de raíz roja, dejó que sus ojos se cerraran suspirando de alivio por tenerle a su lado.

Una caricia en la mejilla la despertó y al abrir los ojos sonrió somnolienta a su marido, que apoyado en el codo la miraba con una sonrisa en los labios— Hola.

—Hola, mi amor.

—¿En qué piensas?

—En la suerte que tengo con la mujer que está tumbada a mi lado.

Se miraron a los ojos— Sí que tienes suerte. ¿Has visto a los niños?

—Son tan hermosos como yo—Iver se acercó lentamente y le dio un suave beso en los labios—Nunca volveré a dudar que puedes conseguir lo que te propongas.

Abrazó su cuello demostrándole con la mirada todo lo que le quería— ¿Sabes? Yo también me he dado cuenta que tengo mucha suerte contigo. Porque solo un hombre enamorado de su mujer recorrería millas bajo la nieve para satisfacer un capricho de su esposa arriesgando la vida de paso con un clan enemigo. ¿Es que estás loco? — gritó desgañitada.

Iver se echó a reír cogiéndola por la cintura y tumbándola sobre él. —Tienes razón en todo.

Se miraron a los ojos y Fenella susurró —¿Me amas?

—Muchísimo. Tanto como tú a mi porque sólo una mujer que ama intensamente a su marido, le habría perdonado lo que tú me has perdonado a mí y habría ido a buscarme arriesgando la vida de nuevo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas —No quiero perderte.

—Eso no va a pasar, preciosa. —acarició su espalda con ternura.

Ella suspiró apoyando la mejilla en su pecho— Tengo que decirte una cosa, pero me tienes que prometer que no harás nada por el bien de mis hermanas.

—Dime.

—Mi madre mató a tu padre.

A él se le cortó el aliento y lentamente Fenella levantó la cabeza para mirarle— Lo siento.

—¿Y cómo tenían el broche de mi padre esos hombres?

—No lo sé. Pero le dije que había matado al Laird y no lo negó. Eso no es propio de mi padre por muy asustado que esté.

Él frunció el ceño— Pelirroja, no sé si te entiendo.

Fenella se sentó en la cama y le contó todo lo que había pasado desde el nacimiento de los niños. Su marido sonrió al decir que había simulado estar muerta y que su alma reclamaba su liberación, pero perdió la sonrisa totalmente cuando le contó lo que le había dicho a su padre.

—Así que no lo negó.

—No. Supongo que como me creía muerta, debía pensar que sabía su secreto.

Iver tomó aire —¿Tú crees que tu padre robaría un broche y después se lo daría a esos hombres?

—Podría robarlo, eso lo sabes bien, pero sería un botín de guerra. No se desprendería de él.

—Eso mismo pienso yo. Además, el broche del Laird Wallace sería un trofeo muypreciado para él.

—¿Tienes el broche?

—Sí, los McDougal me lo hicieron llegar.

—¿Por qué mataron a esos hombres?

—Estaban robándoles el whisky. Les sorprendieron cuando lo estaban cargando en un carro.

Uno de los niños se puso a llorar y de inmediato Fenella olvidó el broche para ir a ver qué le ocurría. Le cogió de su cunita y sonrió—

Todavía no les hemos puesto nombre.

Su marido se levantó con esfuerzo acercándose y la observó acunarlo. Acarició el pelito rubio de su hijo— Iver y Aiden. ¿Qué te parecen?

—Son perfectos.

Su marido la besó en la frente y cuando él bebé se calmó para seguir durmiendo, volvieron a la cama. Iver sentado en la cama estaba muy pensativo y susurró— ¿Qué te ocurre?

—Hace años que tenía esa duda y me la acabas de despejar, pero ...

—Todavía quedan cabos sueltos.

—Exacto. Puede que no sepamos lo que ocurrió nunca.

—Dejemos a los muertos en paz. — le miró de reojo—Sobre padre...

—No puedo obviar que tus hermanas han ayudado a que escaparas y que ellas no tienen culpa de nada. Pero si no le arranco todos los miembros de su cuerpo a tu padre por haber asesinado a los míos, es por ti, pelirroja.

—¿No lo harás?

La miró a los ojos —Procura que no se entere el clan de esto, porque sino no podré detenerme. Lo entiendes, ¿verdad?

Asintió muy seria—Sí. Deberías vengar a tu padre ante el clan.

—Exacto. Entonces dará igual que seas mi esposa y todo lo demás. Deberé cumplir con mi deber.

Capítulo 12

Clyde echado en la cama de Meribeth, abrió los ojos para mirar el techo. El llanto del niño le había despertado y era increíble lo que se podía escuchar en una noche silenciosa. Miró a su mujer que dormía a su lado. Ella siempre lo había sabido. Siempre había tenido la seguridad de que Uther había matado a su marido y a su hijo.

Se levantó lentamente y se vistió en silencio sabiendo que la muerte de su padre también estaba relacionada con el asesinato del Laird y Douglas sabía algo que todos ignoraban.

Caminó por el pasillo y bajó al salón. Douglas estaba sentado a la mesa en la silla del Laird emborrachándose. En silencio se sentó a su lado y cogió la jarra de ale antes de darle un buen trago. — Iver sabe que fue Uther quien mató a su padre. Se lo ha debido confirmar su mujer.

Douglas suspiró mirando la mesa— Nunca se acabará.

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú estás metido en esto. —Sonrió con tristeza antes de beber de su jarra— ¿Qué ocurrió? Nunca te separabas de él. Eras su brazo derecho.

—Esa tarde no fui de caza.

—Yo estaba en el adiestramiento y no estabas allí cuando llegó la noticia de la desaparición del Laird. Llegaste después para la búsqueda. Lo recuerdo muy bien porque me tuve que encargar de los hombres.

—Estaba en el bosque, pero no estaba con el Laird.

—¿Y dónde estabas? Si no habías ido de caza, ¿qué hacías en el bosque?

Tomó aire sin poder mirarle a la cara— Estaba con tu padre.

Clyde entrecerró los ojos—¿Con mi padre?

—Me vino a buscar porque había visto huellas en el bosque de un carro y fui a ver yo mismo de lo que hablaba. Seguimos el rastro y nos encontramos con Uther que regresaba a su clan. —apretó los labios —Se echó a reír y como un cobarde, no pude enfrentarme a él. Detuvo su caballo dispuesto a la batalla y sacó su espada aún manchada de sangre y huí porque sabía que era muy superior a mí en el combate.

Clyde le miró con desprecio— Y os callasteis.

—Fuimos a casa de tu padre hasta que llegaron noticias.

—¡Si hubierais dicho algo, el hermano de Iver estaría vivo! — Clyde se levantó de golpe cogiéndole por la pechera de la camisa tirando la silla del Laird al suelo—¡Cobarde! ¡Mataste a un niño al no decir nada y después enviaste a mi padre a la muerte para cubrir tu falta de agallas!

Le miró a los ojos —Así fue. Por no hacer nada, el niño murió y es una culpa que siempre he tenido que soportar.

—¡Debería matarte! — gritó furioso.

—No.

La voz de Iver tras ellos hizo que Douglas cerrara los ojos antes de que Clyde lo soltara empujándolo con fuerza, haciéndole tropezar con la silla cayendo de espaldas al suelo. Iver caminó lentamente hacia él y le miró con desprecio desde arriba. —¿Por qué no dijiste nada? ¿Estabas dispuesto a arrasar la aldea con los guerreros de mi padre y a usurpar su puesto cuando le dejaste a su suerte desangrándose en el bosque? — se acercó a él cogiéndole de la camisa y siseó— Te vino estupendamente que esos ladrones le robaran el broche para no tener que enfrentarte a Uther en su terreno.

Douglas le miró a los ojos— Intenté compensarte. Lo intenté. Intenté enseñarte como ser un buen Laird.

—Un buen Laird nunca dejaría morir a uno de los suyos. —dijo con furia.

—Tú mataste a tu mujer.

Iver palideció al escucharle y a pesar de los dolores, le elevó por encima de su cabeza.

—Esposo...— se volvió para ver a su mujer al lado de Meribeth en la escalera— Déjale en el suelo. Le estás ahogando.

Meribeth asintió con el rostro llenos de lágrimas y Clyde gritó— ¡Este cerdo envió a la muerte a mi padre y cubrió su cobardía! ¡Exijo reparación!

Iver tomó aire y empujó a Douglas contra la pared con furia. Meribeth bajó los escalones y llegó hasta él—¿Dejaste morir a mi hijo?

—¡No sabía que estaba allí! —Fenella vio su sufrimiento. Había cometido un error y lo llevaba pagando toda su vida— Por eso nunca me atreví a decirte que te amaba. ¡Porque no te merecía!

—Dios mío. —Fenella miró a la familia y dijo mientras se acercaba—Cometió un error. Todos cometemos errores en la vida.

—¡Mató a mi padre! —Clyde señaló al Laird —Si no haces tú algo, lo haré yo. ¡Mi deber como hijo es vengar a mi padre!

Iver se pasó la mano por la cara y Fenella supo lo que iba a pasar en cuanto la miró. —¡No! — gritó poniéndoles los pelos de punta señalándolos a todos—¡Me lo debéis! ¡Todos me lo debéis porque vosotros no hicisteis nada por mí! —Meribeth se echó a llorar de nuevo—¡Si hablamos de venganza, yo no lo he hecho con vosotros por lo que todo este clan me hizo pasar! ¡No solo fue mi marido! ¡Ninguno hizo nada por mí y exijo reparación!

Se miraron los unos a los ojos y Clyde entrecerró los ojos—¿Qué tipo de reparación?

—Mi venganza por la vuestra— miró a su marido a los ojos. — Estaremos en paz y mi clan estará a salvo. Un clan por el otro. Es simple.

Los Wallace se miraron los unos a los ojos y Clyde se cruzó de brazos —Yo no estaba aquí cuando ocurrió lo del acantilado.

—Pero eres un Wallace, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—¡Pues formas parte de mi reparación y exijo que no se venga al Laird, sobre todo cuando os he dado dos herederos! — y gritó desquiciada—¡Estoy harta de todo esto! ¡Se acabó! — se volvió hacia las escaleras y Clyde reprimió una sonrisa mientras subía las escaleras indignadísima. Antes de desaparecer gritó— ¡Me vengaré! ¡Lo juro! ¡Iver, dónde está mi vaso de agua!

El Laird sonrió y puso los brazos en jarras mirando a su familia— Creo que todos sabéis lo que voy a decir.

Clyde asintió —Y lo entiendo, pero yo...

—¿Dónde está la espada? — gritó su mujer desde arriba— ¡Marido, esta pesa mucho! ¿No tienes una más pequeña?

Todos miraron hacia arriba y no pudieron evitar sonreír—La mujer del Laird ha hablado— dijo Meribeth cogiendo la mano de su marido. —Vamos a la cama.

—Un momento— dijo Clyde soltando su mano para acercarse a Douglas y pegarle un puñetazo en el rostro que le dejó sin sentido.

Meribeth sonrió antes de mirar a su hijo que parecía preocupado. Se acercó a él y le acarició la mejilla— No traicionas a tu padre por dejar las cosas así. ¿No crees que tu esposa no ha sufrido lo suficiente para pagar la reparación?

—Ha sufrido más que nadie que haya conocido, pero Uther...

—Uther lo pagará tarde o temprano sin que tú enturbies tu matrimonio. Sus muertes serán vengadas. Ahora llévale el agua a tu mujer y tranquilízala. Tiene que estar agotada después de todas las emociones que ha sufrido estos dos últimos días.

Su madre cogió a Clyde de la mano y juntos subieron los escalones dejándoles solos. Se volvió hacia Douglas que se estaba despertando. Se acercó hasta él y alargó la mano. La cogió inseguro y le ayudó a levantarse.

—Fenella tiene razón. Ella ya ha pagado por todos. Pero no sólo voy a dejar pasar todo esto por mi esposa, sino por todos los años

que has dedicado a ser el padre que me faltaba. De alguna manera le sustituiste.

—Y lo hice encantado. — Douglas se emocionó—Eres el hijo que siempre he querido.

Iver apretó los labios asintiendo— Vete a la cama. Esta conversación nunca ha ocurrido.

Subió las escaleras dejándole allí solo en medio del salón y se sintió culpable. Preocupado entró en la habitación y su mujer estaba sentada en la esquina de la cama esperándole impaciente— ¿Lo habéis hablado?

Forzó una sonrisa—Preciosa, ¿no estás cansada?

—¿Con este problema? ¿Qué habéis decidido? — sus ojos verdes están preocupados.

—Mereces reparación y todo queda olvidado. Ahora a dormir.

—¿Y Douglas?

Se miraron a los ojos— Mi amor, conozco a Douglas y se quitará la vida porque no soportará la vergüenza de que sepamos lo que ocurrió ese día.

Asustada exclamó —¡No! — echó a correr hacia la puerta y él la sujetó por la cintura—¡No debes permitirlo! —gritó intentando soltarse— ¡Iver!

—Es una cuestión de respeto y sabe que ha perdido el nuestro. —la abrazó a él.

—¡Cometió un error! — sus ojos se llenaron de lágrimas—¡Debéis perdonarle como yo te perdoné a ti!

—Sabe que le hemos perdonado, pero no soportará la vergüenza. Si decide no haberlo, seguirá teniendo su puesto en este clan, pero le conozco muy bien y no podrá soportarlo, mi amor. —Se echó a llorar sobre su pecho y su marido la cogió en brazos. — Sabes que es un guerrero e intentará...

Se detuvo en seco y Fenella le miró asustada—Reparar el daño.

Iver salió corriendo intentando detenerle mientras Fenella se echaba a llorar sabiendo que había ido a matar a su padre.

Meribeth al escucharla llorar y al contarle que Iver había ido tras él, gritó llamando a Clyde que salió a buscarles. Tuvieron noticias varias horas después. Los hombres regresaron sin el cuerpo de Douglas, lo que indicaba que había ido hasta la tierra de los McGregor pues su caballo había desaparecido.

Iver se acercó a su mujer que estaba ante el fuego del salón mirándolo fijamente y se acucilló ante ella— No tenemos noticias. Hemos seguido su rastro hasta el límite de las tierras.

—No llegará hasta él.

—Seguramente no. Además, ha ido de día. — al ver que estaba agotada, la cogió en brazos para subir al piso de arriba. Meribeth y Sima estaban cuidado a los niños y salieron de la habitación de inmediato.

—Las niñas... Mis hermanas...

—Preciosa, las niñas te tendrán a ti si te necesitan. Es lo único que puedes hacer.

Asintió reposando la cabeza en la almohada—¿Podrán venir?

—Cuando quieran y tu hermano con su esposa también. No te preocupes por eso, ¿de acuerdo? Ahora descansa, mi vida.

Las noticias llegaron apenas una semana después. Douglas había conseguido llegar a su padre y le había herido de gravedad. El Laird murió tres días más tarde, poniendo en pie de guerra al clan McGregor, que se presentaron en el bosque con su hermano Lyall a la cabeza como nuevo jefe de los McGregor.

Fenella vio como los hombres se preparaban para la guerra sintiéndose impotente. Iban a morir muchos. Seguramente su hermano moriría ese día en una batalla brutal. Puede que se quedara viuda en unas horas, pues todos intentarían matar a su marido.

Sentada en la mesa del Laird intentaba mantener la calma, pero era imposible y cuando vio a su marido con un hacha en la mano caminando hacia ella, le miró a los ojos sin poder retener las lágrimas.

—Pelirroja...

—Lo juraste. Me juraste que nunca me harías daño de nuevo— susurró haciéndole palidecer— Que yo era lo más importante en tu vida.

—Y lo eres. —se acuclilló ante ella dejando el hacha en el suelo— Debo proteger al clan e intentaré no dañar a nadie. He dado orden de que hieran, pero no maten si es posible. Es lo único que puedo hacer.

—Pero ellos atacarán a matar. — le acarició la mejilla sintiendo una enorme tristeza, porque aquella situación era insostenible. Tampoco podía consentir que los Wallace se dejaran matar.

—No te preocupes, preciosa. Tu hermano no sufrirá daño si puedo evitarlo.

—¿Tendrás cuidado? — se acercó a besar sus labios y cerró los ojos deseando su contacto— Dime que serás cuidadoso y que volverás sin daño.

—Volveré. —la cogió por la nuca reclamando su boca para besarla apasionadamente como si ese fuera su último beso.

Se alejó de ella sin mirarla de nuevo y Fenella le vio partir mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

Fueron las horas más angustiosas de su vida y caminaba de un lado a otro sin hacer caso a nadie. Meribeth intentó que se calmara e incluso le pidió a Rose que le diera algo que la durmiera, pero ella se negó a tomarlo con los nervios a flor de piel. Todos comprendían su miedo. Ella perdería personas que amaba de uno y otro clan. A personas que conocía desde niña o que había conocido en esos últimos meses. Clyde que se había quedado a cargo del clan, la vigilaba como un halcón y le cortó el paso varias veces cuando tuvo intención de salir del castillo.

—Fuera hace mucho frío, Fenella. Estás mejor dentro del castillo — le dijo en todas esas ocasiones—Tu marido quiere que permanezcas aquí.

Fenella le miraba con odio y se volvía dándole la espalda para regresar ante la chimenea.

El sonido de los caballos la puso alerta y corrió hacia la puerta por donde Clyde ya había salido. Vio a Mitchell a la cabeza, seguido de Leathan y de todos los demás. Sima salió corriendo hacia su esposo, que sonriendo la cogió por la cintura para subirla al lomo del caballo besándola apasionadamente. Los caballos se detuvieron ante la puerta del castillo y nerviosa miró tras ellos. Pálida al no encontrar a Iver miró a Mitchell— ¿Dónde está el Laird?

—Nos ha ordenado que nos vayamos.

—¿Qué diablos dices Mitchell? — gritó Clyde dando un paso hacia él con los puños apretados— ¿Qué locura estás diciendo?

—Se ha quedado solo con el Laird McGregor. —preocupado bajó del caballo y le dio las riendas a uno de los chicos—Llegamos allí y nos quedamos unos ante los otros durante más de dos horas. Nuestro Laird no quería atacar primero y esperaba el avance del clan McGregor. Entonces Lyall pidió explicaciones al asesinato de su padre e Iver se adelantó al grupo, ordenándonos que nos quedáramos allí. Se adelantó unos veinte metros y se detuvo antes de que Lyall avanzara haciendo lo mismo. Se encontraron en el centro y estuvieron hablando un rato. —Mitchell estaba asombrado— No sabemos de qué hablaron, pero apenas minutos después ambos ordenaron a sus hombres que se fueran.

La esperanza renació en el pecho de Fenella, que emocionada le cogió del brazo— ¿Se quedaron solos?

—Sí, aunque ambos estaban armados— se pasó la mano por la barba.

—¿Crees que habrá tregua? — preguntó Clyde pensando lo mismo que ella.

—Creo que los Laird van a hablar largo y tendido. El McGregor estaba furioso pero nuestro Laird no perdió los nervios en ningún momento a pesar de sus gritos. —miró a Fenella—Escuchamos tu nombre varias veces.

Asustada fue hasta Leathan y le arrebató las riendas del caballo subiéndose con agilidad.

—¿Dónde crees que vas? — Clayton le sujetó las manos para que no azuzara su montura— ¡Iver ha ordenado que no salgas del castillo y así va a ser!

—¡Apártate de mi camino! ¡Son mi marido y mi hermano! Nada me impedirá ir. ¡Ni siquiera tú!

—No, Fenella— dijo Meribeth sorprendiéndola—Es asunto de los Lairds, no tuya. Harás caso a tu marido y a tu Laird.

—Puede que sea mi marido y mi Laird, pero también es mi hermano y la sangre de los McGregor corre por las venas de mis hijos. —miró a su alrededor— ¿No estáis hartos de esta situación? ¿No queréis vivir en paz de una maldita vez?

—Eso lo decidirán los Lairds y en este momento estamos más cerca de la paz de lo que lo hemos estado nunca y es gracias a ti— dijo Clyde sorprendiéndola— Debes dejar que sean ellos quienes se pongan de acuerdo sin que intervengas.

—¡Pero debo explicarle a Lyall lo que ocurrió con Douglas! ¡Lo entenderá!

—El Laird se encargará de explicárselo. Baja del caballo o te bajo yo. Eres una Wallace y acatarás las leyes de nuestro clan como todos.

—¡No soy de nadie! — gritó furiosa golpeándole en el pecho con el pie y alejándole del caballo antes de salir a todo galope.

Meribeth sonrió sin poder evitarlo y Clyde ordenó un caballo, pero ella le cogió del brazo—¿Qué haces mujer? Debo detenerla.

—Cómo has dicho hemos llegado a esta situación gracias a ella y puede que sea útil para que se decidan de una vez a que haya paz. —se echó a reír— Me gustaría verles las caras cuando aparezca. Le van a poner rojas las orejas.

Mitchell se echó a reír imaginandoselo y todos los demás les siguieron al interior.

Fenella ignoró los silbidos de los vigías avisándose los unos a los otros de que ella pasaba por el bosque. A todo galope atravesaba el bosque y se le cortó el aliento al llegar al límite de los McGregor.

Salió al claro y los vio a unos cien metros subidos al caballo hablando entre ellos. Lyall muy serio asentía abriendo los ojos como platos al verla llegar y su marido se volvió sobre su montura gritando —¿A dónde crees que vas, mujer?

Ella sonrió radiante— No habéis luchado.

—Hermana, ¿qué haces aquí y sin capa que te abrigue? ¿Es que quieres irte al otro mundo? ¡Vas a coger un enfriamiento! — le gritó furioso.

—¡Es una cabezota! ¡Ordené que te quedaras en el castillo!

Parpadeó asombrada al oír a su hermano decir— ¡Siempre hace lo que le da la gana! ¡Y no hay quien la detenga!

¡Se estaban aliando contra ella! ¡No se lo podía creer!

—¿Cuándo vas a obedecer órdenes, esposa? ¡Creo que va siendo hora! —se quitó la piel que le cubría y se la puso sobre los hombros —¡Apenas hace una semana que diste a luz! ¡Deberías estar en la cama todavía!

—¡No me lo podía creer cuando la vi salir de la casa de mi padre, gritando y saltando sobre su cuerpo el día que te liberó! ¡Cualquier otra ni se podría mover después de dar a luz a dos hijos! ¡Mi esposa se queda en la cama diez días como manda la curandera y cuando se levanta aún está dolorida!

—Ah... pero es que mi mujer es muy fuerte— dijo orgulloso haciéndola sonreír—¿Qué mujer sobreviviría a caer de un acantilado?

Lyall asintió mirándola con los ojos entrecerrados— Te hará perder los nervios a menudo. Si le haces daño...

—Eso no volvería a pasar jamás— dijo ella levantando la barbilla — ¡Y no saques más ese tema!

—¿Ves cómo me habla? — protestó su hermano—¡No me tienes ningún respeto!

—¡Será porque te he visto lloriquear como una niña cuando te rompiste el dedo del pie en uno de los adiestramientos de padre!

—¡Eso era un secreto!

—¡Yo no tengo secretos con mi marido! — le gritó furiosa haciendo sonreír aún más a Iver, que les observaba encantado.

Lyall le miró exasperado— Menos mal que se ha cambiado de clan.

Jadeó ofendidísima— ¡Retira eso! ¡Todos me querían mucho! ¡Pregúntales a los Wallace!

Ambos se echaron a reír y ella enderezó la espalda orgullosa— Esto me lo vais a pagar. ¡No sé ni para qué me he molestado en venir hasta aquí!

—¿Y por qué has venido? — su marido la cogió por la cintura colocándola ante él.

—Porque os quiero y no quiero perder a ninguno.

Lyall sonrió mirándola con cariño— Tu marido me ha explicado la razón por la que Douglas ha entrado en la aldea y considero que no nos debemos nada por la muerte de ambos Laird. Además, es indignante que padre lo hiciera a escondidas y se callara. No fue una batalla limpia y por eso no dijo nada. Le conocíamos y sabemos que fue así. Este asunto está enterrado por parte de los McGregor.

A Fenella se le cortó el aliento—¿De veras? ¿No tendrás problemas con los nuestros?

—Douglas no murió de inmediato. Antes de morir dijo que padre había matado a su Laird. Me imagine por qué lo decía. Por eso accedí a hablar con tu marido.

Iver sonrió besándola en la sien—¿No deberías estar cuidando a tus hijos, mujer?

—¡También son hijos tuyos y estás aquí pasando frío! — miró a su hermano—Te invito a comer. Estarás hambriento. Meribeth iba a hacer guiso de cordero.

Lyall perdió la sonrisa mirando a su marido, que asintió esperando su reacción. Todos sabían que si accedía, esa sería una tregua en toda regla y sus pueblos vivirían en paz. O casi, porque jamás dejarían de robarse los unos a los otros. Era la manera de continuar con la rivalidad.

—Me encanta el guiso de cordero.

Fenella miró a su marido demostrándole y susurró—Gracias, amor.

—Ya era hora de solucionar las cosas.

—Te amo.

—¿Me lo has perdonado todo? — acarició su mejilla.

—De lo que has hecho hasta ahora...— su marido se echó a reír

— De lo que has hecho hasta ahora, todo. Y sé que lo que ha ocurrido nos ha llevado justo a este momento, así que no puedo ser más feliz.

—Pelirroja, no puedo agradecer lo bastante que estés a mi lado.

—se acercó a su oído y susurró— Y te amaré siempre.

Epílogo

Tumbados en la cama esa misma noche suspiró acariciando el pecho de su marido deseando tocarle—Soy tan feliz.

—Lo sé, preciosa. Tantos años de lucha y se han terminado gracias a ti. — su mujer pasó la uña por uno de sus pezones y se sobresaltó cogiendo su mano. Carraspeó antes de besar la palma— ¿No estás cansada?

—¿Después de la siesta que me has obligado a tomar, para que no escuchara lo que hablabas con mi hermano?

—Es que eres muy entrometida. — sonrió divertido al ver su indignación —Preciosa, estoy agotado.

Ella vio asombrada que se volvía dándole la espalda. —Muy bien. — susurró entendiendo que esos días no había dormido mucho— Que descanses, esposo mío. — le acarició la espalda sobresaltándole —Te amo.

Iver gruñó sin volverse y se tumbó no queriendo molestarle más.

Pero diez días después Fenella se subía por las paredes porque su marido no hacía más que rehuirla cada vez que se iban a la cama. No la abrazaba, ni la besaba y empezó a pensar que estaba realmente horrible después de dar a luz. Todavía no había recuperado su figura y tenía los pechos enormes. Sabía que la quería, pero necesitaba que la mimara. Durante el día la trataba como siempre. Incluso la besaba en público cuando llegaba de lo que tuviera que hacer fuera del castillo, pero era cerrarse la puerta de la habitación y hacer como si no existiera.

Decidió hablar con Meribeth, que se sorprendió de lo que le decía, sin saber darle una solución a su problema. Entonces fue hasta la aldea de los McGregor con la excusa de saludar a su pueblo y lo habló con Tamsin que se echó a reír al escucharla.

—¡No me hace ninguna gracia, te lo aseguro!

—No conozco a tu marido en persona, pero me parece un hombre muy fogoso— dijo maliciosa haciendo que se sonrojara hasta la raíz del cabello—Apuesto a que antes de parir dormías muy poco.

—Muy graciosa. —Las carcajadas de su amiga la pusieron de los nervios —¿Has terminado? Se lo he preguntado a mi suegra, pero... — Tamsin no podía dejar de reír y gruñó cruzándose de brazos esperando a que se le pasara.

—¿Sabes? Cuando di a luz a Duncan tu hermano no quería tocarme.

Interesada se adelantó— Tenía miedo de hacerme daño. ¿Entiendes? Seguro que alguien le ha dicho que tienes el vientre alterado y hasta que no se asiente no puede amarte.

—¡Voy a matar a Rose! —se levantó indignada—¡Estoy bien!

—Todavía es algo pronto. Pero en un par de semanas...

—¿Un par de semanas? — gritó horrorizada.

—Te dolerá un poco si te precipitas.

Dejó caer los hombros decepcionada—Así que hay que esperar.

Tamsin hizo una mueca—Ya verás, antes de que te des cuenta ya estarás preñada de nuevo— dijo exasperada acariciándose el vientre.

Estuvieron hablando un rato y Fenella conoció a su sobrina en cuanto se despertó para alimentarse. Cuando escuchó movimiento en el exterior de la casa, ambas salieron a ver y se encontraron con su hombre montado a caballo rodeado de McGregor que aún le miraban con algo de temor.

—¡Mujer! ¿No pensabas regresar a casa?

Se sonrojó cuando toda la aldea se volvió hacia ella—¿Se me ha hecho tarde?

—Un poco— gruñó haciéndola sonreír.

—Enseguida voy. — se volvió hacia Tamsin dándole a Duncan y susurró emocionada—Ha venido a buscarme.

—¡Date prisa, mujer! Tienes a los niños impacientes— su marido parecía molesto y los hombres McGregor asintieron dándole toda la razón.

—Sí, esposo— guiñó un ojo a su amiga, que retuvo la risa viéndola bajar las escaleras y correr hasta su caballo.

Salieron de la aldea en silencio y Fenella le miró de reojo—¿Tan impacientes están los niños?

—Mucho.

—Les di de mamar antes de salir y...— escuchó como su marido gruñía revolviéndose incómodo en la silla y entonces Fenella lo entendió. Estaba excitado. Maliciosa dijo—Y mamaron bien. Deberían estar satisfechos. Tengo leche de sobra para los dos.

Él volvió a gruñir— ¿Has visto lo grandes que tengo los pechos?

—¡Fenella!

—¿Si, amor? —preguntó con inocencia.

La miró como si quisiera matarla —¿Has visto a tu hermano?

—Estaba ocupado con sus hombres. Sobre mis pechos, ¿crees que se me quedarán así? Siempre he querido tener unos pechos grandes, pero tanto...

Él miró su pecho por encima de su capa antes de gruñir de nuevo. Disimuló la sonrisa decidiendo cambiar de tema antes de que se enfadara de veras, pero en cuanto llegaron al castillo volvió a la carga— Voy a darle de mamar a los niños. Me duelen los pechos— le susurró al oído dándole después un beso en la mejilla y corriendo escaleras arriba.

A toda prisa se quitó la ropa y cuando entró su marido minutos después se quedó impresionado al verla desnuda tumbada en la cama con un bebé en cada pecho. Iver carraspeó avergonzado. — Volveré luego.

—¡Oh, no! ¿A que están preciosos? Ven aquí.

Iver incómodo se acercó sentándose a su lado y vio como Aiden comía con ganas antes de perder el pezón y buscarlo de nuevo con ansias. Iver sonrió— Es increíble.

—¿A que sí? Mi amor...

—Dime— alargó la mano y acarició la mejilla al bebé.

—Sabes que te amo más que a nada, ¿verdad?

Su marido la miró entre sorprendido y encantado— Sí, mi preciosa pelirroja. Igual que yo a ti.

—¿Me amas?

—Tanto que no podría vivir sin ti.

—Y harías lo que fuera por mí, ¿verdad?

—Sabes que sí— entrecerró los ojos— ¿Qué ocurre? ¿No querrás volver a tu aldea? Porque eso no va a pasar. Nunca.

—No, no es eso. Quiero gozar.

Si le hubiera dicho que quería la luna, no le hubiera sorprendido tanto. Como si tuviera la peste se levantó de un salto de la cama— ¿Estás loca, mujer? ¡Mírate!

—¿Estoy muy gorda?

Él gruñó pasándose la mano por el cabello—Rose dice...

—¡Me da igual lo que diga Rose! — y añadió con picardía— Hazle caso a tu mujer.

Caminó hasta la puerta dejándola atónita—¡Voy a tomar el aire!

—¡Te espero aquí! — sonrió a los niños— Papá no tiene nada que hacer. Yo soy más lista.

Después de la cena, le esperó tumbada en la cama totalmente desnuda. No podía ser sutil si quería que él hiciera algo. Pero se quedó dormida antes de que él llegara a la cama y se levantó antes de que se diera cuenta que se había acostado siquiera. ¡Eso no podía seguir así! Así que esa tarde durmió la siesta y cuando su marido llegó a la habitación estaba totalmente despierta, aunque lo disimulaba. En cuanto se tumbó a su lado, Fenella saltó sobre él colocándose a horcajadas sobre su cuerpo, apoyando las palmas de

la mano sobre su pecho para que no se moviera— ¿Crees que puedes huir de tu esposa?

—Fenella, estás jugando con fuego.

—No tenemos por qué hacer eso— maliciosa se acercó para que sus pechos acariciaran su torso provocando que gimiera con el roce — Tu boca también me vuelve loca. ¿Y la mía te gustaría?

—¿Harías eso? —preguntó con voz ronca acariciando su trasero.

—Haré todo lo que te dé placer.

En ese momento vio en sus ojos cuanto la amaba y acarició su espalda pegándola a él para besarla con pasión. Se separó de ella y susurró— Me da igual que seas Wallace o McGregor. Lo único que me importa es que eres mía.

—Y tu mío. Para siempre, mi Laird.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Dueña de tu Sangre” o “No me amas como quiero”. Próximamente publicará “Firma aquí” y “Una noticia estupenda”

Si quieres conocer todas sus obras en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de setenta para elegir entre distintas modalidades de fantasía, romance contemporáneo o histórica.

También puedes seguir sus novedades quincenales a través de Facebook.

